

Cuadernos
del Guincho

Edita:

EL GUINCHO

Asociación cultural y ecologista de Lanzarote

Coordinación:

Klaus Guttenberger

Jorge Marsá

Mario Alberto Perdomo

Consejo de redacción:

Fidel Araña

Alicia Arrizabalaga

José Ramón Betancort Mesa

Teresa Bilbao Goyoaga

Ana Carrasco

Dora Castillo

Luis Díaz Fera

Eduardo Díaz Gutiérrez

Ginés Díaz Pallarés

Pedro Hernández Camacho

Siona Hernández Camacho

Elsa de la Hoz

Natalia Jiménez Marsá

Manuel López González

Miguel Ángel Martín

M^a Antonia Perera Betancort

Ramón Pérez Niz

María Sintes

Alex Solar

Dirección:

Blas Cabrera Felipe, s/n.

Oficinas de Cultura y Deportes, 1º

Arrecife de Lanzarote

Apartado de Correos 365-35500

Tel. 81 54 32 - Fax 81 54 30

Diseño y maquetación:

Jorge Marsá

Imprime:

Europrint

Depósito Legal:

M-17406-1997

Impreso en papel reciclado y ecológico
Se permite la reproducción citando el origen

INDICE

EDITORIALES	
Cuadernos, un año	4
Estrategia, Competitividad y Marketing	6
Kioto: el clima al servicio de la economía	8
RAMIRO ARBELO	
¡Basta ya!	12
NATALIA JIMÉNEZ	
Un final feliz para el Gran Hotel	16
LOUIS TURNER Y JOHN ASH	
La horda dorada	18
DOMINGO CONCEPCIÓN GARCÍA	
Huelga en Medio Ambiente en Lanzarote	26
Carpeta:	Identidad
JORGE MARSÁ	
El pasar del tiempo	34
ANGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ	
La identidad reclamada	42
ERIC J. HOBSBAWM	
Identidad	54
JULIO SANTIAGO OBESO	
Identidad del individuo e identidad de grupo: identidad lanzaroteña	70
JORGE MARSÁ	
El supermercado de la identidad	76
ELSA DE LA HOZ GONZÁLEZ	
Otra forma de ver la identidad	88
MARIO ALBERTO PERDOMO	
Mi identidad	92
ALFONSO SANZ	
Los "sin coche". Repercusiones ambientales y sociales del automóvil	96
RICARDO SANTANA SANTANA	
Periodismo de investigación	106
NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ	
Imaginemos el Lanzarote que nos gustaría	110
LIBROS	
En paz con el planeta	114

Cuadernos, un año

La salida de una nueva edición de Cuadernos del Guincho, la cuarta, coincide con el primer aniversario de la publicación. Tal y como se había previsto, a lo largo del 97 vieron la luz tres números, uno por cuatrimestre. Cuando, a comienzos del verano de 1996, iniciamos los trabajos preparatorios, sabíamos que no sería tarea fácil alcanzar los objetivos que nos habíamos propuesto. Lo más importante era conseguir articular en torno a la publicación un grupo humano diverso, dispuesto a dedicar parte de su tiempo libre a la reflexión y elaboración de una revista que queríamos ubicar en el ámbito del pensamiento crítico. Habíamos detectado que, a pesar de la gran proliferación de medios de comunicación existentes en la Isla, la enorme rapidez que predomina en la producción de la información les impide reflexionar en profundidad en torno a diversos aconteceres. Por lo tanto, Cuadernos del Guincho no surgía para competir, sino para complementar y cubrir lo que creíamos era una carencia y una sentida necesidad. Además, queríamos hacerlo al margen de los circuitos de generación de ingresos habituales a través de la publicidad. ¿Seríamos capaces de conseguirlo? Parece que hasta ahora ha sido posible. También en las dinámicas internas deseábamos poner en práctica métodos distintos a los habituales; así que no hay un director, sino un consejo de redacción en el que participamos todos adoptando decisiones por consenso. Es más democrático, al menos así lo pensamos.

La diversidad es una de las características del grupo humano que se vertebra en torno a Cuadernos del

Tanto o más rico y grato que la salida de la publicación lo constituye la oportunidad de encuentro que la misma permite

Cuadernos es una revista sólo de letras; no hay fotos. Ello es así porque es el pensamiento lo que nos interesa, no el entretenimiento

Guincho. Diversidad de procedencias y de ideas. Creemos que en ella radica uno de los puntos fuertes de la publicación, por cuanto ofrece la oportunidad de debatir y contrastar y, a la vez, de aportar diferentes perspectivas en torno a una misma cuestión. Tanto o más rico y grato que la salida de la publicación lo constituye la oportunidad de encuentro que la misma permite, desde los grandes valores bajo los que nos regimos y que podríamos insertar dentro de cierta ética global, como el respeto y la tolerancia, la multiculturalidad y el mestizaje, la paz, la sostenibilidad... En consecuencia, la experiencia adquiere una doble dimensión relacionada con el resultado del trabajo colectivo voluntario y, además, con las dinámicas internas que se establecen desde la cercanía de las relaciones personales.

Cuadernos tiene otra dificultad adicional: es una revista sólo de letras; no hay fotos. Ello es así porque es el pensamiento y el producto del pensamiento lo que nos interesa, no el entretenimiento. En las cuatro Carpetas planteadas hasta ahora nos hemos detenido en Tindaya, Arrecife, la sostenibilidad y la identidad. Son temas concretos, pero también temas que preocupan a la humanidad: el arte y la naturaleza, vivir en las ciudades, el desarrollo sostenible y los efectos de la globalización. Es decir, son cuestiones que forman parte de la reflexión contemporánea que insertamos en nuestro entorno inmediato. Informarse cuesta, como señalaba Ramonet en uno de los editoriales del primer número. A través de las letras hacemos una invitación a desmenuzar algunos aspectos de nuestra realidad

que, por diversas razones, suelen permanecer agazapados en las propuestas colectivas. Sabemos que esto representa una dificultad añadida, pero esa es la apuesta.

Claro que nada de esto sería posible sin los patrocinadores, los colaboradores y los suscriptores. A todos nuestra gratitud por permitir que esta experiencia sea realidad.

Estrategia, Competitividad y Marketing

Dos importantes y trascendentales hitos para el presente y el futuro de Lanzarote están a punto de convertirse en realidad. De un lado, el Plan de Competitividad y Marketing redactado por iniciativa de ASOLAN, y, de otro, el Plan "Lanzarote en la Biosfera: Una estrategia hacia el desarrollo sostenible de la Isla", encargado por el Cabildo y cuyas conclusiones provisionales se esperaban para finales de enero. EL GUINCHO tiene una opinión formada en torno a ambos planes que, a la espera de la entrega de los documentos definitivos, queremos reiterar.

El grado de madurez alcanzado por la nueva comunidad lanzaroteña, surgida de la transformación habida en los últimos lustros, podrá ser evaluado por la capacidad para sellar un gran pacto público y privado en torno al futuro de la Isla, así como por el calado del mismo y la voluntad para hacerlo efectivo. Como ya hiciéramos en los años ochenta, a raíz del debate en torno a la ordenación territorial y urbanística que se concretó en el Plan Insular, PIOT, los ecologistas, una vez más, nos comprometemos a participar responsablemente en la construcción del tan necesario pacto social.

Estaremos en el proceso hasta el final, aunque exponiendo con claridad y defendiendo con firmeza nuestras posturas. Eso sí, no estamos por una operación de mero maquillaje para vender más y mejor la Isla en los mercados turísticos internacionales.

Desde esta perspectiva el Plan del Cabildo nos parece que discurre por el sendero de la sostenibilidad, aunque quizá no con el alcance que a los ecologistas nos gustaría.

El grado de madurez de la nueva comunidad lanzaroteña podrá ser evaluado por la capacidad para sellar un gran pacto en torno al futuro de la Isla

Pedimos a Asolan prudencia, una profunda redefinición de sus objetivos y que coordine sus esfuerzos con el equipo redactor de la Estrategia

En todo caso, apreciamos importantes avances en muy pocos meses, lo cual nos conduce a pensar que hay una amplia base social en la Isla que respalda la necesidad de racionalizar el desarrollo turístico poniendo límites al crecimiento. Aunque en esto pueda alcanzarse un amplio acuerdo, a todas luces imprescindible, se vislumbra que desde diferentes posiciones se entiende de forma distinta el concepto de sostenibilidad. En todo caso, una de las tareas prioritarias de ese proceso de concertación y consenso antes aludido consiste en acordar qué se habla cuando empleamos el término, para lo cual EL GUINCHO propone entenderlo en su acepción más rigurosa y precisa.

Ahora bien, aunque la redacción del Plan "Lanzarote en la Biosfera" sigue su curso, hay algunos requisitos que se están incumpliendo por parte del Cabildo. El primero tiene que ver con la falta de participación pública, la cual se concreta de dos maneras. La primera recabando opiniones e informando a la sociedad, y esto último no se está haciendo debidamente; la segunda a través del Consejo Insular de la Reserva de la Biosfera, un órgano que se reunió a primeros de septiembre y del que se dijo que jugaría un papel relevante en este proceso, para lo cual el presidente del Cabildo adquirió el compromiso de celebrar nuevas reuniones para dotarlo de contenidos. Sin embargo, han transcurrido más de noventa días y todo ha quedado en nada. Debemos poner de manifiesto que estas informalidades e incumplimientos desacreditan en parte las buenas intenciones de quien promueve el Plan y generan incertidumbres que, en tan

transcendentales asuntos, hay que desterrar. El Cabildo es el primer agente llamado a allanar un camino que está sembrado de dificultades a causa del poco civilizado diálogo que hay entre las instancias públicas y entre éstas y los agentes económicos y sociales. Hacen falta más gestos y algo más que gestos.

Bajo la misma óptica, es necesario reseñar que los empresarios turísticos juegan un papel clave en todo este proceso. ASOLAN ha presentado un Plan de Competitividad y Marketing que, durante un par de semanas, causó bastante desasosiego entre diferentes sectores, los ecologistas entre ellos. Se habló de aumentar la afluencia de turistas en un millón de personas más en los próximos cinco años, lo cual supondría aumentar en 25.000 las plazas turísticas de nueva creación. Eso, sencillamente, no es sostenible; es más de lo mismo. Pedimos a ASOLAN prudencia, una profunda redefinición de sus objetivos y, sobre todo, que coordine sus esfuerzos con el equipo redactor de la Estrategia del Cabildo.

El desarrollo sostenible pasa inevitablemente por poner límites al crecimiento y, no se olvide, es un concepto que se define como aquel "que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades".

**Kioto:
el clima al servicio
de la economía**

La Cumbre de Kioto, el pasado mes de diciembre, ha puesto de manifiesto dos realidades enfrentadas: en primer lugar, la convicción mayoritaria de los científicos de que la actividad humana está produciendo un cambio climático de características todavía inciertas pero preocupantes, en cualquier caso, para el futuro de nuestra especie en el planeta; y, en segundo lugar, que quienes deben tomar las medidas oportunas para frenar este proceso han preferido atender a las necesidades de las empresas, a su beneficio económico a corto plazo, antes que a las del conjunto de la humanidad y a las de la naturaleza en que habitamos.

Por lo tanto, no podía esperarse más que lo que ocurrió: unos resultados lamentables por lo que al futuro de la Tierra se refiere y la continuación de la ceguera economicista a la hora de pensar en el mañana y en las generaciones venideras. Para la economía de libre mercado, para la obsesión por el beneficio monetario como único motor de la sociedad, el futuro no parece un problema, simplemente no aparece.

Tan sólo ha podido hacerse hincapié, por parte de los participantes, en el avance que supone que se haya tratado el fenómeno y se sitúen las bases para ulteriores reducciones en la emisión de gases de efecto invernadero. Porque la reducción acordada ha resultado tan insuficiente que la propuesta previa de la Unión Europea pareció un auténtico extremismo ecologista. En resumen, la Unión Europea disminuirá un 8% sus emisiones con relación a las del año 90, los EE UU un 7% y Japón un 6%.

Esta vez no han sido exclusivamen-

*No han sido
exclusivamente
los ecologistas
los que han
puesto el grito
en cielo;
también la
comunidad
científica ha
resaltado la
inutilidad de la
propuesta a la
hora de evitar
el cambio
climático*

El problema no sólo nos afecta por su dimensión global, sino que, además, contribuimos a crearlo. Nuestra Isla no es el paraíso sostenible que muchos creen

te los ecologistas los que han puesto el grito en el cielo; también la comunidad científica ha resaltado la inutilidad real de la propuesta a la hora de evitar el cambio climático. Nadie puede llamarse a engaño, todos los saben, todos los que no han querido afrontar las medidas necesarias para detener la crisis climática hacia la que se encamina el planeta.

Además, las pequeñas limitaciones aprobadas ni siquiera conseguirán una disminución global, ya que el incremento de las emisiones de los países pobres hará que, al final, los gases de efecto invernadero continúen aumentando su presencia en la atmósfera. Emisiones a las que se añadirán las de algunos países ricos con permiso para contaminar aún más: España, Australia, etc.

Conviene resaltar la lamentable postura de los EE UU, el país que genera la cuarta parte del total de las emisiones a escala planetaria, convirtiéndose en el gran freno a la hora de obtener un acuerdo presentable. De la misma forma, remarcar el bochornoso papel del gobierno español. La solución española consiste en aumentar nuestra contaminación en un 17%. No obstante, la cifra la reconvierte nuestra ministra contra el medio ambiente en una disminución del 24% sobre lo que emitiríamos en el año 2012: ¡hay que tener caradura!, ¡pierden hasta el sentido del ridículo! Siempre han creído que los españoles no nos enterábamos de nada, no tenemos más que recordar lo que se declara en una campaña electoral y lo que se cumple cuando se llega al gobierno; la novedad estriba en que lo piensen también allí donde van y nos lo

cuenten después aquí, cuando vuelven.

En cualquier caso, aunque los máximos responsables del asunto hayan jugado el papel que han jugado, lo cierto es que la historia no ha terminado. Por lo que a nosotros respecta, como parte del movimiento ecologista que trabaja en nuestro país, la lucha por obligar al gobierno de la nación a constreñir las emisiones de gases de efecto invernadero apenas ha comenzado. Nos encontramos frente a un proceso en el que desgraciadamente —y así lo confirman los científicos— no quedará más remedio que acabar dando la razón a los que defendemos mayores limitaciones. Pero saber que la razón acabará por imponerse en este terreno no resulta suficiente, porque el conflicto se antoja de tal magnitud que la urgencia apremia. Así que lo fundamental se cifra en la aceleración de los ritmos de reducción de la contaminación, la clave está en cuándo se verán obligados a darnos esa razón a la que nos referíamos. Y en este aspecto terminará revelándose determinante la presión social que les fuerce a ello, por lo que la concienciación generalizada de la gravedad de la situación parece condición imprescindible para el éxito de la alternativa a la sinrazón gubernamental.

Ahora bien, como ecologistas conejeros y atendiendo a la máxima de *pensar globalmente y actuar localmente*, nuestra acción debe comenzar en Lanzarote. Y por la mismas razones referidas, iniciarse con la necesaria toma de conciencia por parte de los lanzaroteños de que el problema no sólo nos afecta por su dimensión global, sino que, además, contribuimos a

crearlo. Nuestra Isla no es el paraíso sostenible que muchos creen: la emisión de gases de efecto invernadero que añadimos a la contaminación global no merece pasar desapercibida.

Cierto que la contaminación atmosférica en Lanzarote se la lleva el alisio, lo que no significa que no exista o que sea despreciable. El calentamiento global se nutre básicamente de la quema de combustibles fósiles para obtener la energía que utilizamos en el conjunto de nuestras actividades. El uso de los combustibles fósiles se concreta en tres sectores cuya aportación se muestra pareja: los combustibles fósiles consumidos en el transporte; los que se queman en las centrales térmicas transformándose en electricidad y los que requiere la industria para su producción.

Pues bien, en la Isla únicamente el tercer apartado, el que se refiere a la industria, puede ser minimizado. Los otros dos aparecen con tanta gravedad como en cualquier lugar del planeta. Por lo que se refiere al transporte, la situación lanzaroteña resulta especialmente grave por dos motivos: primero, el más evidente, por la existencia de un parque automovilístico de dimensiones sólo conocidas en muy pocos territorios del mundo desarrollado; y, segundo, por la necesidad de que el turismo llegue a la Isla por vía aérea. El transporte aéreo, amén de contribuir de forma notable a la destrucción de la capa de ozono, se convierte en un medio que despilfarra la energía fósil en increíbles cantidades. Para ilustrar el problema, sirva como ejemplo el hecho de que cada turista que pasa unos días en Lanzarote necesita unas ocho veces más energía

en el viaje en avión de la que consumirá aquí durante toda su estancia y en todas las actividades que realice.

Si atendemos a la producción de electricidad, es obligado remarcar que el 96% de la que consumimos la obtenemos quemando *fuel-oil*, porcentaje muy superior también al de cualquier otro lugar del mundo rico. En cualquier caso, destacar que el porcentaje obedece a la inexistencia de energía hidráulica en la Isla—que podemos lamentar, pero no instalar— o de energía nuclear —que, por supuesto, no queremos—, y no al hecho de que en otros sitios la aportación de las energías renovables suponga una parte mucho más importante (tampoco consideramos relevante nuestro 4%).

En cuanto a la cantidad de energía eléctrica que consumimos puede argumentarse, además de la escasa demanda industrial que mencionábamos, que si la factura resulta algo menor que en otras latitudes se debe a la ausencia de la calefacción —lo que no obedece a nuestra ecológica conciencia, sino a la bondad de la temperatura—. No obstante, en este sentido comienza a surgir una inquietud: el incremento en el uso del aire acondicionado, gran consumidor de energía. Y ello obedece fundamentalmente al seguimiento de modas y estándares consumistas, por una parte, y a la irracional manera de construir que se generaliza, por la otra. La bandera insular de esta destrucción antiecológica y despilfarradora la hallamos en la nueva sede del Cabildo, edificio en el que el aire acondicionado se utiliza permanentemente por no haber tenido en cuenta criterios bioclimáticos

Si aspiramos a vivir en un sitio conocido por la conservación del entorno natural, no podemos continuar manteniendo el despilfarro energético lanzaroteño y contribuyendo al calentamiento global

en el momento de su diseño.

Asimismo, tenemos que añadir a nuestro consumo energético tanto la conversión del petróleo en agua potable como la ausencia de políticas de eficiencia energética en la Isla (valga de ejemplo la insignificante cantidad de luminarias de bajo consumo que encontramos en los hoteles o en nuestros domicilios). En este campo, prácticamente está todo por hacer en Lanzarote.

Así que si aspiramos a vivir en un sitio conocido por la conservación del entorno natural, no podemos continuar manteniendo el despilfarro energético lanzaroteño y contribuyendo al calentamiento de la Tierra. Precisamente ahora, que se inicia la *Estrategia hacia el desarrollo sostenible de la Isla*, es el momento de tomar conciencia de la profundidad de la crisis y poner las bases para su superación. No conocemos, mientras se redacta este texto, las conclusiones que en este terreno defenderá la mencionada Estrategia, pero sí estamos seguros de la dificultad de continuar obviando el problema energético de la Isla y sus manifestaciones.

No obstante, conviene recordar, para terminar, que el conflicto del clima se nutre, también, de la aportación individual. Por centrarnos en el llamativo caso del transporte: la contribución al efecto invernadero aumenta cada vez que uno de nosotros gira la llave que arranca su automóvil, y es proporcional, además, al tamaño y al precio de éste. Formulado de otro modo: disminuimos nuestra contribución cuando nos trasladamos caminando, en bicicleta o en transporte público. Los ejemplos son

numerosos y conviene que todos nos preocupemos por encontrarlos, primero, y por contribuir a su solución, después. Estrategia: “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”.

*La contribución
al efecto
invernadero
aumenta cada
vez que uno de
nosotros gira la
llave que
arranca su
automóvil, y es
proporcional al
tamaño y precio
de éste*



¡Basta ya!

Ramiro Arbelo

El inicio del curso político lanzaroteño 97-98 nos volvió a situar donde ya es habitual: en la perplejidad y la indignación. La moción de censura en el Ayuntamiento de Arrecife nos obligó a revivir la lamentable cotidianidad de la política conejera. Se veía venir. Las amenazas, los dimes y diretes con el famoso documento tenían que acabar como siempre, como el rosario de la aurora: los profesionales de lo público a bofetadas y los ciudadanos mirando hacia otro lado, tratando de esconder los colores subidos que la vergüenza pinta en nuestros rostros.

Asistimos, otra vez, al espectáculo de las grandes sorpresas y mesados de cabello entre nuestros representantes. Cada uno de ellos señalaba al de enfrente como responsable de la fechoría. En esos momentos, muchos insistían en su convicción de que esta Isla no tiene arreglo mientras el "acusado" Dimas continúe detentando parte del mango. Parece claro, en este caso como el agua, que el Sr. Martín adquirió de nuevo el protagonismo a que nos tiene acostumbrados. Hace ya unos cuantos años que no encontramos desastre que no lleve su firma -porque no se corta un pelo, y firma-. Nadie pone en duda su notoria capacidad de trabajo y su demagógico verbo (para desgracia de la mayoría de los habitantes de esta Isla), aunque algunos agradeceríamos hasta el infinito la jubilación del personaje; que disfrutara de un bien merecido descanso después de tan intensa, peligrosa y poco higiénica actividad.

No obstante, los problemas suelen mostrar más de una cara. Y no todo se resuelve señalando con el dedo a un único responsable, pues

Más que Dimas, el gran problema de la Isla lo constituye el "Efecto Dimas", que ha contagiado a la mayoría de la clase política conejera

Los ciudadanos que les votamos no podemos creernos ajenos a toda la porquería que mana de la fuente política

el entonces denunciado documento llevaba circulando por ahí y apareciendo en los *medios* bastante tiempo. Sin negar, por supuesto, la cuota principal de la responsabilidad a sus dos firmantes, lo cierto es que la mierda ha salpicado al conjunto de las organizaciones políticas isleñas y, por tanto, a la mayoría de los políticos que sufrimos. La lista debe comenzar con el PdD (Partido de Dimas). Apenas existe en este caso nada que aportar a la ya nula capacidad de sorpresa de los lectores. Pero sigamos con el resto. El documento se esgrimió durante un tiempo como amenaza ante la posibilidad de que Juan Carlos Hernández apoyara la moción de censura en el Ayuntamiento de Arrecife, lo que indicaba que los censurados, o una parte de ellos, lo conocían. Y no podía ser de otra forma, puesto que se redactó para que Cándido "Chacón" obtuviera la alcaldía. Vale la pena recordar, además, los cargos que Becerra y De Armas ocupaban entonces en el PdD. Así pues, los abanderados de la regeneración institucional lanzaroteña aparecían como corresponsables de la charranada, resultando difícil que pudieran convencer a mucha gente de su ignorancia acerca del documentito dichoso. Después supimos que el documento había estado en manos de Pedro de Armas, o sea del PNL, durante meses, hasta el punto de que lo hizo compulsar oficialmente en dos ocasiones a la espera de la conveniencia de utilizarlo. Así que las declaraciones de toda la cúpula del partido mostrando su desconocimiento sobre el mencionado asunto, que las califique cada uno como mejor le parezca.

Por otra parte, los socios regionales del PNL se frotaron las manos pensando que a cambio de la "minucia" de Arrecife lograrían birlarle al PP una consejería en el Gobierno de Canarias. El objetivo no se consiguió plenamente, pero sí lograron aumentar, otro poco, su porción en el reparto de la tarta. A la vez, Lanzarote retornó a la primera página de la actualidad regional por un nuevo escándalo político. Para nuestro sonrojo, cada vez somos más conocidos en el resto del Archipiélago por este tipo de penosas circunstancias; hasta el punto de que algunos piensan si no habrán pasado a formar parte de nuestra identidad.

Con respecto a los *populares*, uno ya no sabe que pensar; pero siempre que hay lío el PP lleva todas las papeletas. Primero, al perder la alcaldía capitalina porque se "vende" uno de sus concejales; después, se dejan embaucar por el comprador -Dimas- para montar la carajera en el Cabildo y terminar trasquilados, uniéndose a la minoría gobernante para perder la moción de censura. Tras el enredo cabildicio se incorporan al Gobierno de Arrecife con todos los tránsfugas habidos y por haber: los del PIL, los del PSOE e incluso su concejal "comprado". Y, por último, volvieron a cobrar con la moción de censura de Arrecife. El propio Bravo de Laguna andaba por ahí suplicando que no les quitaran su consejería y pidiendo perdón por una concejala de la familia a la que no podía controlar. Al final, le tocó pagar a Rafael de León, por hermano y por instigar una moción de censura que terminó por irsele de las manos, hasta el punto de costarle la consejería. El PP necesita un

asesor, pero no de imagen, sino de algo mucho más elemental.

Nos quedan los socialistas, tan callados y modosos en los momentos en que se gestaba la moción de censura y resignados a tener que aliarse siempre con el mismo diablo. Primero, en el Cabildo; luego, en Arrecife. Aunque en esta ocasión, para adornar la guinda, se añadieron un par de tráfugas de la derecha: el "comprado" y la desencantada y ofendida por la familia, quien antes no quería ni oír hablar de compartir mayoría con el primero. Todos, PdD, PSOE y tráfugas anejos se vieron obligados, por el bien de la ciudad, por la gobernabilidad; como siempre lo han hecho. Y a los ciudadanos ya no nos quedan ganas ni de reírnos.

Una vez recordado el más reciente suceso de la bronca perpetua, llegamos al convencimiento de que, más que Dimas, el gran problema de la Isla lo constituye el "Efecto Dimas", que ha contagiado a la mayoría de la clase política conejera. "Efecto" cuya primera inoculación tuvo lugar con el famoso "Pacto de las Tuneras" en 1983, primera tropelía de lo que se revelaría como una exitosa carrera profesional, en la que los aderezos judiciales representan una parte consustancial. Curiosamente, el último acto publicado, el que nos ocupa, resulta copia exacta del mismo que dio comienzo a la serie.

Durante todos estos años la política y las instituciones de nuestra Isla han sufrido el debastador "Efecto": el populismo despilfarrador, la corrupción generalizada y el transfuguismo se han convertido en la norma de la política insular. Su única excepción la encontramos en la "isla" de Tías, única institución

en la que no se ha producido ninguna de las tres características del conocido "Efecto Dimas"; la única en la que las deudas, la parálisis o el navajeo no han impedido hacer política. Conviene no olvidar que el legado pertenece a quien durante muchos años fue minusvalorado de forma sistemática: el taxista.

Ésta ha sido la tónica. Y el famoso documento —la más reciente compra en tan libre mercado— la última entrega, la última humillación para cualquier lanzaroteño. La responsabilidad de la situación atañe a la inmensa mayoría de los políticos; pero los ciudadanos que les votamos no podemos creernos ajenos a toda la porquería que mana de la fuente política. Ha llegado la hora en la que no podemos ya mirar hacia otra parte. Ha llegado la hora de recuperar la dignidad. Ha llegado la hora de asumir nuestras responsabilidades. Ha llegado la hora de decir ¡BASTA YA!

Porque hoy, que tanto se habla de identidad, conviene resaltar que uno de sus componentes fundamentales es la dignidad, el orgullo de pertenecer a una comunidad. Y el lamentable espectáculo en nuestras instituciones consigue que muchos de nosotros, sobre todo cuando salimos fuera de la Isla, nos sintamos indignos por formar parte de este circo.

Existen multitud de referencias a la identidad canaria en las que se menciona la pasividad como uno de sus componentes definitorios; esas referencias surgen tanto del exterior como en los propios textos de muchos intelectuales canarios. No sabemos si tienen o no razón; pero parece innegable que lo que está ocurriendo en la política insular nos hace merecedores de tal

Hoy, que tanto se habla de identidad, conviene resaltar que uno de sus componentes fundamentales es la dignidad, el orgullo de pertenecer a una comunidad

El conjunto de la sociedad debe, al menos, presionar para poner fin a esta ignominia que nos salpica a todos

calificativo. Ya es hora de que asumamos, todos, nuestra cuota de responsabilidad en la construcción de un mañana mejor para la sociedad lanzaroteña.

En un momento en que se discute una "Estrategia" para vislumbrar un futuro sostenible en nuestra Isla, es imprescindible manifestar, y con la voz bien alta, que con estos políticos y esta política Lanzarote no tiene futuro; el primer paso para la sostenibilidad de la comunidad lanzaroteña pasa por un cambio radical en las formas y contenidos de la política insular y en quienes a ella se dedican.

Podremos pensar y trazar objetivos para el desarrollo en clave sostenible y concretarlos en maravillosos proyectos para mejorar el funcionamiento económico de la Isla, cohesionar la sociedad, incrementar el nivel cultural de la población o mejorar su relación con el entorno natural. Sin embargo, si después van a gestionarse con los mecanismos del populismo despilfarrador, la corrupción generalizada y el transfuguismo a los que nos referíamos, ¿tenemos alguna posibilidad de éxito?

Sabemos que no resulta sencillo cambiar el rumbo. Con más razón cuando todas las opciones políticas significativamente representadas en las instituciones comparten la responsabilidad de la situación, del bochorno que nos obligan a vivir. De todas formas, conviene repetir que su representatividad obedece, sobre todo, a nuestros votos, a nuestra aquiescencia.

Pero precisamente porque la responsabilidad afecta a la mayoría de los políticos, no parece creíble que la regeneración pueda llegar de su mano. La sociedad tiene que

tomar cartas en el asunto, y pronto. Estamos obligados a recurrir a otros cauces, a implicar nuestras actividades prepolíticas, ciudadanas y culturales en esta empresa.

La necesidad apremia. Hay que urgir a toda persona o sector inocente a participar en lo que, sin exageración, puede calificarse como "salvar la Isla". No sobra nadie: políticos como Florencio Suárez, Nicolás de Paiz o Miguel Angel Remedios; los medios de comunicación, que deben disminuir la tutela que los ingresos públicos representan; instituciones como la Fundación César Manrique; asociaciones como El Guincho o Ciudadanos por Arrecife; otras asociaciones ciudadanas o culturales; y líderes de opinión o ciudadanos de a pie. La podredumbre política nos obliga a tratar de rectificar la actual trayectoria de las cosas.

No tratamos de defender aquí la creación de otra plancha electoral, aunque no haya que descartar nada; pero sí defendemos que el conjunto de la sociedad debe, al menos, presionar organizadamente para poner fin a esta ignominia que nos salpica a todos. No es verdad que no se pueda hacer nada; aunque la mera queja individual no haya servido para que los políticos reaccionen. Por lo tanto, es necesario reunirse y agruparse para que tenga sentido y efectividad nuestro ¡BASTA YA!

Un final feliz para el Gran Hotel

Natalia Jiménez

Dos grandes empresas de la Isla compraron a buen precio el edificio más polémico de Arrecife con la intención de rehabilitarlo para oficinas y apartamentos de lujo. No es un mal fin para el edificio mejor situado y con mejores vistas de la ciudad, aunque, como siempre, se reservará a los ciudadanos de más alto poder adquisitivo. El resto disfrutaremos de él viéndolo en buen estado y paseando por los terrenos circundantes, que vuelven a ser del Ayuntamiento, o sea: propiedad de todos. Todas las demás operaciones que se han planteado hacer con el Gran Hotel serían más costosas para nuestro poco saneado municipio, tanto económicamente como en terrenos. Por lo tanto, si no hay negocios ocultos, parece absurdo seguir contemplándolas.

Dando ese problema por resuelto, todavía nos queda otro más grave, que no podían desconocer los compradores, que es el de los casi doscientos *okupas* que moran en el interior. La dejadez y la desidia han hecho que el inmueble lleve

abandonado demasiados años y lo hayan ido ocupando poco a poco los más necesitados, convirtiéndose en un problema añadido. ¿Se les puede culpar por eso? Claro que no. Pongámonos en su lugar por un momento, imaginémonos sin casa y dedicando todo nuestro tiempo a buscar el sustento con el que llegar a mañana. El Gran Hotel se convierte entonces en un amigo, en un hogar para los desechados de nuestra comunidad. Ellos no necesitan papeles ni permisos, nadie los pide para revolver en las basuras, ellos, simplemente, lo han utilizado como un refugio.

Hablamos de estas personas como si fueran una condena bíblica que nos ha caído del cielo. Alegando que no son de aquí, cosa que no es verdad, porque también hay conejeros, se dice que habría que expulsarlos de la Isla. Algunos van más lejos y piensan que la mejor manera de solucionar los dos problemas es quemar el edificio definitivamente con sus ocupantes dentro. Pero eso nos convertiría en nazis y al Gran Hotel en un campo de exterminio. Lo que no sería, ni mucho menos, un final feliz.

Como todos los problemas complejos, este asunto no tiene una fácil solución, pero la única manera de encontrarla es dedicarle tiempo y dinero. Esas casi doscientas personas son un conglomerado de falta de oportunidades, problemas y circunstancias adversas que les han arrastrado a la marginación y la mayoría no tiene en común más que el domicilio. Pero para nosotros lo más fácil es meterles a todos en el mismo saco de drogadictos y delincuentes. Para mí, un final feliz pasaría por la construcción en la Isla de un centro de aco-

Ellos son el recordatorio permanente, en pleno centro de Arrecife, de que no vivimos en el mejor de los mundos posibles

Un final feliz sería que los más de setenta mil habitantes de la Isla tuvieran un comportamiento humanitario con los casi doscientos desheredados del Gran Hotel

gida donde poder tratar los problemas de forma individualiza y personalizada, para dar a esas personas la oportunidad de reinserirse en la comunidad.

Ellos son el recordatorio permanente, en pleno centro de Arrecife —en los barrios la marginación no levanta tanto escándalo— de que no vivimos en el mejor de los mundos posibles. Son la evidencia de que esta sociedad crea desigualdades, que convierten a algunas personas en desperdicios humanos.

Nuestra única reacción ante ellos es volver la cabeza; la miseria, para un estómago lleno, nunca ha sido estética. Reaccionamos echándoles las culpas de todos los males de nuestras calles, como si ellos fueran la causa y no una consecuencia. Les culpamos de nuestra inseguridad ciudadana, dando más importancia a sus pequeños delitos que a los que ocasionan los grandes delinquentes. Cuando alguno de ellos llegan a realizar un delito por encima de sus posibilidades, como el último robo de un banco, no tardan ni dos días en cogerlos y todos aplaudimos. Cuando un poderoso extorsiona a alguien, todos callamos.

Para ser justos con ellos habría que buscar una solución para cada caso. Para los que delinquen, para los que mendigan, para los que están enganchados a la heroína o para los que se conforman con ahogar sus penas en un tetrabrick, para los que simplemente necesitan tener un alojamiento económico, etc, etc... Un final feliz sería la creación, por parte del Cabildo y del Ayuntamiento, de un centro social con suficientes medios que coordinara a policía, psicólogos, psiquiatras, asistentes sociales, al

hospital y al voluntariado social para que pudieran ayudar a estas personas. La acción policial por sí sola es bastante inútil. Detener a una persona para tenerla que soltar al día siguiente por falta de un lugar donde asistirle es un gasto inútil. Si se considera a los drogadictos como enfermos hay que tratarlos como tales. Y si se quiere disminuir considerablemente la inseguridad ciudadana, repartiéndolo la droga a los heroínomanos, los vecinos no tendrían que sufrir los robos que sólo buscan solucionar el próximo pico, como ocurre en la mayoría de los casos.

Si son de fuera o son de aquí no es el problema. El problema es que están aquí afincados y necesitan ayuda. Si los mandan de otras islas para quitárselos de encima, no quiere decir que nosotros tengamos que comportarnos de la misma manera. Un final feliz sería que los más de setenta mil habitantes de la Isla tuvieran un comportamiento humanitario y fueran capaces de ayudar a los casi doscientos desheredados concentrados en el Gran Hotel y a los desperdigados por el resto de los barrios. Sus problemas dejarían de perturbar nuestra tranquilidad ciudadana, quizás tendríamos que echar un poco de agua al potaje, pero nos miraríamos al espejo con más entusiasmo.



La horda dorada

Louis Turner y John Ash

Nombres como los de Waikiki, Niza, Palma de Mallorca, Acapulco, Bali o Marrakesh, nada más deslizarse por la página, evocan imágenes de sol, de placer, de huida. En un mundo dominado por la burocracia y las máquinas, estos destinos se nos ofrecen como otras tantas vías gracias a las cuales es posible regresar a un mundo como el de la infancia, en el cual siempre brilla el sol, en el cual es posible satisfacer todos nuestros deseos.

El turismo no es un fenómeno trivial. Es el resultado visible de la cuarta gran oleada de la tecnología, habida cuenta de que todas ellas han transformado la geografía social del mundo desde el siglo XIX. Primero fue el ferrocarril, que abrió continentes enteros al transporte de alimentos y materiales; gracias al ferrocarril fueron posibles las grandes ciudades del siglo XIX. Llegaron después los barcos de vapor, que hicieron las veces de tendones al permitir que los imperios crecieran orgánicamente y se extendiesen por todo el planeta, que tomaran cuanto desearan de sus nuevas colonias. El automóvil inició la descentralización de las naciones al proporcionar savia nueva a las ciudades mediante el desarrollo de amplios suburbios. Por último, el avión, al existir íntimamente vinculado a una creciente opulencia, ha dado lugar al nacimiento de toda una nueva tribu: la de los turistas en masa, es decir, los bárbaros de nuestra Edad del Ocio. La Horda Dorada.

Es absolutamente legítimo comparar a los turistas con las tribus bárbaras. En ambos casos se produce una migración en masa de diver-

El avión ha dado lugar al nacimiento de toda una nueva tribu: la de los turistas en masa, los bárbaros de nuestra Edad del Ocio

Introducción de Louis Turner y John Ash a su libro *La Horda Dorada. El turismo internacional y la periferia del placer*. Editorial Endymión, Madrid, 1991.

*Hoy, son los
Nómadas de la
opulencia
quienes han
creado un
nuevo
territorio: la
Periferia del
Placer*

sas poblaciones que experimentan una notable colisión con una serie de culturas distintas y distantes de la suya propia. Existe, sin embargo, una diferencia crucial. La antigua Horda Dorada (el imperio tártaro que legó Gengis Khan a sus sucesores) era un pueblo nómada y carente de moneda, que amenazó las civilizaciones sedentarias y urbanas de toda Europa. Hoy, esa tendencia se ha invertido. Los turistas proceden de los centros industrializados, sólo que esta vez son precisamente ellos los que se despliegan por el mundo entero, anegando sociedades en apariencia menos dinámicas, incluidas las escasas civilizaciones pre-industriales que quedan en pie hoy en día. En el pasado, fueron los grandes centros comerciales del mundo, como Constantinopla y Viena, los que sufrieron tales amenazas. Hoy, son los *Nómadas de la Opulencia*, los que proceden de las nuevas *Constantinoplas* —de ciudades como Nueva York, Londres, Hamburgo o Tokio—, quienes han creado un nuevo territorio, tanto social como geográfico, sumamente dependiente: la Periferia del Placer.

Dicha periferia tiene muy diversas dimensiones, aunque su mejor descripción geográfica sea la de un auténtico cinturón turístico que rodea las grandes zonas industrializadas del mundo. Por norma general, se encuentra a dos o a lo sumo a cuatro horas en avión de los grandes centros urbanos, unas veces al este y otras al oeste, pero por lo general al sur, hacia el ecuador y el sol.

De este modo, la periferia norteamericana incluye los centros lúdicos del Caribe, como son Nassau, San Juan; Montego Bay y Puerto Príncipe, o algunas zonas de México, como Acapulco, Tijuana y Mexicali; más allá, en el Pacífico, hay que contar esas manchas en la inmensidad del océano que son las islas de Hawai. Los habitantes del norte de Europa, por su parte, acuden sobre todo al Mediterráneo en busca de lugares con solera, como Monte Carlo, Niza o Cannes, en la Riviera francesa, o destinos más recientes, como son Palma de Mallorca, Torremolinos y Benidorm, o las históricas ciudades del norte de Italia, como Venecia y Florencia. Los japoneses constituyen una potencia industrializada demasiado joven, sin hacer mención de su aislamiento geográfico, para haber creado una periferia tan bien acotada en Extremo Oriente. Sin embargo, incluso en dicha región acuden hacia el oeste, a Hawai, y al sur, a las islas Filipinas, a Taiwan, Hong Kong, a Bali (en Indonesia) o a Bangkok (en Tailandia).

Todas estas Periferias del Placer nunca constituyen centros estáticos, dado que poseen un dinamismo propio, que suele depender del

alcance de las líneas aéreas y del incremento del ocio y la opulencia en términos generales. Los turistas que podrían considerarse pioneros se desplazan continuamente en busca de nuevos lugares que aún no hayan sido anegados por el turismo en masa. Quienes hace tan sólo cinco años acudían a Honolulu, hoy se adentran más aún en el Pacífico y recalcan en lugares como Tahití o las islas Fidji. Quienes han terminado por cansarse de las multitudes que invaden Mallorca acuden, en cambio, a Grecia, al norte de África o al océano Índico. Los japoneses, en otro tiempo sobradamente satisfechos con Hong Kong, hoy se dirigen a Europa. Así pues, a medida que cada periferia concreta se expande independientemente, hoy han empezado a fusionarse todas ellas por vez primera en una única y gigantesca Periferia del Placer, de magnitud global, en la cual los más ricos se relajan y se entremezclan.

La fuerza motriz de este fenómeno es el turismo, una de las grandes paradojas del siglo XX: las industrias del Ocio. En calidad de tales alcanzan un tamaño muy considerable. En 1974 hubo aproximadamente 209 millones de turistas internacionales, lo cual equivale más o menos a la población total de los Estados Unidos, o a una cifra cuatro veces superior a la población de Francia. En conjunto, gastaron 29.000 millones de dólares, lo cual equivale al seis por ciento del total del comercio mundial. Hasta la crisis económica que se desencadenó en octubre de 1973, tanto el número total de turistas como la cantidad por ellos desembolsada creció anualmente a un ritmo del diez por ciento durante las dos décadas anteriores. El éxito más notable de todos ha sido el de España, país que recibió 7,4 millones de turistas en 1961 y 34,6 millones en 1973; antes de la crisis de 1973, las autoridades estaban preparadas para recibir, a finales de la década, unos 50 millones de turistas. Como la población española ronda en total los 34 millones de habitantes, es de esperar que se produzca un notable impacto social.

A pesar de todas estas cifras, el turismo internacional sigue siendo una actividad minoritaria. En muy amplias zonas del mundo es harto extraño que la población pase las vacaciones fuera de su país. El 95 por ciento de la población mundial no había cruzado una sola frontera en 1971, y únicamente el uno por ciento había viajado alguna vez en avión. Incluso en las naciones más ricas, las vacaciones en el extranjero siguen siendo una excepción: tan sólo el 15 por ciento de los británicos planearon unas vacaciones en el extranjero en 1973, mientras que solamente el cinco por ciento de la población estadounidense tiene pasaporte, y sólo el dos o el tres por ciento salió del subcontinente norteamericano en 1972. En otras

El 95% de la población mundial no había cruzado una sola frontera en 1971

regiones más pobres, las proporciones son incluso inferiores. Por ejemplo, el 85 por ciento de la población de Portugal sigue sin disfrutar de vacaciones de ninguna especie, al igual que el 75 por ciento de los grupos de ingresos más reducidos de Madrid; por otra parte, sólo el tres por ciento de los madrileños disfrutaban de sus vacaciones en el extranjero, a pesar del hecho de que España sea el primer destino turístico del mundo entero. En consecuencia, no es de extrañar que los expertos en la industria consideren que las expectativas de crecimiento potencial del turismo son prácticamente ilimitadas.

La élite del turismo es susceptible de definirse con un grado de exactitud razonable por la edad, el nivel de ingresos y el estatus social. Las generaciones más jóvenes muestran una mayor tendencia a viajar que sus mayores; las personas bien cualificadas profesionalmente tienden a disfrutar de una mayor movilidad internacional, al igual que aquellas personas que gozan de puestos de trabajo con vacaciones remuneradas. El factor clave, evidentemente, se halla en los ingresos. Parece existir un nivel mínimo de ingresos por debajo del cual toda forma de vacaciones es absolutamente inviable. George Young cita diversos ejemplos según los cuales, en el caso de una familia británica, dicho umbral se sitúa en unos ingresos anuales de 1.000 libras esterlinas; en el caso de Estados Unidos, rondaría los 10.000 dólares anuales. Sugiere incluso que de cada libra esterlina, el gasto en turismo aumentará en torno a las cinco o las nueve libras, aun cuando las cifras, en el caso de Francia, parecen rondar una proporción de dos o tres.

Empiezan a juzgarnos por la persona en que nos convertimos al disfrutar de nuestro tiempo libre, y no por nuestro papel en el mundo del trabajo

A lo que en realidad asistimos es a la transformación del “juego” en uno de los factores más influyentes de nuestra cultura; y no siempre ha sido así. En el pasado, el ocio se consideraba primordialmente como “el tiempo de que uno dispone una vez terminado el trabajo”. Incluso en la década de los cincuenta, la mayoría de la población consideraba el ocio más como “tiempo” que como “actividad”. Este sentimiento generalizado seguía siendo reflejo de la ética característica del protestantismo, que sitúa las actividades relacionadas con el trabajo en una especie de limbo, confiriendo precisamente al trabajo toda la legitimidad.

Paulatinamente, el crecimiento de la opulencia y la disponibilidad de más y más tiempo lejos del trabajo han transformado esta situación y han desembocado en un incremento de las actividades a que se consagra el tiempo libre. Los espectadores pasivos de la ciudad urbanizada han empezado a emplear su cada vez mayor movilidad

para emprender actividades que las grandes ciudades dificultan de forma considerable, como son la pesca, los deportes, el montañismo o, en un nivel más bajo de actividad adicional, simplemente darse un paseo en coche y disfrutar del paisaje. Las actividades puramente pasivas, como es por ejemplo ver la televisión, han terminado por considerarse algo carente de significado. Solamente se nos juzga a la luz de las ocupaciones activas. Empiezan a juzgarnos por la persona en que nos convertimos al disfrutar de nuestro tiempo libre, y no por nuestro papel en el mundo del trabajo.

Por consiguiente, el turismo funciona a dos niveles. En un nivel más profundo, unas vacaciones en el extranjero son toda una institución que ha dotado de significado al hecho de no trabajar: se trata, a partir de ese punto, de algo positivo, beneficioso y comprensible, a lo que cualquier persona puede dedicar su tiempo libre. Asimismo, produce una impresión de actividad, aun cuando uno se dedique a permanecer largas horas en posición supina en alguna playa. Gracias al bronceado, quienes se dedican a esta actividad obtienen incluso un inconfundible signo externo de su iniciativa.

Al mismo tiempo, se trata de un producto desarrollado por una industria que meramente contempla el tiempo libre como una mercancía susceptible de ser comercializada. Las industrias del ocio, como el turismo, aseguran que los trabajadores mantengan un alto grado de motivación para permanecer dentro del sistema. Por más que una persona desee disponer de más tiempo libre, tiende a trabajar más de lo que trabajaría en unas condiciones ideales si de él dependiese, con objeto de ahorrar el dinero necesario que le permita disfrutar de su tiempo con auténtico estilo. Al hacer del tiempo libre una mercancía cara, la industria turística mantiene en funcionamiento y sobre ruedas la maquinaria de la industria en general.

Los propios turistas no constituyen un grupo particularmente homogéneo. Hay trabajadores de la industria del automóvil de Detroit o de Coventry, *hippies*, intelectuales, entusiastas de los más variados deportes, peregrinos, candidatos a emigrantes de por vida, fanáticos de la caza mayor, miembros de las clases pudientes del Tercer Mundo, etc. Los integrantes de cada uno de estos grupos tienen sus propias necesidades, de manera que el factor aglutinante no se encuentra en sus motivos ni en sus actitudes (que pueden ir desde la estupidez más obtusa a la simpatía más cordial), sino en la existencia de una industria especializada que hace las veces de factor de cohesión, esforzándose lo indecible por identificar, estimular y satisfacer las necesidades viajeras de todos y cada uno de ellos.

Una industria que contempla el tiempo libre como una mercancía susceptible de ser comercializada

Las industrias del ocio aseguran que los trabajadores mantengan un alto grado de motivación para permanecer dentro del sistema

De este modo, existen compañías aéreas dedicadas a los vuelos regulares (como PanAm, Lufthansa o Qantas), a los vuelos chárter (Laker, Donaldson, Cóndor), o cadenas hoteleras (Hilton, Sheraton, Holiday Inn), u operadores turísticos (Neckermann, Dr. Tigges, American Express, Thomson), empresas dedicadas a alquilar de vehículos con o sin conductor (Avis, Hertz), empresas navieras (P&O, CUNARD, Holland America), de autobuses de línea (Greyhound, Wallace Arnold), y muchísimas más empresas menores dedicadas a actividades relacionadas con el turismo, ya sea la fabricación de esquíes, la construcción de puertos, el alquiler de yates o el transporte aéreo de frutas y verduras frescas para hacer frente a la demanda hotelera.

Es esta industria aparentemente amorfa la que ha dado lugar a la Periferia del Placer que los viajeros individuales fueron abriendo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Son estas empresas las que refuerzan el instintivo deseo del ser humano de apartarse de la polución y la alienación que generan nuestras sociedades industrializadas y urbanizadas, al tiempo que se encargan de proporcionar los medios necesarios para poner en práctica el cumplimiento de estos sueños.

Todo esto no importaría gran cosa si no fuera por la respuesta de los gobiernos de la Periferia del Placer. Conviene tener muy en cuenta que desean la llegada de los turistas y, con ellos, de sus preciadas divisas. De estos gobiernos, son muchos los que no disponen de ninguna otra alternativa industrial que se acerque a unos niveles similares de rentabilidad. Precisamente por ello son capaces de llegar casi a cualquier extremo, con tal de atraer a las líneas aéreas, a las cadenas hoteleras y a los operadores turísticos para que se instalen en su país. Se constituyen nuevos Ministerios de Turismo y nuevos aeropuertos, se subvenciona la construcción de nuevos complejos hoteleros, se lanzan campañas para sensibilizar a los ciudadanos con objeto de que traten mejor al turista, subrayando que el turista es de vital importancia para el país y que por ello ha de tratársele como a un amigo, y no como a un miembro de ese grupo de *voyeurs* ricos, blancos, perezosos, que, según una de las quejas características, están “podridos de dinero, podridos de sexo y, además, se pudren aquí mismo”.

Precisamente esta respuesta ciegamente entusiasta hace de la industria algo políticamente muy pernicioso. La mayor parte de los países del tercer mundo han obtenido hace relativamente muy poco tiempo su independencia de las antiguas potencias imperiales. Sin

embargo, el turismo constituye una industria respecto a la cual han desarrollado tal grado de necesidad que dan la bienvenida, con los brazos abiertos, a los antiguos amos y señores que los dominaron no hace tanto tiempo. En este proceso, caen en una trampa: esta industria, ciertamente, carece de la polución propia de las chimeneas, las minas o los pozos de la antigua industria, a pesar de lo cual el turismo es una actividad económica de primera magnitud cuando los administradores de una nación discuten nuevas y potenciales inversiones, sus cálculos son idénticos a los de las grandes compañías mineras y petrolíferas del pasado, de cuyas garras aún intentan desesperadamente escapar muchos países subdesarrollados. De una forma infinitamente más sutil, el turismo puede tener efectos mucho más destructivos.

En un primer nivel, la industria internacional del turismo efectivamente ha empezado a redibujar la geografía mundial; se empieza ya a detectar una lenta deriva de las industrias norteamericanas y noreuropeas hacia el cinturón turístico del sur, lo cual indica que las regiones industriales del norte están condenadas a un lento e inexorable declive, a la despoblación y a un eventual estancamiento. En un segundo nivel, se puede argüir que la creación de la Periferia del Placer ha supuesto un paso de vastísima importancia, equivalente por completo a la expansión del imperialismo durante el siglo pasado; ahora bien, así como los antiguos imperialistas arrasaron el Tercer Mundo por la fuerza, sus sucesores hacen uso de la lógica económica, instrumento que a la larga resulta muchísimo más peligroso. En un tercer y último nivel, empero, ya solamente se puede sostener que el turismo internacional es como la imagen inversa del Rey Midas, por tratarse de un instrumento destinado a la destrucción de todo aquello que efectivamente tenga una cierta belleza.

El turismo internacional es un instrumento destinado a la destrucción de todo aquello que tenga una cierta belleza

CITA

No es posible la expansión material indefinida en un sistema finito como la biosfera que habitamos. Ello hace necesario emprender una reducción sistemática del impacto ambiental de las actividades humanas. Convendrá lograrlo preferentemente mejorando la eficiencia ambiental de nuestras economías (es decir, reduciendo sistemáticamente el impacto ambiental por unidad de producto), pero también habrá que estar dispuestos a disminuir el volumen global de actividad cuando no quede otra opción. Producir de forma ecológicamente eficiente quiere decir minimizar el flujo de energía y materiales que recorre nuestros sistemas productivos, maximizando el bienestar que obtenemos de él. Hemos de aprender a hacer más con menos; y sobre todo desengancharnos de la adicción al "cuanto más mejor" y aprender a decir "es suficiente". Es mucho lo que nos jugamos en la transición a una cultura de la autolimitación, de la sobriedad, de la austeridad autodeterminada

Jorge Riechmann



Huelga de Medio Ambiente en Lanzarote: dos concepciones del pensamiento y la gestión enfrentadas

Domingo Concepción García

Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir de lo que se sabe y la resistencia a la opresión. (Albert Camus)

Aclaraciones previas

Por parte del Consejo Editorial de esta revista se me ha solicitado que escriba sobre la huelga que mantienen, desde hace exactamente 74 días, un grupo de trabajadores de la Unidad Insular de Medio Ambiente, dependiente de la Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias, y en la que piden esencialmente que se investiguen con objetividad las presuntas y graves irregularidades cometidas por esta Jefatura, que finalicen las acciones represivas en su contra, emprendidas por esta misma Jefatura y auspiciadas por un reducido grupo de altos cargos de la mencionada Consejería, pues lo que quieren es **trabajar con dignidad** para esta Isla.

En principio decir que soy miembro de las partes afectadas en el conflicto y por lo tanto no soy neutral, sino que claramente tomo partido. Otra cosa bien diferente es que intento —y el lector dirá si lo he conseguido— en todo momento ser objetivo¹ al acometer, diseccionar y valorar los hechos, algunos de los cuales pueden ser fácilmente verificables. En estos momentos, por ejemplo, el presidente del Cabildo tiene en sus manos el reto democrático de mostrar a la población cómo funciona el elemento básico de relación administrado-administración: el libro de registro.

Un segundo aviso referente a mi concepción del mundo. Tengo, ¡oh, dios mío!, ideas comunistas que los círculos más reaccionarios

Soy una de las partes afectadas en el conflicto y por lo tanto no soy neutral, sino que claramente tomo partido

1. Y a ver si nos aclaramos, la objetividad ha sido siempre totalmente opuesta a la neutralidad. El intento de hacerlos conceptos similares ha sido una constante histórica de los poderosos, mucho más fuerte cuanto más opresión han generado sobre el pueblo llano.

Comportamiento fraudulento del libro de registro que se confirma en la inspección realizada por parte de un asesor de la Consejera

del poder insular *traducen* en términos como “ese chico es revoltoso”, “está dolido porque no le ofrecen trabajo en la administración”, y así un largo etcétera que, cual mano oculta que mece la cuna, extienden como una gelatinosa mancha de aceite en forma de listas negras. Ante ello sólo tengo que decir que me educaron, todo lo mejor que supieron y pudieron, para ser obediente, calladito y educadito con “esa gente que tiene dinero, poder e influencias”, pero quien así actúa de forma sumisa —y es ley de la naturaleza humana— se vuelve dictador y cruel con sus orígenes, su gente más cercana y su propia persona, acabando por ser un infeliz consumado preso de sus contradicciones. Y como no me da la gana ser un infeliz, en este artículo cuestiono y denuncio una serie de hechos impropios de una verdadera democracia.

Por eso, me viene como anillo al dedo, por reflejar de alguna manera las altas concentraciones de hipocresía en esta Isla, la reciente declaración como *Hijo Adoptivo de Lanzarote* del escritor José Saramago, reconocido comunista y de los que algunos se jactan de su amistad². Pero una cosa es hablar —y no es ninguna alusión o advertencia a Saramago—, y otra cosa bien diferente es concretar dichas ideas; entonces los corderos se tornan agresivos lobos.

Los Motivos

Escribo estas líneas 2 días después de que el Cabildo asuma la delegación de estas competencias con un hecho de pura esquizofrenia política: *CC* y *PP*, que son mayoría en el Cabildo y mayoría gobernante en el pacto regional, se abstienen en esta votación y piden la solución a los problemas planteados por los trabajadores. Todo lo contrario hace el *PSOE*, oposición regional y gobierno insular, que a través del ínclito Carmelo Padrón intenta mediar en el conflicto a nivel regional mientras que sus compañeros cabildicios de esta isla, no saben, no contestan, o silban al cielo. Este es el panorama político que tenemos, y para una visión más detallada léase el artículo de Ramiro Arbelo en este mismo número.

Aunque una parte de los lectores de esta revista ya conocen a fondo los pormenores de esta huelga, bueno será que haga un escueto bosquejo cronológico que aclare la finalidad de esta Unidad y los hechos que han servido como detonante. Hasta agosto de 1995 trabajaban en Lanzarote un total de 21 trabajadores repartidos en 3 ámbitos de trabajo (vigilancia, inspección y sanción; flora y fauna; y educación ambiental) y 5 áreas operativas: 3 en labores de dirección-administrativa (la Jefatura, ayudante y admi-

2. Y me temo que lo que subyace entre bastidores es la necesidad de utilizar su figura como nuevo *totem* insular que dé carta de naturaleza a actitudes y comportamientos radicalmente opuestos a los expresados por este importante personaje en una reciente entrevista (*Lancelot*. Nº 752, dic. 1997).

nistrativo), 6 operarios con sede en el vivero forestal de Máguez (encargados de mantener dicho vivero y labores de limpieza en áreas cercanas), 10 en el área de vigilancia e inspección (6 agentes, 3 vigilantes y 1 patrón de embarcaciones), 1 técnico en el campo de la educación ambiental y 1 técnico de flora y fauna.

Por esas mismas fechas un grupo de 9 trabajadores (7 de vigilancia y dos técnicos) se deciden a denunciar verbalmente ante sus superiores los hechos imputables a esta Jefatura, los cuales pueden resumirse en los siguientes puntos.

a) Notable dejación de sus funciones, que va desde no tramitar denuncias —según su posterior versión por despiste— hasta dejar morir especímenes de aves protegidas.

b) Obstaculizar las labores de vigilancia, expedir permisos de extracciones en lugares no debidamente autorizados³, o echar a los guardas de las oficinas de la Unidad en Arrecife.

c) Nulo interés en la mejora y funcionamiento de la gestión ambiental de la isla, lo que hace que la prevision de trabajadores para la Isla sea, con abismal diferencia, la más baja del archipiélago⁴. Tampoco es de recibo que en Lanzarote, cuyos recursos de biodiversidad son los mejores del archipiélago, un informe interno de la Consejería reconozca que es la única Isla donde no se ha acometido plan alguno de recuperación de flora amenazada. Y qué decir de la fauna y espacios, donde Fuerteventura cuenta desde hace años con un proyecto Life para la recuperación de la hubara y ha obtenido este año otro para la recuperación integral de la Playa del Matorral. Mientras, aquí, los popes medioambientales satisfacen su ombliguista ego viendo cómo la prensa se llena con la etiqueta *Lanzarote, Reserva de la Biosfera*, y nuestras hubaras o espacios, como el saladar de Orzola, continúan su vertiginoso deterioro.

d) Comportamiento fraudulento y escandaloso del libro de registro —principio básico del funcionamiento de toda administración—, hecho que se confirma en la inspección realizada el 03.11.97 por parte de un asesor de la Consejera y por un miembro del Comité de Empresa. El informe emitido por éste último recoge expresiones reveladoras como “*Los asientos vacíos o en blanco en todos los libros, meses y años son numerosos*”, “*En general aparecen bastantes asientos corregidos, borrados con tinta blanca en unos casos o vueltos a escribir encima de la antigua grafía*”. Excepto en un caso, “*No consta diligencia alguna que explique las numerosas circunstancias anómalas que concurren en el Registro Oficial*”.

Los máximos responsables políticos han reconocido en off la veracidad de los hechos descritos

3. Ni las extracciones de Rodeos ni de Capellania tienen, que sepamos hasta la fecha, los preceptivos estudios de impacto ambiental o los permisos de la Consejería de Industrial. ¿Qué dirá ante esto cualquier particular a quien por una mínima obra le piden multitud de requisitos?

4. Si comparamos las 32 plazas de personal previstas en Lanzarote, Reserva de la Biosfera y demás lindes, con las existentes en otras islas más pequeñas en superficie, los números hablan por sí solos: 62 en el Hierro y 69 en la Gomera. No digamos nada si contrastamos con otras islas forestales como La Palma (246) o Tenerife (526); *Canarias* 7, 19.08.97.

La Vía Interna

Tras dos series de 11 reuniones conjuntas (6 entre septiembre de 1995 y enero de 1996, y otra serie de 5-6 con los nuevos responsables políticos a partir de marzo del 97), la Jefatura de esta Unidad desoye a sus superiores y se niega (el 21.12.95) a continuar con ellas, aunque luego diga que ha estado indefenso. Si bien los máximos responsables políticos en ambos casos han reconocido en *off* la veracidad de los hechos antes descritos, la respuesta de los actuales dirigentes del *PP*, en un alarde de talante democrático jamás visto por estos lares, ha sido la siguiente: el 04.12.96 se le incoa expediente disciplinario al técnico de educación ambiental, que finaliza con su despido el 01.09.97, el primero en la historia de esta Consejería; a finales de enero de 1997 no se le renueva contrato al técnico de flora y fauna; en junio de 1997 se incoa expediente disciplinario al patrón de ambarcaciones sin concretarle acusación alguna, lo cual le crea, inconstitucionalmente, una situación de indefensión jurídica (se imaginan ustedes que la policía detenga a alguien por robar y al final se le juzgue sin que le digan dónde o qué ha robado). Este último acto de represión fascista es la respuesta de esta Jefatura a la primera denuncia formal y por escrito efectuada por los trabajadores en mayo, y ¡sorpresa!, a los pocos días nos enteramos que dos meses antes, el 18 de marzo, se le había abierto una información reservada a esta Jefatura de la que es designado juez instructor un funcionario de Función Pública, teóricamente para garantizar la imparcialidad y evitar influencias. Como este tema ha sido la madre del cordero a la que se han agarrado los protectores de dicho señor, bueno será concretar cómo se desarrolla, y demostrar que estamos ante una farsa de hechos insólitos en los anales del procedimiento jurídico de un estado democrático.

- 1) El juez instructor se desplaza sigilosamente a la Isla en abril para tomar declaración al personal no denunciante (¿?) y regresa de nuevo a finales de mayo, siendo citados esta vez algunos de los denunciantes. En todo momento es acompañado por el denunciado.
- 2) Las declaraciones de los trabajadores denunciantes se toman en la oficina y ordenador del denunciado.
- 3) En junio del 97, meses antes de que se dicte veredicto, un alto cargo de esta Consejería dice en rueda de prensa que con la información reservada no pasará nada pues es una pataleta de un trabajador, y que así se lo ha comunicado el Director General de Función Pública.
- 4) El 27.10.97 la Jefatura aparece ante un medio de comunicación

Estamos ante una farsa de hechos insólitos en los anales del procedimiento jurídico de un estado democrático

local (*Lanzarote Televisión*) en horario y coche oficial con un tocho de 4 tomos que dice son los resultados de la información reservada que, según sus propias palabras, le declara inocente total, ya que “yo no tengo ninguna responsabilidad en todas y cada una de las acusaciones que han formulado contra mi persona” (*La Voz*, 28.10.97), siendo la primera vez en que un denunciado ande con el veredicto del juez debajo del brazo y los denunciantes no tengan acceso, a pesar de solicitarlo en reiteradas ocasiones.

5) En una reunión de la Coordinadora laboral y altos cargos de esta Consejería el 23 de diciembre, éstos alardean de que el instructor no podía dictar un veredicto diferente al que se le había solicitado porque es un amigo íntimo, y que de hecho en su redacción participaron ellos.

No, no estamos hablando del Congo de Mobuto ni del Chile de Pinochet, sino de la Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias.

La Huelga

Visto lo visto, el 15 de octubre los 6 restantes trabajadores deciden emprender el camino legal de la huelga con el apoyo inicial del Comité de Empresa y los principales sindicatos. Nuestro primer objetivo de informar va en dos direcciones: por un lado contactar con los compañeros de otras islas y con la población a través de los medios; en segundo término se envían escritos de invitación a todos los partidos políticos y a casi todos los colectivos de la isla.

Las respuestas de apoyo del primer grupo han sido claras, nobles y notables, lográndose firmas de apoyo de más de 400 compañeros de otras islas y la creación de una caja de resistencia que llega a las 500.000 pesetas, lo que ha permitido sufragar en parte los gastos de esta huelga. No podemos decir lo mismo sobre la actitud adoptada en el segundo grupo, donde, si exceptuamos a *El Guincho*, *Greempace*, *Fondo del Patrimonio Natural Europeo*, *Frefa*, *WWF-Adena*, *Ben Magec*, *SEO-Birdlife*, *Colectivo 86*, *IUC*, una fracción de *PNL* y del *PP*, y el *PSOE* de Yaiza, el resto ha optado por un revelador silencio que, en algunos casos y dada la relevancia social que tienen, deja a las claras un doble y fariseico lenguaje que enraiza con la historia socioeconómica y política de esta Isla durante el presente siglo, y se formaliza con el papel feudalista de clase que en la actualidad juega el sector más reaccionario de la burguesía insular⁵.

Hablar de los altos mandos de la Consejería es hablar de una jerarquía funcional de libre designación, traída, en un claro acto de

Se han dedicado a descalificar y buscar cabezas de turco según soplaban los vientos, pero hasta ahora no han contestado con argumentos a ninguna de las cuestiones planteadas

5. Cuando hablo de clase, me refiero a un grupo social que tiene intereses políticos, sociales y económicos, comunes e inconsistentes, mientras que la naturaleza feudalista que aún pervive en una parte de la burguesía insular es producto del tardío desarrollo capitalista en una colonia atrasada. Dicho de otra manera, estamos ante un sector social que, perdido su poderío económico, se agarra a unas pautas de comportamiento anacrónicas como forma de cohesión social.

colonialismo, de la península (todos los jefes de unidad insular son peninsulares) a principios de los años 80, con las transferencias del Estado a la Comunidad Autónoma, y en su mayoría emparentada con el mundo militar. Mientras que en el extinto *ICONA* la concepción militarizada de la gestión medioambiental va cambiando, y por lo tanto sus dirigentes, en Canarias seguimos igual casi 20 años después. Las amenazas de dimisión de este *bunker* ante la consejera si se le abría expediente disciplinario a esta Jefatura, ha sido el motivo aparente del empantanamiento de la huelga, pero el motivo real, y donde descansa su verdadero poder, es en el conocimiento que tienen de los chanchullos —aunque sean legales— que han hecho los políticos en el poder. La explicación al silencio de la clase política y de otras esferas de poder de la Isla, y por qué siendo cargos de libre designación no hay quien los mueva, está dada. En lo referente al papel que ha jugado en este conflicto el segundo frente, recomendarles que lean el cap. 16 de un manual clásico de *Geografía General* (Yves Lacoste, 1983. Ed. Oikos-Tau), especialmente el apartado titulado *El papel de las minorías privilegiadas*.

*Estos
trabajadores
llevan más de
dos meses en
huelga, no
puede ser que
el motivo sea
un capricho o
rencillas
personales*

Epílogo

La lectura final que hago de esta huelga aún no finalizada es bastante positiva, especialmente porque ha salido a la luz pública buena parte de lo aquí expuesto, y porque en el colectivo de trabajadores ha brotado la necesidad clara y solidaria de desarrollar su trabajo con ecuanimidad y justicia, de tal forma que no se conviertan en seres enajenados. Ahora, la brasa del conflicto está en la Isla y la tiene el Cabildo, y a su presidente le corresponde dar el primer paso para demostrar si su proyecto *Lanzarote en la Biosfera* es una pura estrategia de marketing político, o una concepción valiente y seria sobre la que se aposente el futuro de la comunidad insular.

Aunque sea obvio reseñarlo, el enfrentamiento de las dos partes en conflicto es el choque frontal entre dos concepciones de gestionar y actuar, no entre personas. Lo que hace el poder económico y político, en cada etapa histórica de la dialéctica de la lucha de clases, es colocar a los dirigentes que mejor sirven a sus intereses.

Y por último, piensen que cuando estos trabajadores llevan más de dos meses en huelga, con la consiguiente sangría económica y el riesgo de perder su trabajo, no puede ser que el motivo sea un capricho o rencillas personales. Es algo más simple: dignidad y cariño, mucho cariño, por este pueblo y el trabajo que desarrollan.



IDENTIDAD

Hace ya tiempo que la palabra identidad ronda por nuestra Isla. Dedicar la carpeta de este número a tan etéreo asunto constituye una decisión hasta arriesgada. Por supuesto que no era nuestra pretensión, como no lo es en otras ocasiones, que esta publicación resolviera o publicara todos los ángulos y puntos de vista que sobre el tema pueden plantearse.

Se pretende tan sólo que algunas visiones, necesariamente parciales, de lo que hoy pueda significar la identidad alumbren una discusión que jamás aspiraremos a dar por concluida. De hecho, quizá haya quien comience por resaltar la ausencia de un texto que se refiera específicamente a la identidad canaria; la ausencia, en este caso, se debe a que los artículos demandados en esta dirección no han llegado a nuestras manos en el momento del cierre. No obstante, seguro que podrán echarse de menos otros enfoques y aportaciones.

La carpeta comienza con la intervención, convertida en texto, de Jorge Marsá en la presentación del número anterior de esta revista. Aunque no directa-

CARPETA

mente centrada en la identidad, nos ha parecido que sus irónicos planteamientos suponían una introducción interesante. Le siguen dos artículos de los que, por su calidad, nos felicitamos: el primero, el de Ángel Fernández Benítez, muestra unos planteamientos con los cuales el grupo que realiza esta revista se identifica mayoritariamente y, además, su calidad literaria eleva el nivel formal que deseamos para esta publicación. El segundo, el de Eric J. Hobsbawm, nos congratula por haber podido aportar para esta ocasión un artículo de uno de los más grandes historiadores contemporáneos. No en vano la historia aparece como una disciplina fundamental a la hora de comprender los avatares del fenómeno identitario o de las falacias sobre él construidas.

A continuación encontramos una interesante aportación del psiquiatra del Hospital General de Lanzarote, Julio Santiago Obeso, sobre las connotaciones comunes al desarrollo personal y al de los pueblos. Esperemos que el artículo contribuya a desdramatizar algunas ideas preconcebidas.

La carpeta se cierra con un grupo de tres artículos que, sin pretenderlo explícitamente, muestran una cierta relación. En primer lugar, Jorge Marsá escribe sobre la ligazón entre individualismo moderno y nuevas formas de la espiritualidad. Algunas de sus referencias a la situación lanzaroteña son rebatidas por el artículo de Elsa de la Hoz, en defensa de actitudes más personales que sociológicas a la hora de afrontar los problemas que nos ocupan. En esta misma dirección se pronuncia, en el último escrito de la serie, Mario Alberto Perdomo, para quien la identidad debe buscarse, básicamente, dentro de cada uno.



El pasar del tiempo: vagancia canaria y productividad alemana.

Jorge Marsá

Debería hablar hoy sobre desarrollo sostenible, tema al que se dedica la Carpeta del nº 3 que presentamos; pero, la verdad, se me han mezclado algunas ideas sobre la identidad, problema a tratar en el próximo número, mientras preparaba esta intervención. Comencemos, no obstante, por referirnos al desarrollo sostenible. No es necesario ser muy listo para entender lo que, normalmente, se quiere decir con desarrollo: básicamente, perras. Sí señor, lo importante son las perras, la economía. Si después las personas no se adaptan a la economía, el problema es de las personas, que tienen que cambiar; la economía es intocable.

De hecho, cuando se mantiene, sin ruborizarse, que la economía va bien en un país con tres millones de parados, no hay contradicción: nadie ha dicho que a nosotros nos vaya bien, es sólo la economía la que va bien. Aunque, la verdad es que a unos cuantos les va de cine, como casi siempre. Al referirse a la economía el mito clave es la productividad, eso que hoy suele traducirse por competitividad. Por lo tanto, deberíamos estar obligados a poner de manifiesto la situación de Lanzarote en este asunto tan fundamental. No parece congruente tratar el desarrollo, como llaman hoy al crecimiento económico, sin referirse a este tema. Lo cierto es que tenemos un gran problema; aunque cueste, hay que reconocerlo: los canarios, y los conejeros en particular, no resultan competitivos.

Lo dicen los de fuera: los canarios son unos vagos; los más refina-

Los canarios tienen que adecuarse al mercado laboral, no el mercado laboral a la población. Pues eso, según cualquier, economista sería absolutamente irracional

Este texto corresponde a la intervención de Jorge Marsá en la presentación del nº 3 de *Cuadernos del Guincho* en el mes de octubre de 1997. Por su relación con el tema de esta carpeta se ha decidido su publicación.

dos prefieren el término de perezosos. Pero también lo dicen los de dentro: el gran problema es la falta de formación profesional de los canarios, su falta de adecuación al mercado laboral. Porque los canarios tienen que adecuarse al mercado laboral, no el mercado laboral a la población. Pues eso, según cualquier economista, sería absolutamente irracional. Primero, la economía; después, la gente.

Además, el mercado laboral se las trae. Escuchábamos hace poco a un empresario turístico conejero, que controla unas 1.500 camas en la Isla, mantener que los de aquí, sus paisanos, ni quieren trabajar ni están preparados; por no saber, no saben ni idiomas. A la vez, comentaba las mil maravillas de su trabajador modelo, un gallego prácticamente analfabeto pero trabajador como él solo. ¿Sabrá idiomas el analfabeto? ¿Estará tan bien preparado? ¿No será que trabaja un montón de horas por cuatro duros? Así, cuando no admites un salario de miseria por un duro y largo trabajo, eres un vago; y los pobres empresarios no encuentran gente competitiva en esta Isla. ¿Qué ocurrirá en los Centros Turísticos, donde trabajan un montón de conejeros? ¿Tendrá algo que ver con las condiciones laborales y los salarios?

*Los canarios son
unos vagos,
aunque al
parecer no
tanto como los
mejicanos o los
marroquíes*

Pero éste no es un problema sólo de aquí. Los canarios son unos vagos, aunque, al parecer, no tanto como los mejicanos o los marroquíes. En realidad, como todos los pueblos que no se encuentran en el centro de la economía occidental. Con la salvedad de los laboriosos japoneses, a los que se unen, ahora, el resto de las poblaciones de los países denominados Tigres Asiáticos: Corea, Honk Kong, Taiwan, etc., etc. La generalización de este punto de vista en los países ricos nos permite entender, por ejemplo, la sorpresa que mostraba un ingeniero europeo, en una plantación del Camerún, cuando un obrero le decía: “¿Cómo puede un hombre trabajar así, día tras día, sin faltar? ¿No se morirá?”

Historia

Tampoco es éste un problema reciente. En su sentido moderno, al que nos referimos, se inició hace unos 200 años en Inglaterra, el país donde comenzó la revolución industrial. Pues bien, lo que los puritanos patronos ingleses de la época escribían sobre sus obreros se consideraría hoy un insulto: “Bestias inmundas, gente sin moral, que aprovecha la mínima oportunidad para darse a los vicios más depravantes, entre los cuales sobresalía el alcohol; un embrutecimiento generalizado y la ausencia de la más mínima sensibilidad; gente perezosa que malgasta el tiempo sin el menor recato”.

Y en este malgastar el tiempo se encontraba el gran problema al

que los puritanos ingleses hicieron frente con radicalidad. Para ellos resultaba meridianamente clara la necesidad de transformar el sentido del tiempo de las clases populares para que fuera posible implantar una nueva disciplina de trabajo, imprescindible para las industrias nacientes. Realmente, los plebeyos ingleses no estaban preparados, en absoluto, para esa nueva disciplina. En Inglaterra se veneraba generalizadamente a San Lunes, hasta tal punto que, por ejemplo, en las acerías de Sheffield continuaba sin trabajarse los lunes aún en 1874. Esta irregularidad en el trabajo era usual, no sólo entre los cuchilleros. Veamos un texto de la época:

“Cuando los tejedores de punto o los que hacían medias de seda recibían precios altos por su trabajo, se observó que raramente trabajaban en Lunes o Martes sino que pasaban la mayor parte del tiempo en la taberna o los bolos... Con los tejedores es corriente que estén borrachos el Lunes, tengan dolor de cabeza el Martes y las herramientas estropeadas el Miércoles. En cuanto a los zapateros, antes se dejarían colgar que no recordar a San Crispín el Lunes... y así permanecen normalmente mientras tienen un penique de dinero o el valor de un penique en crédito.”

Esta irregularidad en los días se insertaba dentro de la más amplia irregularidad del año de trabajo, salpicado por sus tradicionales fiestas y ferias. Aunque a algunos les cueste creerlo, hoy en día todavía trabajamos bastantes más días al año, a pesar del mes de vacaciones y el largo fin de semana, de lo que se hacía en la Edad Media. También es cierto que la glorificación del trabajo que sufrimos se desconocía en aquella época: trabajar continuaba siendo, aún, un castigo divino.

La notación del tiempo de los plebeyos se orientaba al quehacer, la orientación más efectiva en las sociedades campesinas y en las industrias locales pequeñas y domésticas. Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero, que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de la necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre “trabajo” y “vida”. Las relaciones sociales y el trabajo se entremezclan —la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las labores necesarias— y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el “pasar el tiempo”. En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud le parece antieconómica y síntoma de pereza.

No obstante, en este punto resulta obligado un inciso, que parece el

*Hoy en día
todavía
trabajamos
bastantes más
días al año de lo
que se hacía en
la Edad Media*

de siempre: el trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de las mujeres, ya que al quehacer de los campos añadía el quehacer doméstico, el cuidado y la manutención de la familia. ¿Les suena, verdad? Como podemos ver, lo mismo que ocurre hoy cuando las mujeres salen a trabajar fuera de casa.

Pero, volviendo a la cuestión de la orientación al quehacer, ésta se hace mucho más compleja en el caso del trabajo contratado. Se requiere una nueva forma de medir el tiempo. Los contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su “propio” tiempo. Y el patrón debe utilizar el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta.

Los puritanos ingleses consiguieron esta transformación del tiempo, encarnando a la perfección la unión de una visión de la religión y las necesidades del capitalismo industrial. No obstante, los mecanismos fueron de lo más expeditivos. Se comenzó por privatizar y cercar todas las tierras comunales para que los pobres no tuvieran posibilidad de complementar sus ingresos. A pesar de ello, se continuó observando que cuando estos ingresos eran suficientes para la subsistencia dejaban de ir a trabajar los últimos días de la semana; por lo que se decidió que el único camino posible consistía en bajar los salarios. A defender esta necesidad se dedicaron con ahínco los teóricos de la economía política de la época (lo que nos recuerda bastante a quienes lo repiten hoy, al alertar sobre el grave peligro que los salarios dignos suponen para la competitividad de las empresas). Sólo más tarde, se dedicaron a los controles disciplinarios en las fábricas y a poner en marcha un sistema educativo que colaborara al disciplinamiento de la población. Para hacernos una idea del calibre del sistema propuesto, veamos lo que defendían para los niños pobres de 6 ó 7 años:

“Es considerablemente útil que estén, de una forma u otra, constantemente ocupados al menos doce horas al día, se ganen la vida o no; ya que por estos medios esperamos que la generación próxima esté habituada al empleo constante que se convertirá a la larga en algo agradable y entretenido.”

Se logró habituarles al empleo constante; pero no fue fácil, porque nunca llegó a resultar tan agradable ni tan entretenido. Quizá por ello el disciplinamiento de los obreros ingleses no se culminó hasta bien entrado el siglo XX, y no sin poca resistencia. Momento en el cual ya se estaba en condiciones de comenzar a unir trabajo y reali-

Mientras existan culturas populares que cultiven la solidaridad comunitaria la economía no termina de ir todo lo bien que debiera para algunos

zación personal; concepto que un par de siglo antes hubiera resultado incomprensible. La mayoría continuaba pensando, como en la Edad Media, que el trabajo, y más el contratado, constituía una maldición divina, y de las peores. Cosas de la cultura de la época.

Economía

Pues bien, una vez acabaron con la cultura rural, y convertida la gente en productores, la cosa no quedó resuelta; ya que a los obreros les dio por crear una nueva identidad, como suele ocurrir tras cada transformación social de amplio calado. Aunque más complicada, al no estar ligada al medio natural, lo cierto es que la tradición del movimiento obrero se plasmó en una cultura auténticamente popular y solidaria a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del XX.

Pero mientras existan culturas populares que cultiven la solidaridad comunitaria la economía no termina de ir todo lo bien que debiera para algunos. Quizá la cosa pudiera ser sostenible, pero el negocio no terminaba de ser redondo. No obstante, la ciencia económica, el poder en realidad, es tan científico que la solución no podía tardar en llegar. El paso de la cultura rural a la cultura obrera había funcionado bastante bien; ahora se trataba de ver cómo se mejoraba esta última. El tímido intento de convertir a los obreros en “trabajadores”, palabra más aseada, no parecía una solución definitiva. No obstante, la “racionalidad” termina por imponerse, y por fin los trabajadores encontraron su estatus “natural”: se convirtieron en consumidores.

Al final, la economía logró resolver el asunto. Los restos de las identidades comunitarias basadas en la pertenencia ya podían desaparecer. El consumidor no se define por la pertenencia a ninguna comunidad; sino tan sólo por la posesión de objetos. Por lo tanto, cuantos más objetos posea mejor y más consumidor es; desde este punto de vista la solidaridad y los vínculos comunitarios no son más que un estorbo, mientras que la competitividad se convierte en el rasgo fundamental para lograr el objetivo consumista. Por ello, lo natural es competir hasta con los vecinos, no ser solidario con ellos, lo que iría en contra del propio interés.

Como vemos, todo termina por encajar: la economía, o sea, la competitividad, necesita para su buen funcionamiento acabar con cualquier resto de identidad comunitaria, con cualquier resto de vida personal no consumista. Por lo tanto, lo que queda de la identidad conejera, sea lo que sea este asunto (esperaremos al próximo número de la revista para enterarnos), no resulta compatible con la

*El consumidor
no se define por
la pertenencia a
ninguna
comunidad;
sino tan sólo
por la posesión
de objetos*

buena marcha de la economía. Dicho de otra manera, como contábamos al principio: los canarios son unos vagos, no son competitivos; no son todavía consumidores perfectos.

Y no es, desde luego, porque los conejeros no consuman ya un buen montón de cosas; sino porque algo les indica, quizá el residuo de su identidad pasada, quizá la experiencia de los últimos años, que la conversión de la persona en consumidor no parece proporcionar un auténtico bienestar. En cualquier caso, no hablamos de realidades estancas sino de procesos; y el proceso de cambio hacia el consumidor ha sido tan rápido en Lanzarote que se necesita todavía tiempo para asimilarlo. Nos encontramos aún en la primera generación de consumidores.

Además, esta transformación se produce cuando ya en otros lugares se denuncia la irracionalidad del consumismo, o, lo que es igual, la insostenibilidad del fenómeno; por supuesto, son gente que lleva ya un par de generaciones poniéndose las botas. Con lo que aquí, sin haber terminado de asumir el cambio, ya nos están dando de cachetones por todas partes: unos porque aún no somos perfectos consumidores, por no ser suficientemente competitivos; y, otros —los de la sostenibilidad, los ecologistas—, por ser demasiado consumistas.

Ecología

Está claro que tienen razón los que dicen que la vida es complicada. Yo, como pertenezco al sector de la paliza ecologista, me voy a referir, ahora, al asunto de la vagancia y la competitividad desde el punto de vista de la sostenibilidad, criterio de la máxima actualidad insular en estos momentos. Para ello podemos cambiar de ejemplo, por si estuvieran Vds. ya aburridos, y referirnos a los alemanes, hoy en día más productivos que los ingleses y más ecológicos. Sobre esta opinión parece existir un acuerdo generalizado.

Comencemos buscando algo que nos diferencie de los alemanes, que ponga de manifiesto que algún resto de identidad nos queda en esta Europa multinacional. La diferencia entre un obrero alemán y un español no la encontramos, desde luego, en su mayor capacidad para el trabajo intenso, sino en su regularidad, su metódica administración de tiempo y energía, y quizá también en la represión, no tanto de los placeres, como de la capacidad de descansar a las antiguas y desinhibidas usanzas. Además, el asunto de la productividad hay que empezar a ponerlo en cuarentena, porque, a veces, la realidad juega malas pasadas a los mitos establecidos. En este caso demuestra, por ejemplo, que los obreros españoles de la Seat son

La vagancia de los canarios, su falta de competitividad, los convierte en una sociedad mucho más ecológica que la alemana, mucho más sostenible

notablemente más productivos que sus compañeros de la Volkswagen, debido a que trabajan más horas y cobran sueldos mucho menores. ¿A ver si no vamos a ser tan vagos como dicen?

Por lo que respecta a lo ecológico de sus costumbres, parece difícil discutirlo: tiran menos papeles al suelo, se preocupan por reciclar parte de sus residuos, exigen más energías alternativas, ponen filtros a algunas de sus fuentes de contaminación y su educación medioambiental se muestra muy superior a la nuestra. Pero, ahora, pongamos en relación su realidad ecológica con su productividad y, por lo tanto, su consumo. Son tan productivos y consumen tantos recursos que su contribución a la crisis ecológica global es muy, pero que muy superior a la nuestra. Y parece más importante tener en cuenta esta realidad que el hecho de que no tiren papeles al suelo. Porque, indudablemente, un aumento de la competitividad lleva a un incremento del consumo y, por tanto, del destrozo causado a nuestro entorno. Por ello, mire Vd. por donde, resulta que la vagancia de los canarios, su falta de competitividad, los convierte en una sociedad mucho más ecológica que la alemana, mucho más sostenible.

Además, ocurre algo curioso: en cuanto pueden, los alemanes se van a vivir al Sur. ¿Por qué será? Podemos suponer que alguna relación tiene con la calidad de vida, que, entonces, no debe tener tanto que ver con la cantidad de objetos consumidos. Pero seguro que sí, con la concepción del tiempo de la que hablábamos antes y con el ritmo de trabajo. Con el hecho de que todas las sociedades industriales maduras se distinguen por su administración del tiempo y por una clara división entre trabajo y vida. Mientras que aquí, en Lanzarote, los restos de la antigua cultura, de la antigua identidad, consiguen que todavía se alternen, en algunos casos, las tandas de trabajo intenso con la ociosidad; algo que ocurre cuando las personas controlan sus propias vidas con respecto a su trabajo. Modelo que persiste siempre entre los que trabajan de forma independiente: artistas, escritores, pequeños agricultores y quizá también estudiantes; hasta tal punto que conviene suscitar la cuestión de si no se tratará de un ritmo de trabajo humano “natural”.

No obstante, una cosa debe quedar bien clara: aspirar a mantener un ritmo de trabajo “natural” y, a la vez, un nivel de consumo como el alemán resulta del todo incompatible. Defender la identidad conejera desde el interior de un prestigioso cochazo alemán se acabará revelando imposible; lo mismo que hablar de la propia comunidad tras pasar las tres horas y media de rigor pegado a la

Todas las sociedades industriales maduras se distinguen por su administración del tiempo y por una clara división entre trabajo y vida

aislante pantalla del televisor. Si queremos una sociedad sostenible tendremos que plantearnos cambiar unos cuantos objetos de consumo por una vida digna.

Antes se consumía para vivir, el problema era que se consumía demasiado poco; ahora vivimos para consumir, y el problema es que se vive demasiado poco. No se trata, en cualquier caso, de idealizar la antigua cultura ni tratar de demostrar, en este momento, que una forma de vivir sea mejor que otra; sino de poner de manifiesto que el cambio cultural y tecnológico no es sencillamente neutral e inevitable, que obedece a la confrontación de intereses entre los que explotan y los que se resisten a ser explotados; y que los valores pueden perderse, pero también, reencontrarse. Se trata, en suma, de construir una nueva noción del tiempo y de la comunidad, que tendrá que recuperar algunos de los valores humanos de la vieja cultura; aprender a llenar los intersticios de nuestros días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas, y romper otra vez las barreras entre la producción y el resto de nuestras actividades.

Aspirar a mantener un ritmo de trabajo "natural" y, a la vez, un nivel de consumo como el alemán resulta del todo incompatible

El puritanismo a que nos hemos referido formó parte de la ética laboral que permitió al mundo industrializado salir de las economías de pobreza del pasado. Pero, hoy, en una sociedad que comienza a denominarse del "ocio", y que discute sobre la disminución de la jornada laboral para repartir el trabajo, ¿podemos conservar la misma valoración puritana del tiempo? ¿Podemos seguir manteniendo que el tiempo es oro? ¿Empezarán las personas a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo? ¿Seremos capaces de recomponer la ruptura que se produjo entre el trabajo y la vida? ¿Nos dejarán de tocar las narices con la historia de los vagos y los productivos?



La identidad reclamada

Ángel Fernández Benítez

Lévi-Strauss inicia su obra *El totemismo en la actualidad* con una aseveración que quizá convenga al tema que vamos a tratar. Dice el antropólogo francés: “Aceptar, como tema de discusión, una categoría que nos parece falsa, nos expone siempre a un riesgo: el de mantener, en virtud de la atención que se le presta, alguna ilusión acerca de su realidad”. No obstante, parece conveniente, de vez en cuando, someter al rigor del pensamiento racional las ilusiones que fabrican los sentimientos o la imaginación, aun a costa de los peligros que tales recorridos pudieran deparar, con el fin de realizar un balance sobre la contaminación que aquella ilusión sufre, sobre su posible desnaturalización, sobre su necesidad y, en fin, sobre su vigencia. Una vez efectuado ese viaje por el pensamiento, incluso negada la primitiva ilusión, sin duda habremos conseguido iluminar alguna faceta más de la poliédrica realidad que nos propone la vida. Bien puede además ocurrir que, al remirar aquella categoría que nos parecía falsa, descubramos la pista de una verdad esencial que abonaba las raíces de tal ilusión.

Con las reservas antedichas, me aproximo a un concepto que desde la descarnada Lógica invade últimamente latitudes menos puras como la vida de los pueblos y la de los individuos que los forman. En el principio de que *A es siempre y por necesidad A* se basa la noción de la identidad. Así que dos cosas idénticas son en puridad la misma cosa repetida en un empecinamiento de mismidad ajeno a cualquier cambio, fuera del tiempo, fuera de los cruces genéticos, al margen de la contaminación que resulta siempre de la vida. Oprimir el decurso vital entre principios matemáticos de Lógica clásica,

Cuando el hombre busca una identidad, podemos suponer que vive inmerso en la ansiedad del desconcierto

En esta capacidad de adaptarse a situaciones nuevas y, por tanto, en su tendencia al cambio, se fundamenta su identidad de humano

sólo puede aceptarse en el marco de lo estrictamente metafórico y desde ese campo, lingüístico en primera instancia, sí que podremos organizar un discurso sobre la identidad aplicada a los pueblos o a la vida del hombre.

. . .

Cuando el individuo reclama para sí una identidad propia, estriba su demanda en una necesidad existencial de permanencia, de diferencia y, a la vez, de trascendencia: de permanencia, porque teme una ruptura temporal entre su yo y otro yo desconocido que sigue al anterior; de diferencia, porque le inquieta confundirse en la extensión del espacio con otro yo contiguo y ajeno; y de trascendencia, porque, proyectado ese yo al futuro y superados los enigmas del espacio y del tiempo, pretende, dejar un reflejo de ese yo completo e histórico como ente abstracto. Así que, cuando el hombre busca una identidad, podemos suponer que vive inmerso en la ansiedad del desconcierto, en el territorio de la duda y en la inseguridad de una crisis existencial. Me temo que esa búsqueda de la identidad implica, si no el reconocimiento explícito del miedo al cambio, sí la vacilación ante la permanencia de su yo idéntico, ante la naturaleza perfectamente diferenciada de su yo y ante la proyección de ambas como idea globalizada y casi abstracta. En fin, la toma de conciencia de la necesidad de una identificación del yo vendrá dada por la incertidumbre respecto al yo mismo.

Parece, pues, que la demanda de una identidad surge en el individuo como una cuestión que interroga sobre el propio desconcierto, cuando el hombre se halla en un estado tal que las partes de su yo han entrado en conflicto y por ello demandan una atención especial con que, al menos, identificar el fallo. Detectada la avería, se precisa concebir una solución y recomponer así la articulación que ha perdido el concierto de las partes. Podría ser algo parecido a lo que ocurre cuando sentimos un dolor. En ese momento el cuerpo nos exige un cuidado que no le prestamos a diario. Se hace patente un desarreglo de la armonía con que se mezclan nuestras sustancias, un estrago en el bienestar de nuestras células, una descomposición de las corrientes energéticas que fluyen por nuestro ser físico. El órgano afectado reclama una asistencia particular haciéndose notar en el conjunto de los órganos. Mientras el funcionamiento del organismo es competente, mientras el cuerpo atiende sin rechistar a nuestras demandas, lo ignoramos por completo, no le prestamos la más mínima atención, reclamada tan sólo cuando se origina un trauma.

Quizá también sucede algo semejante con esa otra metáfora que lla-

mamos identidad, apenas vigilada cuando los acontecimientos de la vida o de la historia no nos someten a la insólita tensión entre nuestro yo y ese otro yo que asoma en el horizonte como una amenaza inmediata del anterior en peligro. Sin embargo, es en el peligro donde el hombre encuentra formas de supervivencia, modificando su entorno o transformándose él mismo en una mutación acumuladora que llamamos progreso.

El hombre, ante una necesidad específica, puede alterar sustancialmente su carácter, su pensamiento y hasta los gestos que por mimesis recibió en su infancia. La propia esencia de la educación en que crece, se enraíza en un combate roussonianiano entre el hombre solo y el hombre adaptado al grupo, es decir, se cifra en la variación y corrección de formas de conducta inadecuadas conforme a las necesidades del grupo. Precisamente en esta capacidad de adaptarse a situaciones nuevas y, por tanto, en su tendencia al cambio, se fundamenta su identidad de humano. Estas dos características, que son en sí una misma, constituyen el fundamento de la sabiduría del *homo sapiens sapiens*.

Pensar que en el constante proceso de adaptación que exige nuestra vida, todo puede quedar igual que antes, es decir, idéntico al sí mismo anterior, parece rozar la ilusión decadente del Paraíso Perdido, la magua tristona por aquella Edad Dorada que predicaba Don Quijote o la idílica melancolía de un pasado, a lo Jorge Manrique, que en su quietud mortal no exige nuevas atenciones, porque ya no proporciona desconcierto. Pensemos que sólo lo acabado puede ser idéntico a sí mismo y la vida humana es siempre un proceso inconcluso.

Por su parte, el hombre parece estar dispuesto a sobrevivir ante las circunstancias más adversas: se agazapa en su libertad, se atrincheira en su inteligencia, se abriga en el progreso, es decir, en la esperanza de un cambio hacia estados mejores. Desde luego, en tal batalla dispone de dos armas extraordinarias: por un lado, la alta dosis de descondicionamiento frente al medio, lo que le permite resolver los problemas que ese mismo medio le presenta; por otro lado, su contumaz angustia, esa que le lleva a reflexionar constantemente sobre la conveniencia o inconveniencia de sus propios actos, para, en tal reflexión, hallar de paso la parte de sí que lo define frente al mundo. En esa pelea vitalísima, en esa voluntad de vida, en esa pasión por la supervivencia se gestan las señales que jalonan nuestra identidad, tan pronto como tomamos conciencia de hallarnos en la pelea misma. Se hace necesario, pues, sentirse en la refriega y confundirse en ese caos que el medio impone a la vida, para saberse

En esa pelea vitalísima, en esa voluntad de vida, en esa pasión por la supervivencia se gestan las señales que jalonan nuestra identidad

hombre, para identificarse como un yo en conflicto con el exterior y quizá en perpetuo conflicto consigo mismo.

¿Funcionan los pueblos con el mismo criterio orgánico que nuestro yo físico y mental? ¿Precisan también de un estímulo que los distraiga de la monotonía de su ser histórico, que perturbe sus estructuras, que incluso ponga en peligro su existencia, para atender también, en masa, a subsanar tal situación? ¿Y después, queda todo como antes? El historiador A. J. Toynbee titulaba uno de los capítulos de su *Estudio de la Historia* “Las virtudes de la adversidad” y en él hacía un recorrido histórico sobre los efectos benéficos que sobre determinados pueblos tuvieron situaciones verdaderamente conflictivas. De las situaciones adversas, unos pueblos salieron más fuertes, más seguros de sí; otros, en cambio, se extinguieron al ser superados por la adversidad.

Quizá los anteriores planteamientos sobre el cambio en el hombre y su búsqueda de la identidad, no anden demasiado alejados de lo que el historiador británico sugiere respecto a las distintas civilizaciones. Quizá podamos hallar muchas más semejanzas que diferencias entre las transformaciones del organismo individual y las relativas al organismo social o quizá ninguna nos parecerá suficientemente válida; sin embargo, en todo caso, la comparación misma nos permitirá alumbrar mejor aquella faceta de la realidad, virtual o no, en la que nos ocupamos.

. . .

Me parece conveniente regresar, por un momento, al objeto mismo de esta reflexión y detenernos en algunos pormenores estrictamente lingüísticos, por ejemplo, su mismo significado. La palabra *identidad* se conforma en el uso de la lengua como la expresión de una noción abstracta en torno al adjetivo *idéntico*, que se aplica o se dice de algo que coincide con otra cosa o que se parece extraordinariamente a ella. La semántica se ofrece, en principio, mucho más permeable que la Lógica y admite que dos cosas idénticas bien pueden seguir siendo dos e incluso deja en la trastienda la posibilidad de que esas dos cosas tan sólo resulten parecidas, es decir, que se puedan simplemente asociar en un par por su similitud.

Pero ¿qué o quién valora la cantidad de semejanza que se da entre esas cosas para decidir su identidad? Se hace imprescindible la figura de un observador imparcial que verifique la identidad después del análisis atento de los rasgos en los que pueda basarse tal semejanza. Entramos así en el terreno movedizo de la percepción, en este caso puntual, de unas señas de identidad por parte de un

*El cuerpo social
parece más
complicado y
movedizo, a la
hora de
identificarse,
que el cuerpo
individual*

sujeto activo que, frente a los dos objetos cuya identidad ha de determinar, elabore un esquema de los aspectos identificadores; es decir, abstraiga de esas dos realidades los elementos definitorios de tal manera que, superpuestos más adelante, coincidan al cien por cien o en una cantidad suficiente para permitir el dictamen sólido de su identidad.

Entra en el juego de la verificación de la identidad, la figura del sujeto agente en tal proceso: el que mira, observa, reconoce. Con razón, Chesterton afirmaba que somos lo que creemos ser y lo que los demás opinan que somos. El designio de nuestra identidad se basa, según la sentencia, en la perspectiva del observador. Aplicado lo dicho al tema que nos ocupa, llegaríamos a la conclusión de que, en función del observador, estableceremos con mayor o menor fiabilidad la identidad entre dos cosas. Por ello, parece conveniente asumir un proceso previo de identificación de los observadores, de los métodos de observación y de los resultados.

Pero vayamos poco a poco y mantengamos el rumbo de nuestra brújula. Ya sabemos que la verificación de la identidad entre dos cosas exige un sujeto que valore y diagnostique si la semejanza entre los objetos es absoluta o es tanta que no merece tener en cuenta los detalles que varían. Bien, pero ¿qué ocurre cuando los objetos cuya identidad trata de verificarse son el sujeto mismo, es decir, cuando el hombre busca su propia identidad o lo que es lo mismo valora los rasgos identificativos entre dos momentos de su yo? ¿Qué pasa si quien busca su identidad como forma de diferenciación de los elementos contiguos en la extensión del espacio es uno de esos elementos? ¿Cómo actúa la conciencia que se predispone a reconocerse a sí misma como entidad abstracta y trascendente?

Parece probable que, en ese caso, la verificación de la identidad se realice conforme a un análisis subjetivo; casi seguro mediarán factores de necesidad, de supervivencia, aceptables desde luego porque el sujeto que busca su identidad -recordémoslo- se hallaba en una situación de desconcierto que había provocado tal búsqueda. ¿Se precisa en este proceso la revisión de los métodos empleados por el observador? Seguramente sí; no obstante, eso lo determinará la complacencia que el sujeto encuentre en la imagen que de sí ha fraguado y en la coincidencia o no de tal imagen con la anterior. También incidirán en la validez del resultado la diferenciación y la trascendencia que le permita tal imagen de sí. Es decir, será válido el proceso en cuanto le otorgue la identificación del yo como propio y en un estado de satisfacción aceptable. Podremos, pues, dar por finalizado el proceso tan pronto como el sujeto se desprenda de la

Es posible que las señas de identidad se establezcan más por contraste que por consenso

Un consenso mediatizado por necesidades coyunturales podría terminar por imponer un modelo de identidad programado como se intentó en Alemania o en España en la primera mitad de este siglo

vacilación, la inseguridad y el desconcierto, alcanzando de nuevo un estado de reposo.

Supongamos que un hombre ha sufrido una enfermedad tal que su aspecto físico ha cambiado considerablemente. Además ha estado a las puertas de la muerte y ello ha turbado su conciencia, trocado cuantos valores le inculcaron en la infancia y modificado buena parte de sus actitudes ante la vida cotidiana. Una vez curado, podrá mirarse en un espejo y desconocerse o reconocerse. Se hallará diferente, deberá actuar como observador del yo nuevo frente al yo viejo, y esta observación se realizará sin duda desde el yo nuevo. En dicha observación influirán los agentes del cambio, claro. ¿En qué se podrá cifrar su identificación para que adquiera la dimensión mínima exigible para el reconocimiento? ¿Cómo evitará la tortuosa sima de la locura que implica el desconocimiento de sí? Parece difícil que tal cosa pueda llegar a ocurrir, pues, aunque confiese soy un hombre nuevo, estará reconociendo en el fondo que el proceso de identificación se ha llevado a cabo y que, partiendo de lo que fue su yo, los cambios sufridos son tantos que lo hacen diferente, aun sabiéndose él mismo. No nos equivoquemos, no se ha producido un desconocimiento del yo, sino un reconocimiento, un proceso de identificación, para nada fallido, sino plenamente exitoso por cuanto del cambio se desprende únicamente un yo evolucionado respecto al anterior, pero originado en la confluencia de ese mismo yo con los agentes del cambio. No ha perdido, pues, su identidad porque recuerda su anterior yo, reconoce el cambio y admite el nuevo yo.

Vistos desde fuera, sus cambios desde luego serían menos perturbadores. Incluso, aunque el observador dijera: “Parece otro”, estaría reconociendo que el observado es el mismo de antes sólo que con abundantes transformaciones y quizá ese mismo observador se llegara a plantear si tales transformaciones no estarían en germen antes de la enfermedad en el individuo, es decir, si nuestro hombre no llevaría en sí mismo el poder de mutación y la mutación misma y necesitaba tan sólo un factor nuevo introducido en el tablero de su vida por azar.

¿Podríamos, de nuevo, aplicar este proceso de reconocimiento de la identidad individual al yo colectivo, al yo que comparte el grupo, a todas las tareas que lo configuran, a las costumbres en que se basan tales tareas, a las creencias que justifican tales costumbres y que también son costumbres en sí mismas? ¿Nos encontraríamos también ante un factor perturbador que condiciona la demanda de la identidad? ¿Podría el sujeto observador, el grupo mismo, iniciar un proceso colectivo de reconocimiento de sí? ¿Cómo influirían en el

grupo las tensiones provocadas por la elección de las señas de identidad del mismo? ¿Qué o quién arbitraría tal proceso y cómo? ¿En el caso de desconocerse, el grupo se dispersaría simplemente?

Respecto al grupo, las cuestiones proliferan y complican bastante dicho proceso, pues las tensiones económicas, sociales, ideológicas y aun sentimentales que existen en todo colectivo tienden a dificultar muchísimo dicho proceso. A los problemas internos que se desarrollen en el seno de la comunidad, habrá que añadir otros de índole externa que podrían constituir la adversidad por la cual el propio grupo ha entrado en conflicto, sin descartar que dicha adversidad bien pudiera haberse originado en algún factor endógeno. Por último, el observador imparcial que fuera a determinar la naturaleza de la identidad tendrá que estar dentro o fuera del grupo y, en el caso primero, pertenecer a uno de los sectores en conflicto, suponiendo que se diera tal conflicto. El cuerpo social parece más complicado y movedido, a la hora de identificarse, que el cuerpo individual.

No obstante, la palabra *idiosincrasia* quiere designar los caracteres definitorios de un grupo de personas o de una persona, así que a cada comunidad, desde fuera generalmente, se le atribuyen rasgos que la diferencian de otras comunidades vecinas, por lo común, generadoras de esas señas de identidad. Estos rasgos identificadores, sin embargo, tienden a impostar la realidad de los pueblos ahondándolos, caricaturizándolos, esperpentizándolos; y a la hora de indagar en el ser colectivo de nada sirven, pues lo que un pueblo dice de su vecino del Sur lo afirma de él su otro vecino del Norte y cuanto se atribuye a los ultramontanos del Este bien pueden los del Oeste encontrarlo en nosotros. La expresión castellana *despedirse a la francesa* se convierte en Francia en una *despedida a la inglesa*. Así que me temo que, a la hora de designar nuestros rasgos de identidad, los grupos vecinos, si bien pueden aportar alguna luz, no son excesivamente fiables.

En comunidades conformadas por castas o por razas o por grupos religiosos los rasgos definitorios declarados por los diferentes grupos tenderán a variar según el grado de poder del grupo mismo en el seno de la comunidad. Los problemas raciales de la España medieval y los religiosos en Europa Central durante el siglo XVI sirven de ejemplo de las dificultades que las comunidades urbanas formadas por gentes de diferente raza o religión deben asumir al respecto. En ambos casos, sean los observadores externos e internos, la observación se verá mediatizada por los intereses de los grupos y el patrón identificador puede verse seriamente deformado.

El grado de naturalidad o artificio con que se definen a sí mismas las comunidades humanas forma parte de esa faceta del hombre: la adaptabilidad a las situaciones nuevas

Ante un abanico tan amplio de posibles factores que intervienen en la elección de las señas de identidad de un grupo, la cautela exigiría la elaboración de un diagnóstico del grupo en la sincronía y en la diacronía con el fin de hallar los rasgos que le dan cohesión en el espacio y en el tiempo, en primer término, y la causa por la que el grupo siente amenazada su cohesión: historiadores y antropólogos, sociólogos y filósofos, economistas y científicos en general, tendrían que ponerse a trabajar hasta determinar lo que constituye la organización del grupo y las constantes de toda índole que atestiguaran la semejanza o la diferencia, valorando en todo momento los detalles que contrastan con lo de antes y con lo de al lado, para después llegar a determinar si en ese cómputo total surge la noción abstracta que trasciende lo común del grupo y lo define. Además, diagnosticada la causa de la crisis, se propondrían las medidas de revisión de lo que se mantiene idéntico a sí y del elemento diferencial surgido más tarde.

Sería conveniente que los observadores relegaran los prejuicios y que dicha observación se fraguara tanto desde el exterior del grupo como desde el interior del mismo para así llegar a una verdadera visión poliédrica de esa realidad, más exacta desde luego que una visión plana y focalizada. Pero, por si no se encuentran observadores imparciales o por si la visión constituida se originara en un punto concreto del seno del grupo o del exterior, convendría verificar la relevancia de tales señas identificatorias y el grado de serenidad que tal hallazgo ofrece al propio grupo. Ante la posibilidad de que en todo ese diagnóstico medien en exceso factores endógenos o exógenos, es posible que las señas de identidad se establezcan más por contraste que por consenso y, en ese caso, la identificación del grupo vendría determinada por un carácter negativo que quizá serviría poco o mal para apaciguar el malestar que demandaba la búsqueda de la identidad.

La causa de todo ello parece clara: tal contraste mal podría deparar una visión completa y compleja de la realidad de un pueblo y terminaría por elegir tres o cuatro rasgos que, anclados en las costumbres ancestrales, permitan ser erigidos en los símbolos vocacionales del grupo, olvidando peligrosamente el factor agente del cambio y volviendo la cabeza a las realidades estructurales y supraestructurales verdaderas del grupo y que generaron la crisis de identidad.

Por otro lado, un consenso precipitado y mediatizado por necesidades puramente coyunturales podría terminar por imponer un modelo de identidad programado como se intentó en Alemania o en España en la primera mitad de este siglo. Por supuesto, este modelo

Las señas de identidad del grupo surgieron como búsqueda de solución a las necesidades ecológicas y económicas que su espacio le impuso

distorsiona tanto como el anterior el diseño de la identidad, puesto que suele dimanar de lo que los pueblos deben ser *a priori* para alguien concreto y no de lo que los pueblos son en sí. Quizá Hegel tuviera razón al preconizar el espíritu de los pueblos, pero cada vez que alguien se erige en portavoz del espíritu de su grupo tiende a construir ese espíritu con los ecos de la historia y no con las voces del momento. Y no me estoy refiriendo a personajes conflictivísimos como Hitler, Stalin o Castro, sino a personas mucho más moderadas como Heidegger o Unanumo.

Me parece que, cuando los rasgos del patrón identificador del grupo se han deducido por medio de observación empírica, de análisis más o menos imparcial, el esfuerzo que la comunidad ha desarrollado a tal fin otorga el grado de madurez necesario a ese *ego* colectivo para aceptar sin trauma los factores generadores de la posible mutación, para asimilar en todo caso la causa de la angustia y del desconcierto, para diferenciar y aislar las dificultades de cara a la búsqueda de soluciones y, en fin, paliar en lo posible la violencia de los agentes transformadores.

En cambio, cuando las señas de identidad de un grupo son fruto de un proceso diferente, si en dicho proceso interviene la seducción o la imposición con lo que de impostura lleva, el desconcierto ante un factor exógeno o ante los cambios íntimos del grupo ahondará la crisis. En el primer caso, las mutaciones se asimilarán tarde o temprano y terminarán por formar parte del patrón de identidad; en el segundo, el más mínimo agente mutador pondría de manifiesto la fragilidad de la entelequia que ha sido proyectada.

Cuando los ideólogos y propangandistas del régimen nacionalsocialista de Franco construyeron una identidad para España, tal proyecto mantuvo su vigencia mientras se impuso con el terror y se desmoronó, por obsoleto, tan pronto como a la sociedad se le permitió mirar hacia otras direcciones. Sin embargo, seguramente tal proyecto haya marcado considerablemente el sentido de la identidad hispana. Por lo mismo, cuando en el pasado siglo los intelectuales modernos, desde Blanco White a Joaquín Costa reclamaban una identidad para España que, por su parte, negaban los ultraconservadores, estaban poniendo las bases, todavía negadas por entonces, de la identidad del grupo, señas que forman parte de nuestra historia y de nuestro mismísimo hoy. Sin embargo, alguna de las señas de identidad de un grupo puede pervivir después de la desintegración del mismo. Eso ocurre con el Cristianismo como señal de identidad del Bajo Imperio Romano al que sobrevive en quince siglos.

El instrumento esencial de la construcción de la identidad: la lengua que administra la experiencia acumulada por un particular modo de existir

*Un crecimiento
desmesurado de
la industria
turística y una
afluencia de
inmigración con
un elemento
común: el
carácter
provisional del
asentamiento*

Desde luego, al observador imparcial, en el hipotético caso de que tal pudiera existir, le costaría un esfuerzo sobrehumano diferenciar las señas que dimanaban de la intrahistoria y las impuestas por superestructuras inventadas o pactadas. El grado de naturalidad o de artificio con que se definen a sí mismas las comunidades humanas forma parte de esa faceta del hombre a la que aludíamos más atrás: la adaptabilidad a las situaciones nuevas y la búsqueda de explicación de las mismas. La búsqueda de solución a las necesidades que el medio físico impone al hombre exige una instrumentación que se organiza más en el arte de entender la naturaleza que en la naturaleza misma. Así que el presunto observador imparcial tendrá que diagnosticar, en todo caso, que las señas de identidad del grupo surgieron como búsqueda de solución a las necesidades ecológicas y económicas que su espacio le impuso; y que tales señas de identidad vinieron dadas por un proceso acumulativo de cuantos problemas hicieron necesaria la búsqueda de soluciones y de las soluciones mismas encontradas por el grupo o por individuos del grupo. A continuación, se producirá una amortización del cambio como una solución de substrato o de superestrato histórico y nada más.

En el caso contrario, cuando el observador sea parcial, sólo obtendremos como señas de identidad de un grupo ese mínimo repertorio de símbolos arcaicos y un conjunto de proclamas de fuerte raíz sentimental, imprescindibles para facilitar la instalación de la entelequia fabricada como identidad del pueblo en el inconsciente colectivo. Reduciríamos, sin duda, la vida de los pueblos a unos rasgos puramente costumbristas y folclóricos vacíos de ideas, a un origen mítico quizá, a un héroe por lo general bélico, tal vez a una figura de la Literatura y, quizá, a un dios. Todo ello aderezado por una animadversión a cuanto del exterior pueda ingresar en el territorio, sean personas, ideas, costumbres nuevas, etc.

. . .

Cuando en 1976 se celebraba el Primer Congreso de Poesía Canaria, Pedro García Cabrera se preguntaba si existe una poesía propiamente canaria, es decir, si se puede hablar de identidad común para cuantos textos poéticos se producen en Canarias por nativos o foráneos afincados. La respuesta no se hace esperar. Dice el poeta palmero: “Y en esta encrucijada de indagaciones quiero contestar a mi pregunta de si existe una poesía propiamente canaria con la única respuesta a mi alcance: con el testimonio de una parte de mi obra poética”. Para García Cabrera lo que en verdad otorga la identidad canaria a sus palabras es “el acervo de vivencias acumuladas por un particular modo de existir”. Termina su intervención

confesando que las imágenes que pueblan el poema “son sienes, ojos, oídos de la isla. Son, en resumen, nosotros mismos, poblando el tiempo anónimo del mar”.

El análisis de la identidad realizado por el poeta no puede ser más certero: confluyen en él las tres coordenadas de las que venimos hablando desde el comienzo de estas páginas: el espacio, el tiempo y la conciencia del yo dentro y fuera de ellos. En ese “nosotros mismos” se expresa su sentido de la identificación: porque me sé yo, no tengo dudas sobre mi identidad. Lo demás es metáfora, símbolo o mitificación.

El poeta con su pensamiento intuitivo y fugaz nos advierte sobre el instrumento esencial de la construcción de la identidad: la lengua que administra la experiencia acumulada por un particular modo de existir, es decir, la memoria traducida a la palabra, la memoria actualizada por tanto en el signo practicado en el habla, el recuerdo vivo no tan sólo del ayer lejano, sino del tiempo inmediato; no sólo de la Historia con mayúscula sino del día a día que fraguó nuestra infancia y nuestro ser. Sin embargo, García Cabrera remonta la quietud de los tiempos idos, para situarse en el gerundio continuo: “poblando el tiempo anónimo del mar”, dice el poeta, contextualizando así la memoria del ayer en un tiempo sin tiempo, en un devenir siempre inacabado, como proyecto de una sucesión de espacios y tiempos poblados. Prescinde el poeta de otros caracteres que otorguen identidad a la poesía canaria: de aspectos irrelevantes que surgen de las conyunturas personales y de síntesis forzadas que podrían deslindar incluso más allá de la linde.

Parece que se exige, en este último tramo, recapitular sobre esa identidad reclamada por individuos y por pueblos, hasta para sus formas poéticas y sus ideologías. Parece que, al aproximarnos al final, necesitamos saber qué hemos conseguido conocer sobre el tema propuesto. Parece además que tal identidad reclamada debe asociarse, por fin, al medio en que surge la demanda, es decir, Lanzarote, Canarias. Parece que el autor de estas páginas debe forzosamente explicar su posición, al respecto.

Primero, suponemos que los pueblos sufren crisis de identidad, igual que las personas, debidas a factores externos o internos. Segundo, ante tales crisis, los pueblos, como los individuos, deben realizar un análisis valorativo de su yo, individual o colectivo, en el espacio y en el tiempo. Tercero, sea o no objetivo el realizador de dicho análisis, su finalidad ha de pasar por la solución o asimilación del conflicto que generó tal crisis y de los cambios a que dio lugar.

Exigen el compromiso muy fuerte de las partes sociales y los poderes implicados, así como un criterio de prudencia económica con visión de futuro

Cuarto, los instrumentos más eficaces para llevar a cabo tal asimilación, son dos; a saber: la memoria del ayer actualizada y la convicción de permanencia histórica.

No voy ahora a exponer los elementos del conflicto que motivan estas páginas. Considero que mucho han de escribir sobre el particular economistas, sociólogos, historiadores, políticos, empresarios y trabajadores; y creo que han de hacerlo, en la medida de lo posible, sin someterse a bandos, sin portar insignias, sin lanzar proclamas. La situación de Lanzarote en la actualidad es preocupante en la medida en que puede llegar a desconocerse, a renunciar a sí o a refugiarse en un *ghetto* en contraste con su entorno archipiélagico.

Resulta claro determinar el agente externo: un crecimiento desmesurado de la industria turística y una afluencia incontenible de inmigración de diferente origen, pero con un elemento común: el carácter provisional del asentamiento. Ello -dicho en pocas palabras, pues exigiría mayor profundidad de estudio- genera un caos social, una desvertebración de los lazos socioeconómicos que han regido la sociedad en el periodo anterior, produciendo masas recién llegadas de trabajadores a destajo que contrasta con una población autóctona en que crece el paro y el desánimo. A la larga, el aumento constante de la presión que tales factores producen, puede deteriorar la frágil industria turística e incluso destruirla.

Sin embargo, las medidas correctoras no parecen inalcanzables. Exigen el compromiso muy fuerte de las partes sociales y los poderes implicados, así como un criterio generalizado de prudencia económica con visión de futuro. Tales medidas formarían, sin duda, parte del conjunto de los rasgos que definirían al grupo.

En fin, la metáfora que designamos como identidad de los pueblos, sea una ilusión o no, debe deslindarse de la identidad como virtud puramente lógica y formal. El precio de tal identidad es el inmovilismo y, también metafóricamente hablando, la muerte. Ésta amenaza poderosamente en las estancias cerradas pobladas únicamente por el polvo y el olvido. Ante las circunstancias conflictivas que genera la vitalidad de los pueblos, enarbolar, de pronto y solamente, la metáfora de la identidad puede dar lugar a una dicotomización peligrosa que consiste en elevar, por un lado, al rango de lo mítico los caracteres ancestrales de la comunidad y, por otro, solapar, los problemas reales que esa comunidad vive en el presente, abriendo una sima indeseable entre el pasado y el presente. Parece que se exige una mirada seria sobre el problema que altera la vida en común y una decisión definitiva de atajarlo.

En fin, la metáfora que designamos como identidad de los pueblos, sea una ilusión o no, debe deslindarse de la identidad como virtud puramente lógica y formal



Identidad

Eric J. Hobsbawm

La “pertenencia” a algún grupo humano, prescindiendo ahora de relaciones tales como los lazos biológicos que unen a las madres con sus hijos, es siempre una cuestión de contexto y definición social, por lo general negativa —es decir, se especifica la condición de miembro del grupo por exclusión—. Permítanme ser más preciso: lo que entiendo por “identificarse” con alguna colectividad es el dar prioridad a una identificación determinada sobre todas las demás, puesto que en la práctica todos nosotros somos seres multidimensionales. No hay límite para el número de formas en que yo podría describirme a mí mismo —todas ellas simultáneamente ciertas, como bien saben quienes confeccionan los censos—. Puedo describirme de cien formas distintas; y según cuál sea mi propósito elegiré resaltar una identificación sobre otras, sin que ello suponga en ningún momento excluir a las demás. Cuando se dirigen a mí como antiguo alumno del King’s College de Cambridge, esto no cambia mi identidad como miembro de la Asociación de Antiguos Alumnos de mi escuela secundaria, ni como viejo camarada de la 560 Compañía de Zapadores Reales, ni como miembro de la Sociedad de Autores, ni como alguien a quien se le pide que actualice su entrada en el Anuario Judío, ni como Amigo de la Universidad Bir Zeit, ni como poseedor de un pasaporte británico, ni como dueño de una casa en Inglaterra y Gales, ni como beneficiario de una pensión de jubilación del Estado, ni

Entiendo por 'identificarse' con alguna colectividad el dar prioridad a una identificación determinada sobre todas las demás

como hijo de madre austriaca o cualquiera de las otras formas en las que se me pueda requerir describirme con algún propósito. Sólo se espera de mí que elija entre estas identificaciones cuando alguna situación o autoridad externa me fuerce a elegir una identidad, bien porque se considera que dos o más de entre ellas son incompatibles, bien porque a una identidad se le dé más importancia que a las demás.

La identidad primordial que la mayoría de nosotros hemos elegido en este siglo XX es la del Estado territorial, es decir, una institución que establece un principio de autoridad sobre cada uno de los habitantes de un trozo de mapa. Si esa persona es un “ciudadano”, el Estado reivindica el derecho a obtener —por encima de cualquier otro tipo de exigencias individuales— su lealtad, su amor (p.e. el “patriotismo”) y, en tiempo de guerra, hasta su propia vida.

Éstas son soluciones históricamente novedosas que habrían asombrado en el pasado a la mayor parte de los gobernantes, así como a la mayoría de sus súbditos, pero desde el siglo XVIII nos hemos acostumbrado a ellas y las damos por buenas. No hay nada “natural” en ellas. Los territorios claramente demarcados de sus vecinos por líneas fronterizas son innovaciones sociales. La frontera franco-española no quedó formalmente fijada hasta 1868. El principio de que la autoridad territorial es suprema y tiene poder exclusivo sobre ese territorio pertenece a la historia moderna. Como todo historiador medieval u orientalista sabe, son posibles otros modelos de Estado. Hasta podrían ser preferibles, especialmente cuando el manejo de los actuales problemas humanos se corresponde cada vez menos con la estructura de los Estados territoriales. En este momento dos empresas multinacionales del automóvil, una con base oficial en EE UU y la otra en Alemania, se disputan a un ejecutivo vasco que ha sido persuadido por el jefe austriaco de una de estas empresas para cruzar el océano, con la promesa de construir una planta en el País Vasco. A su debido tiempo las estructuras políticas, sin duda, tendrán que ajustarse a tales realidades mejor de lo que son capaces de hacerlo hoy.

Si empiezo refiriéndome a la “identidad estatal”, es porque hoy en día, además de ser virtualmente universal, proporciona el modelo para todos los otros grupos que buscan una expresión política para su existencia como colectividad. Se trata, sin embargo, de una relación de doble filo. A lo largo de este siglo dos peligrosas ideas han contaminado al Estado territorial: la primera es que de alguna manera todos los ciudadanos de tal Estado pertenecen a la misma

*Los territorios
claramente
demarcados de
sus vecinos por
líneas
fronterizas son
innovaciones
sociales*

comunidad o “nación”; y la segunda es que lo que une a estos ciudadanos sería algo así como una etnicidad, lengua, cultura, raza, religión o antepasados comunes. Las palabras “Estado” y “Nación” han pasado a ser intercambiables, como en el término Naciones Unidas. Y a la inversa, cualquier grupo de personas que se considera unido por una etnia, lengua, etc., reivindica el derecho a poseer para sí un Estado territorial. Éste es también un concepto novedoso. Los judíos se han considerado distintos de otros pueblos con los que han convivido, y así se les ha considerado durante dos o tres mil milenios, pero hay que esperar hasta finales del siglo XIX para encontrar una demanda práctica en favor de un Estado judío. De hecho, la religión ortodoxa judía se oponía —y, en teoría, todavía se opone— a un Estado semejante, ya que el regreso de los judíos a la tierra de Israel no pudo producirse hasta la venida del Mesías, el cual, en la muy respetable opinión de los judíos, no ha llegado todavía. También los kurdos, sin duda, se han visto durante mucho tiempo como un pueblo diferente de los persas, árabes y turcos, y se han resistido a sus respectivos estados y autoridades. Sin embargo, hasta 1918 no hubo evidencia alguna de que lo que querían era un Estado territorial independiente, o, puesto que eran nómadas, de que tan siquiera comprendiesen lo que esto significaba. Si tuvieron alguna demanda política, fue la de *no* tener Estado, ya fuese de tipo nacional territorial o de cualquier otro.

Básicamente, el equívoco se produce entre el Estado como comunidad *política*, definido territorialmente, y las comunidades en el sentido antropológico, sociológico o existencial del término. En efecto, la confusión partió de modo natural del origen revolucionario de la “nación” política moderna, la cual se basaba en el concepto implícitamente democrático de soberanía del pueblo, que a su vez implicaba una voluntad política común y vínculos comunes de acción política —tales como el “patriotismo”— orientados al bien común. Mientras le fue negada la plena ciudadanía a la masa del pueblo y su participación activa en política no fue necesaria, ni deseada, este concepto de soberanía popular se mantuvo más bien en un plano meramente académico. Sin embargo, con el surgimiento de la política democrática y la consecuente necesidad de movilizar a la población, el “pueblo”, como un todo, se convirtió en actor y se le confirió necesariamente carácter de una comunidad, sin tener en consideración las diferencias internas que lo dividían. El contraste entre “nación” pasiva y activa se refleja claramente en la siguiente cita sobre las leyes de guerra:

“Solamente las tropas hacen la guerra, mientras el resto de la

El equívoco se produce entre el Estado como comunidad política y las comunidades en el sentido antropológico, sociológico o existencial del término

nación permanece en paz” (Vattel, *Law of Nación*, III, 26). Sin embargo, las modernas nociones de patriotismo ya no consideran posible esta total e incondicional abstención de la población civil [*Enc. Brit.*, 11ª ed., vol. 28, art. “War”, pp. 312-313].

El surgimiento de la política democrática y la necesidad de movilizar a la población como un todo, convirtió al "pueblo" en actor y le confirió carácter de comunidad, sin considerar las diferencias internas que lo dividían

No obstante, es esencial resaltar que esta cohesión comunitaria de los ciudadanos en la nación política no implica ninguna otra forma de homogeneidad, excepto por motivos pragmáticos. La razón obvia por la cual esto es así es que, desde que el mundo es mundo, ningún territorio —cualquiera que sea su tamaño— ha sido habitado por una única población homogénea, ya sea cultural, étnica, o de cualquier otro aspecto. Más aún, la pertenencia, e incluso la lealtad a un gobierno nacional, no excluía la pertenencia o lealtad a alguna otra comunidad, familia, religión o lo que fuere. Los padres fundadores del moderno “Estado-nación” en el siglo XVIII eran conscientes de esto, al igual que los fundadores de las naciones-estado excoloniales con posterioridad a 1945, puesto que todos operaban con el mismo principio. Definieron al “pueblo” o la “nación” de sus respectivos Estados de la única manera en que podrían ser operativamente definidos, es decir, como habitantes de un territorio pre-existente (p.e. el Reino de Francia, las Trece Colonias). En el caso de las dos naciones fundadoras del moderno Estado-nación, Francia y los EE.UU., también incluyeron a aquellos que quisieran unirse a ellos aceptando la Constitución y las leyes del Estado revolucionario. Estos habitantes, como ellos bien sabían, constituían una multiplicidad de grupos étnicos, de culturas, lenguas y cultos.

Por lo tanto, los “estados-nación” clásicos, desde los más viejos hasta los fundados en el siglo XIX fueron heterogéneos, salvo raras excepciones (¿quizá Portugal?), y reconocidos como tales. Vascos, castellanos, catalanes y gallegos resistieron a las tropas napoleónicas como españoles sin abandonar su identidad: de la misma forma que las naciones de las islas británicas, en la obra patriótica y propagandística de Shakespeare, se reúnen en torno a Enrique V para luchar contra los franceses en el sitio de Agincourt, resaltando cada cual, como en el caso del galés Fluellen, su propia especificidad nacional. La idea de homogeneidad étnica o lingüística no habría tenido en este caso ningún sentido. El propio nacionalismo alemán, con su evidente carácter étnico, asumió la multiplicidad étnica. Hasta la llegada de Hitler, al menos eso me indica Reinhard Koselleck, el ser “alemán” venía determinado por la pertenencia a alguno de los varios *Stämmen* (“tribus” o “grupos de descendencia”) reconocidos —suabos, sajones, bávaros, francos, etc.—. Con

porterioridad a 1934, ser suabo o sajón se convirtió en característica secundaria con respecto a ser alemán y no a la inversa. En lo tocante a la uniformidad lingüística, en sociedades sin educación primaria obligatoria ésta no es ni siquiera concebible, excepto para una élite muy restringida.

No obstante, por razones a menudo analizadas, es innegable que existe una tendencia en los Estados territoriales modernos a desarrollar una estandarización (u homogeneización) social y funcionalmente necesaria del conjunto de sus ciudadanos, así como a fortalecer los vínculos que los mantienen unidos a un gobierno nacional. Cualquier medio que esté a disposición del Estado para establecer esta continuidad y cohesión será empleado con este propósito, cuando no inventado, especialmente en el caso de esa gran garante de la continuidad que es la historia. Recuerdo el título de un libro de Mohendjo Daro sobre la civilización urbana en el Valle del Indo. Se llamaba *5000 años de Pakistán*, un país que hasta 1947 no existía y cuyo nombre mismo no se inventó antes de 1932 o 1933. Allí donde la “etnicidad”, la cultura lingüística y la religión se hallen disponibles, sin duda serán utilizadas para este propósito. Históricamente esto ha sido más fácil allí donde el Estado se construyó alrededor de un *Staatsvolk* que englobaba al grupo principal o incluso a la mayoría de la población del Estado, tal como ocurrió en el caso de los ingleses, los castellanos o los rusos. Es fácil, por consiguiente, que el patriotismo de Estado y los vínculos étnicos o religiosos puedan solaparse.

Debemos hacer una última observación acerca del patriotismo de Estado. A lo largo del siglo XIX y durante la mayor parte del siglo XX, las demandas que los Estados imponen a sus ciudadanos han ido aumentando de forma considerable, mientras que la habilidad de los ciudadanos para sustraerse a estas demandas ha disminuido de forma dramática. Por lo tanto, tenemos hoy la necesidad de desarrollar incentivos para que el ciudadano se identifique individual y colectivamente con el Estado. Las demandas estatales se han ido expandiendo cada vez más y más. Esta tendencia alcanzó su cénit en la era de las dos guerras mundiales y los períodos de reconstrucción de posguerra. No obstante, a partir de los años sesenta también se apreció una evidencia considerable de reacción en su contra.

II

Permítanme pasar ahora del Estado a la etnicidad. No ha habido nunca en la historia un período en que grupos de seres humanos no

Ningun territorio ha sido habitado por una única población homogénea, ya sea cultural, étnica, o de cualquier otro aspecto

se hayan distinguido de otros grupos, otorgándose para ello un nombre colectivo y asumiendo que los miembros del grupo tienen, por definición, más en común entre sí que con los miembros de otros grupos. Sin embargo, debemos hacer dos —quizás tres— observaciones. *Primero*, que la etnicidad en sí no es un término político, ni conlleva implicaciones políticas específicas. Ésta es la razón por la que prefiero este término al de “nacionalidad”, que sí implica un programa político. *Segundo*, la etnicidad no es una característica positiva de los grupos. Describe la manera en que éstos se distinguen entre sí, o trazan sus demarcaciones divisorias. El sentido más elemental de una etnicidad intrínseca —a saber, una supuesta ascendencia y parentesco comunes—, o bien resulta obviamente ficticia, como en las grandes “naciones” modernas, o bien es arbitraria. Casi siempre una misma población podía ser dividida “étnicamente” de diferentes maneras. En cualquier caso, la pertenencia étnica a menudo se cambia y reclasifica a lo largo del tiempo. Sin “los otros” no hay necesidad de definirnos a nosotros mismos. Permítanme traerles a colación el censo polaco de 1931 en el que se preguntaba a los habitantes de los pantanos de Pripet (a quienes nosotros probablemente clasificaríamos como bielorrusos) que especificasen su nacionalidad. Ellos no entendieron la pregunta y respondieron: “somos de aquí”. ¿Qué más se necesita decir? En su sociedad, nada. Pero aún nos queda un tercer punto. Un gran número de unidades étnicas no se nombran por sí mismas, sino que lo son desde fuera, sobre todo durante los siglos XIX y XX. La historia del imperialismo está llena de administradores coloniales que miraban a sus súbditos como si fueran manchas del test de Rorschach y decidían la figura que querían ver. Las “tribus” eran distinguidas en base a resoluciones administrativas que en otros casos no hubieran reconocido su simple existencia. Por el contrario, una gran variedad de pueblos diferentes se agrupaban juntos por motivos políticos u otros propósitos; por ejemplo, las numerosas tribus de indios americanos se convirtieron en miembros de un nuevo colectivo, los “nativos americanos”, lo cual no refleja lo que apaches e indios tienen en común con los mohicanos, que es bien poco, sino más bien un conjunto específico de problemas legales del gobierno de los EE.UU.

Cualquier medio para establecer esta continuidad y cohesión será empleado, cuando no inventado, especialmente la historia

La categoría de “alemanes étnicos” *Volksdeutsche* representa otro caso similar. Por supuesto, no importa lo arbitrario del origen de la clasificación étnica, una vez establecida puede ser tan real como cualquier otra. Un conjunto altamente heterogéneo de religiones integra ahora “los palestinos”, aunque tal clasificación no hubiera

tenido ningún sentido antes de 1918.

Esta falta de firmeza, o incluso esta arbitrariedad en el concepto de “etnicidad”, genera importantes problemas a la hora de definir la identidad étnica. Podemos observar algunas de las consecuencias políticas de esto en situaciones como la de Bosnia. La “nación” o “pueblo” político puede ser definido territorialmente, al menos en la era histórica de los Estados-nación. Sin embargo, no existe una forma igualmente resolutive para definir quién pertenece a una etnia, independientemente de cómo se la defina. Pasé parte de mi vida en la zona fronteriza entre Inglaterra y Gales. Muchos de los habitantes del lado inglés tienen nombres distintivamente galeses. Los habitantes del lado galés, que sin duda son una población que vive originariamente en esas colinas desde antes de los romanos, y que han conocido poca inmigración, han hablado inglés desde hace siglos. Si en dicho lugar no tuviéramos en cuenta la frontera administrativa que separa el condado de Powys del de Hereford y Worcester, ¿dónde deberíamos trazar la línea divisoria? Paradójicamente, esta identidad, que dice ser natural o primordial, solamente puede definirse mediante una decisión consciente sobre qué es lo que hace a los miembros del grupo distintos de los que no son miembros. Es preciso establecer criterios. El racismo biológico es uno de tales criterios administrativos. ¿Quién es judío? Las leyes de Nuremberg establecieron un criterio (tener un abuelo judío), el Estado de Israel otro (ser hijo de madre judía). Ambos reconocieron que en la vida real no hay una línea clara que *objetivamente* separe a los judíos de los no judíos. El idioma es otro criterio, aunque igualmente arbitrario ¿Cómo se puede negar el estatus de galés étnico a mis vecinos puramente anglófonos que viven en sus granjas ancestrales? ¿En qué sentido serían étnicamente más galeses si, en un Gales autónomo, se viesan obligados a usar la lengua que en la actualidad solamente habla el 21% de la población? La elección consciente o arbitraria constituye un tercer criterio. ¿Cómo si no puede el hijo de un matrimonio serbo-croata decidir a cuál de los dos grupos étnicos pertenece? En el último cómputo efectuado había 1,4 millones de matrimonios mixtos en la ex Yugoslavia. Y nótese que la elección puede darse en ambos sentidos. Los tamiles musulmanes de Sri Lanka rehuyen el apelativo de tamiles y prefieren definirse como “moros”. La mayoría de los navarros prefieren su identidad de navarros a la de vascos.

Por tanto, los movimientos nacionales étnicos se enfrentan al problema básico de cómo separar su circunscripción de la de otros grupos, y, de forma más urgente, al problema de cómo dar a todos

La etnicidad no es una característica positiva de los grupos. Describe la manera en que éstos se distinguen entre sí

*Sin "los otros"
no hay
necesidad de
definirnos a
nosotros
mismos*

los miembros que caen dentro de su definición razones convincentes para unirse al grupo en sus conflictos con los "otros". La estrategia óptima para hacerlo es polarizar las relaciones del grupo, de tal forma que todos los miembros del grupo "nosotros" traten a todos los miembros del grupo "ellos" como enemigos peligrosos en potencia, y sientan por tanto una identificación total con "nuestro" grupo como su única protección. El terror diseñado para producir contra-terror es hoy día probablemente la estrategia más común para garantizar esta polarización, tal y como podemos ver en el Ulster, en Sri Lanka, en el Punjab y en muchas otras partes, y no en menor medida en la ex Yugoslavia.

Sin embargo, deberíamos decir algo que a menudo se pasa por alto sobre un aspecto particular de esta definición arbitraria de identidad grupal. Me refiero a la *asimilación*. Esta cuestión presenta una doble faz. No son frecuentes los movimientos nacionales étnicos que animan a la asimilación en masa de los no-miembros, aunque sí hay algunos —por ejemplo los catalanes, o antes de 1914 los magiares—. No obstante, como los judíos, gitanos y la gente con piel de otro color sabe, incluso en el mejor de los casos, la disposición a asimilar completamente a los extraños es limitada. De otro lado, en los siglos XIX y XX no hay nada más común que la existencia de individuos deseosos de asimilarse a otra nacionalidad. De hecho, migración y asimilación fueron y probablemente son los factores principales de movilidad social durante este período. Europa central está llena de personas cuyos apellidos muestran que sus ancestros cambiaron en algún momento su nacionalidad, y si muchos de ellos no hubiesen traducido sus nombres originales al idioma de su afiliación elegida, este fenómeno sería incluso más patente. Al mismo tiempo, es un hecho sociológico familiar de los movimientos nacionalistas el que muchos de sus pioneros y líderes provengan de la periferia en lugar del centro de sus grupos étnicos, o incluso (como alguno de los líderes étnicamente ingleses del IRA) directamente del exterior.

La asimilación ilustra precisamente lo irreal de la identidad étnica, ya se trate tanto de una identidad supuestamente esencial o natural como *excluyente*. Así que, como notaréis, el hecho de que los asimilados acepten una nueva identidad no necesariamente significa que nieguen la antigua. La generación de mi propio padre, hijos de inmigrantes a Inglaterra, se sumergió apasionadamente en la cultura y costumbres inglesas, e incluso muchos anglicizaron sus nombres, sin negar nunca por ello su propia identidad judía. Los americanos de origen irlandés no olvidan sus vínculos con Irlanda.

Lo que enfurece a los fanáticos de la identidad grupal respecto al tema de la asimilación no es que ésta suponga un rechazo de esa identidad —aunque a veces esto sí ocurra—, sino el que se niega a aceptar los criterios *específicos* de identidad grupal sobre los que insisten. Por ejemplo, en el caso de los judíos, la práctica de la religión, el matrimonio dentro del grupo, o bien, hoy por hoy, una determinada actitud hacia Israel. Se trata de la negativa a efectuar una elección excluyente entre las identidades de grupo.

III

Permítanme pasar ahora a la *religión*, es decir a las principales religiones del mundo, las cuales, por definición, no pueden servir para definir un grupo puesto que proclaman la universalidad. Dejo de lado las religiones que son *ex officio* o que en la práctica se identifican con una y sólo una comunidad. No obstante, como sabemos, en la práctica la coexistencia de diferentes religiones o variantes de religiones hace posible, en muchos casos, que éstas funcionen como definidoras de grupo. De hecho, a menudo tiene poco sentido distinguir la religión de otros rasgos definitorios. Los conflictos de Irlanda del Norte, de Bosnia o de Sri Lanka, ¿son religiosos o étnicos? No importa. (En los dos primeros casos claramente no son lingüísticos, puesto que todas las partes hablan y escriben la misma lengua.) Sin embargo, la cuestión de la religión sí que nos permite localizar ciertas capas o estratos, así como ciertos cambios, en el fenómeno de la identidad nacional o grupal. Mencionaré dos.

El primero es la diferencia entre patriotismo de Estado, el nacionalismo de los líderes y cuadros, y los sentimientos de las masas. Como sabemos, desde finales del siglo XVII y hasta principios del siglo XX, la tendencia primordial en el desarrollo del Estado ha sido la de separarse de la religión. La Nación-Estado era no-religiosa, de la misma manera que era no-étnica (extendía su autoridad sobre un pueblo multiétnico y multirreligioso). Los movimientos nacionalistas étnico-lingüísticos mantuvieron el principio de una nación multirreligiosa, pero no multiétnica, especialmente, por supuesto, en las regiones multirreligiosas. Éste fue en concreto el caso de los nacionalismos irlandés, yugoslavo, alemán y de tantos otros. Aun así, la tensión constante entre la Constitución americana —que es indiferente a la religión— y la popularidad de Dios en el discurso político americano, muestra que en la práctica cierto grado de religiosidad es uno de los criterios más recurridos en favor del “americanismo”. En Irlanda, al margen de la tradición oficial del movimiento republicano, es evidente que para las masas

El terror diseñado para producir contra-terror es hoy día la estrategia más común para garantizar esta polarización

el catolicismo es el criterio decisivo del nacionalismo irlandés. Por supuesto, esto estaba mucho más acentuado todavía en los países musulmanes, antes incluso del reciente auge del fundamentalismo.

El segundo es la naturaleza de las recientes transformaciones religiosas que comúnmente se agrupan bajo la rúbrica del “fundamentalismo”. El término resulta engañoso, puesto que implica una vuelta a la versión original y auténtica de la fe. Sin embargo, en la práctica estos movimientos a menudo no sólo son renovadores, sino que también implican una redefinición de la fe, restringiéndola y adecuándola para obtener una separación entre los miembros del grupo y los extraños. No me extenderé en las innovaciones del fundamentalismo. Permítanme simplemente recordarles que el concepto de Estado islámico del ayatolá Jomeini, tal y como fue predicado desde comienzos de los setenta, era algo nuevo, incluso para los estándares de los clérigos chiítas iraníes políticamente comprometidos. Esto es obvio respecto a su carácter más intolerante. El fundamentalismo de los fanáticos judíos, como el de los *Chassidim* hoy en día, impone un grado de ritualismo muy superior al tradicionalmente requerido por los judíos más piadosos. El “fundamentalismo hindú” —una contradicción en los términos— es un movimiento que pretende hacer al hinduismo más excluyente y convertirlo en la religión estatal —otra contradicción en los términos para los hindúes—, lo que supondría una especie de exclusión de los no-hindúes como ciudadanos de la India. Una transformación similar ha sufrido el budismo de Sri Lanka, que ha pasado de ser un culto pacífico, no político e incluso familiar, a ser una religión colectiva de carácter nacional con gran derramamiento de sangre para los sinnaleses. Todos estos movimientos están dirigidos contra la coexistencia de grupos en un mismo territorio y dentro del mismo Estado, lo cual ha sido la base del Estado-nación hasta la fecha actual.

*En los siglos XIX
y XX no hay
nada más
común que la
existencia de
individuos
deseosos de
asimilarse a
otra
nacionalidad*

Con todo, aún debemos tener presente otro punto. Creo que la complejidad de los hoy llamados movimientos “fundamentalistas” es un aspecto del declive de las religiones tradicionales, o digamos más bien de las iglesias. Lo cierto es que estas iglesias universalistas [*all-embracing*] siempre fueron un modo eficaz de expresar la identidad de grupo, a diferencia de la etnicidad y la lengua. Podían estar formadas por organizaciones concretas, con edificios y divisiones territoriales, a través de las cuales la “comunidad” podía ser definida en varios niveles: por ejemplo, la parroquia, la diócesis, la iglesia nacional o universal. Los presidentes de EE UU, se dirigen a sus ciudadanos como sus “compañeros-americanos”, pero los

sargentos del ejército ruso, tanto zaristas como bolcheviques, no se dirigían a la tropa como “compañeros-rusos”, sino como “verdaderos creyentes” o cristianos. En los Balcanes el ser griego, albanés, búlgaro e incluso turco, no suponía una característica definitoria de la persona. Aunque sí lo era el ser un cristiano ortodoxo, un católico o un musulmán. Me inclino a pensar que es el declive de la religión tal y como era aceptada tradicionalmente lo que ha abierto el camino a formas de movilización religiosa que son difícilmente distinguibles de los movimientos étnicos segregacionistas. Menciono esto de pasada como campo para una posible investigación.

IV

Permítanme considerar ahora las transformaciones históricas habidas en estas identificaciones, la mayoría de las cuales se dan en el presente siglo.

La primera de éstas, como he sostenido en mi libro,* es la penetración de etnicidad y cultura lingüística en el concepto revolucionario francés y americano del Estado-nación, así como en las monarquías nacionales históricas como Rusia, Gran Bretaña y España. En pocas palabras, me refiero a la doctrina de la autodeterminación de las “naciones” definida de un modo familiar —tal y como es compartida por John Stuart Mill, Joseph Stalin y el presidente Wilson—. Dicho de manera más precisa: se trata del principio, en frase de Mazzini, de que cada una de esas “naciones” debería tener el derecho a formar un Estado soberano y de que la nación en su conjunto sea incluida en un solo Estado. Este principio totalmente irrealista se convirtió en una realidad operativa con el colapso de los tres grandes imperios multiétnicos y lingüísticos: el austro-húngaro, el ruso y el Imperio otomano (en la práctica, esto ocurrió al final de la primera Guerra Mundial).

Esto creó inmediatamente problemas que no se habían producido seriamente —que no podían haberse producido— en los imperios no-nacionales y multiétnicos pues éstos, por definición, se hallaban por encima de la variedad de grupos que agrupaban a sus súbditos. Bosnia es una excelente ilustración de esto. Tanto el Imperio otomano hasta 1878, como el Habsburgo desde 1878 hasta 1918, no se comprometieron con ninguna de las comunidades locales y se hallaban por tanto en una buena posición para mediar entre ellas y mantener sus conflictos bajo control. La Yugoslavia comunista mantuvo igualmente esa actitud neutral. Los períodos en que no hubo control sobre la situación local de Bosnia fueron aquellos en que el poder del Estado dominante se identificó con un grupo étni-

La complejidad de los hoy llamados movimientos "fundamentalistas" es un aspecto del declive de las religiones o iglesias tradicionales

*Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

El principio totalmente irrealista de la autodeterminación se convirtió en una realidad operativa con el colapso de los tres grandes imperios multiétnicos y lingüísticos

co (los serbios, antes y después del comunismo) o cuando no existió una neutralidad real. Un Estado territorial multinacional que se identifique con una sola de sus “naciones” étnico-lingüísticas debe privilegiar ésta sobre las otras y por tanto crea problemas. Esto ocurre incluso cuando el Estado es democrático y tolerante con sus “minorías”, como en la Checoslovaquia de entre guerras o el Kazakistán post-soviético. Allí donde el grupo étnico dominante sostuvo planes más agresivos, como en la Yugoslavia posterior a 1918, Rumania o Polonia, la situación fue incluso más tensa.

Cómo las naciones-Estado identificadas con un grupo étnico determinado se convirtieron —o llegaron a convertirse— en territorios *monoétnicos*, *monolingüísticos* y *monoculturales* es una cuestión que requiere mayor investigación. De lo que apenas dudamos es de que ésta ha sido una tendencia creciente, particularmente entre los pequeños movimientos étnico-lingüísticos y Estados. El producto final lógico de este proceso es y debe ser una de las cuatro políticas siguientes: la asimilación o conversión masiva por medio de la imposición estatal, las expulsiones en masa de poblaciones o “limpieza étnica”, el genocidio o la creación —*de jure o de facto*— de un sistema de *apartheid* que convierte a los que no son miembros del grupo dominante en extranjeros o en una clase de subciudadanos legalmente inferiores. Todas estas políticas han sido ensayadas. Algunas todavía lo son. Ésta es la segunda transformación.

La preocupación esencial de ambas transformaciones es la creación de naciones-Estado y una identificación grupal idealmente co-extensiva al Estado y superior a todas las restantes identificaciones grupales. En último extremo, una identificación total con el Estado es difícil, aunque pueda darse el caso de un nacionalismo étnico que se expresa a sí mismo a través de religiones universales, divinas o seculares. Sin embargo, está claro que en los estados occidentales, al menos desde los años sesenta, ha surgido otra forma aparentemente similar de identificación grupal. El nacimiento de estas formas de etnicidad fue inicialmente señalado por Glazer y Moynihan, pero también es evidente que desde entonces se ha desarrollado una nueva terminología. Tanto el término *étnico* como el término *identidad* tal y como se aplican a las colectividades parecen neologismos. Por esta razón vemos últimamente que todo tipo de grupos que anteriormente no reclamaban tal estatus, ahora se autodefinen con términos como “comunidad” o incluso “nación” (p.e. “la nación o comunidad ‘gay’” en el discurso de los activistas homosexuales estadounidenses). Estos fenómenos pueden o no estar relacionados con los nacionalismos territoriales de viejo tipo

étnico, o algunos lo han estado claramente. Estoy pensando en la radicalización del nacionalismo vasco y en la emergencia del separatismo en Quebec, puesto que ambos encajan en este período. Sin embargo, no creo que ésta sea la característica principal de estos nuevos tipos de formación de la identidad colectiva. Al menos no ocurre así en los EE UU, donde se han hecho cada vez más prominentes, ni tampoco entre los movimientos étnicos de los inmigrantes islámicos en los países europeos, que tienden a adoptar la forma de movimientos fundamentalistas. Los llamaré movimientos *ghetto*, ya que su principal objetivo es la segregación y exclusión de la sociedad en su sentido más amplio. Los movimientos *ghetto* entre inmigrantes o descendientes de inmigrantes son los más típicos, pero no los únicos existentes. La fase actual de tales movimientos se diferencia de la *guettización* de los primeros inmigrantes en un aspecto fundamental: se ha renunciado al objetivo de la asimilación. La palabra clave para esto en el mundo de habla inglesa es “multiculturalismo”. En la práctica, claro está, los habitantes de casi todos los *ghettos* viven y trabajan en una sociedad más amplia, donde coexisten con otros grupos en una economía compleja y bajo las autoridades públicas existentes fuera y por encima del *ghetto*. En efecto, la función política principal de los activistas del *ghetto* es la de competir con otros grupos por una parte de los recursos de la autoridad general. Su estrategia es la opuesta a la del nacionalismo separatista.

En mi opinión, estos desarrollos no deberían confundirse con los cambios trascendentales habidos en la estructura de los Estados existentes en la mayor parte de Europa durante los últimos veinticinco años, y que se han acelerado enormemente desde el colapso del bloque soviético. Estos cambios referidos van desde la reestructuración de los Estados nacionales, mayormente a través de la descentralización o la regionalización, a la fragmentación en sus distintos componentes de los viejos Estados unitarios o federales. Sin mencionar la tendencia de la Unión Europea a adoptar una estructura confederal. Lo que estos desarrollos tienen en común es un debilitamiento del viejo modelo de Estado-nación gobernado desde un solo centro. Naturalmente esto ha reforzado, tanto en el Este como en el Oeste, los movimientos separatistas de carácter nacional. De hecho, desde el colapso del sistema soviético se han formado más Estados nuevos, nominalmente independientes y soberanos, que dicen representar “naciones”, que en ningún otro momento del siglo XX, incluyendo más de una docena que nunca en su historia habían sido Estados independientes de tipo moderno.

Grupos que anteriormente no reclamaban tal estatus, ahora se autodefinen con términos como "comunidad" o incluso "nación"

Considero la emergencia de estos nuevos Estados como una consecuencia del debilitamiento o colapso de los Estados anteriores, y no como el producto de una nueva ola de concienciación nacional o de potentes movimientos nacionalistas. En mi opinión deberían ser analizados como la consecuencia de la ruptura y no como su causa. Sin embargo, una vez que se han dado las nuevas naciones-Estado, independientemente de la forma en que hayan llegado a constituirse, su conciencia nacional se convierte en una fuerza de peso por derecho propio y deben ser consideradas como tales. Las elecciones de 1917 a la Asamblea Constituyente Rusa —aquella disuelta por los bolcheviques— muestran que en esa época no existía un soporte firme en favor del nacionalismo étnico de Estonia y Letonia. Aunque en cambio sí lo hubo en 1940.

Durante la segunda mitad del siglo XX hemos vivido (estamos viviendo) la transformación social más rápida, profunda y universal de la historia humana

Las relaciones entre los cambios acaecidos en la estructura política de los Estados y la conciencia nacional de finales del siglo XX merecen un análisis e investigación detallados. Sin embargo, por razones de tiempo debo dejarlas de lado y concentrarme en las razones sociales de la nueva búsqueda de identidad colectiva. No es casual que encontremos este fenómeno en Occidente desde los años sesenta en adelante y en otros lugares a lo largo de los años setenta y ochenta, puesto que durante la segunda mitad del siglo XX hemos vivido —estamos viviendo— la transformación social más rápida, profunda y universal de la historia humana. Y con ello todas las viejas formas de relación humana, todos los vínculos tradicionales de la comunidad, se han evaporado, a excepción de la capacidad más residual o metafórica para definirnos. Todos somos personas desarraigadas. ¿Es casual que el separatismo de Quebec se convirtiera en una fuerza política seria al final de una década en la que se colapsó el tradicional catolicismo que había definido a los canadienses francófonos —como muestra la dramática caída de asistencia a los servicios religiosos y el índice de natalidad franco-canadiense? En mi opinión no es ninguna casualidad. Déjenme concluir, por consiguiente, con un ejemplo de cómo tal desorientación social puede llevar directamente a la búsqueda de una nueva (y en este caso salvajemente nacionalista) identidad. Tomo este ejemplo de los estudios del Dr. Jonathan Spencer sobre la Sri Lanka rural de comienzos de los años ochenta.

En algún momento de los años cuarenta, el pueblo del Dr. Spencer, Sinhala, por entonces un tanto alejado de la capital, consiguió una carretera, un templo, una escuela y muchos más contactos exteriores que antes de la economía monetaria. Como la malaria estaba casi erradicada, atrajo a muchos inmigrantes y pasó de cien a mil

habitantes. En 1982 casi la mitad de las familias se habían asentado allí durante los últimos diez años; el 85% de los cabeza de familia habían nacido fuera del pueblo. El crecimiento de la economía monetaria creó grandes diferencias entre ricos y pobres, y otras diferencias difícilmente predecibles por la familia o casta de una persona. “Ahora, hermanos y hermanas, padres e hijos pueden encontrarse llevando un tipo de vida muy diferente”. Esto fue en gran medida debido y demostrado por la educación escolar. Esto separó a aquellos que tuvieron éxito social de los fracasados. Por lo tanto, no es sorprendente que “esa ‘unidad’ y ‘comunidad’ fuera el origen de cierto tipo de frustración colectiva, y esto quizá explica el atractivo de una identidad étnica y nacional “más desarrollada”.

Esta identidad más desarrollada se cimentó en la fusión de tres instituciones: el Estado, la escuela y el templo budista. La necesidad de nuevas instituciones que expresen esta unidad se demuestra mediante el desarrollo de formas colectivas y congregacionistas de culto budista en Sri Lanka, distintas de las formas de culto privadas y familiares. Esto surgió en los años setenta. Y a través de la escuela y de la nueva “Sociedad Budista de Protección” surgió un conjunto de nuevas celebraciones públicas, que van desde el día del deporte en la escuela, el primero que tuvo lugar en el pueblo, abierto con los acordes del himno nacional reproducido en un aparato de música prestado, hasta la elaboración de nuevos rituales budistas para el público, que incluían procesiones de escolares. La política llegó al pueblo a través de la coalición budista-populista del Sr. Bandaranaike. Y el populismo de este llamamiento sinalés étnico-nacionalista “prometía una fuente de comunidad, solidaridad y fuerza para desafiar a los privilegiados locales”.

El argumento del Dr. Spencer muestra una de las maneras en que el cambio social provoca la necesidad de nuevas identidades. En mi opinión el colapso de la estructura familiar tradicional, seguido del colapso de la estructura tradicional del trabajo manual y del empleo industrial (masculino), han producido una forma análoga de desarraigo y desorientación en países industriales desarrollados; y lo mismo ha ocurrido con la creciente ruptura generacional.

Estas nuevas formas de “políticas de la identidad” pueden o no apelar a la etnicidad (independientemente de lo que esto signifique), o crear nuevas etnicidades, o encontrar expresión a través de la religión, o también presentarse como patriotismo estatal, como es el caso de los hinchas neo-fascistas de los equipos de fútbol ingleses que ondean la bandera nacional. Puede que se den todas

Todos los vínculos tradicionales de la comunidad se han evaporado, a excepción de la capacidad más residual o metafórica para definirnos

Estos movimientos, a pesar de su vitalidad, son esencialmente negativos: en el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro

estas formas a un mismo tiempo. Más aún, pueden fundirse con un viejo movimiento e ideología nacionalista. Sin embargo, creo que esto debe ser considerado y analizado como un fenómeno sociológico nuevo y no como una mera prolongación de las viejas formas de nacionalismo. En mi opinión, este fenómeno es esencialmente *no* político, aunque obviamente sí puede ser y será explotado por los políticos.

No es mi tarea aquí juzgarlos, pero tengo que concluir diciendo que estos movimientos, a pesar de su vitalidad, son esencialmente negativos: en el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes.

Identidad del individuo e identidad de grupo: identidad lanzaroteña

Julio Santiago Obeso

“Identidad: Hecho de ser una persona o cosa, la misma que se supone o se busca” (Enc. Salvat).

“Identidad: Carácter propio y diferenciado de un individuo o conjunto de ellos” (Enc. Encarta 98).

“Identificación: Hacer que dos personas o cosas que en realidad son distintas, se consideren como una sola. Proceso psicológico fundamental para el desarrollo de la personalidad según el cual un individuo toma características de otro al que adopta como modelo” (Enc. Encarta 98).

“Identificarse uno con el otro: Llegar a tener las mismas creencias, propósitos, deseos, etc.”

“La Identidad Cultural es un elemento fundamental de la cohesión de los pueblos y de su capacidad para afrontar su propia historia”

“La Canariedad es un concepto complejo y rico, resultado de la incidencia de un conjunto de elementos peculiares de procedencia múltiple pero especialmente configurado por la geografía, la historia, la lengua, la cultura, que al incidir sobre nuestro pueblo determina en él un modo peculiar y propio de ser, sentirse y expresarse” (Declaración Programática de Coalición Canaria).

“Las perturbaciones en el proceso de identificación pueden provocar la aparición de trastornos caracteriales” (Diccionario de Psicología. N. Sillamy, Plaza & Janés).

“Ontogenia: Parte de la biología que estudia los procesos de crecimiento y desarrollo de un individuo. Conjunto de cambios que experimenta un individuo desde el inicio de su desarrollo hasta su muerte”.

El desarrollo de la persona no se produce de un modo constante sino mediante tres etapas o estadios que conforman un ciclo

El desarrollo del individuo: adquisición de una identidad personal

El desarrollo de la persona no se produce de un modo constante sino mediante tres etapas o estadios que se suceden invariablemente y conforman un ciclo que se repetirá varias veces a lo largo de la vida.

Una primera etapa en la que el individuo percibe una gran cantidad de nueva información y en la que, además, suceden cambios tan

Julio Santiago Obeso es psiquiatra del Hospital General de Lanzarote.

rápidos, que a veces provocan que la persona tenga dificultades para reconocerse, incluso, a sí misma. Es la fase denominada etapa de CRISIS.

Posteriormente, en un segundo estadio, la persona se detiene a elaborar y deglutir toda esa nueva información y los cambios producidos; necesita fijarla en sus esquemas, “aprehenderla” y aprenderla, sacar sus conclusiones y separar lo importante de lo superfluo, lo útil de lo desdeñable, y, finalmente, archivar los nuevos conocimientos en la “biblioteca” de la experiencia. Todo esto constituye la fase de ASIMILACIÓN.

A continuación surge otra fase, la tercera, en la que el individuo parece descansar, tomarse un respiro. Los conocimientos adquiridos generan en él un novedoso estado de seguridad del que, en algunas ocasiones, hasta se ufana. Asistimos al momento de poner en práctica, tras la recolección del nuevo bagaje, buena parte de lo adquirido en la etapa de crisis sufrida. Este es el período o fase de ESTABILIZACIÓN.

No obstante, el proceso no ha concluido, ni mucho menos. En un tiempo, volverá a aparecer otra fase de CRISIS que dará comienzo a un nuevo ciclo. La estabilización, como sucede con todos los procesos dinámicos, no será nunca un estado permanente.

La identidad cultural canaria se ha ido forjando a través de siglos por la asimilación de las diversas influencias

Los pueblos: el desarrollo de una identidad de grupo

Con el desarrollo de los pueblos las cosas ocurren de modo similar al desarrollo del individuo. La concatenación de múltiples acontecimientos, y la incidencia de múltiples influencias, van siendo asimiladas por el grupo siguiendo aproximadamente la misma cadencia descrita para las personas. Se suceden, también aquí, fases de CRISIS, ASIMILACIÓN y ESTABILIZACIÓN.

Podemos sostener que la Identidad Cultural Canaria se ha ido forjando a través de los siglos por la ASIMILACIÓN de las diversas influencias de los pueblos que han habitado nuestras islas, actuando sobre el caldo de cultivo previo que lo autóctono suponía, y aderezándose con componentes característicos derivados del clima, la geografía, etc. Resulta, pues, que el desarrollo de la identidad canaria ha transcurrido pasando también por fases de CRISIS, ASIMILACIÓN y otras de ESTABILIZACIÓN.

Sobre la población aborígen incidieron en siglos pasados las aportaciones de los distintos grupos bereberes traídos a las islas, las de los distintos colonizadores de países de Europa y posteriormente los usos y costumbres procedentes de América. En suma: tres

corrientes de influencia —africana, europea y americana— que fueron configurando la “identidad canaria actual”, consiguiendo, a la vez, que los restos de la cultura aborigen quedaran muy desdibujados. No quepa duda de que la llegada de cada una de las tres influencias culturales referidas hizo sufrir a la población —tanto a la residente como a la que se incorporaba— fases de profundas CRISIS a las que siguieron las usuales fases de ASIMILACIÓN y posterior ESTABILIZACIÓN.

La situación lanzaroteña

La sociedad lanzaroteña aparece en la actualidad como el paradigma de una población EN CRISIS. En esta Isla han coincidido en poco tiempo, múltiples y diversos grupos poblacionales que crean un choque cultural y una convulsión sociológica.

Hasta la década de los setenta, vivían en Lanzarote un relativamente numeroso grupo de “conejeros” al que iban incorporándose, poco a poco, foráneos procedentes de la península y del resto de Europa que, como llegaban “gota a gota”, no creaban convulsión alguna, e iban integrándose paulatinamente, manteniéndose la “identidad conejera” indemne (o casi). Era una época en la que las frecuentes idas y venidas de los canarios a América (Cuba, Venezuela...) enriquecían constantemente el acerbo conejero de un modo suave y pausado que no alteraba la fase de ESTABILIZACIÓN en la que se encontraba la Isla.

La población residente, marcada por una vida tranquila y plácida, sin competitividades desaforadas, y basada en una economía de subsistencia, con un alto grado de adaptación y pocos cambios en muchos años, se fue asentando poco a poco en un PERÍODO DE ESTABILIZACIÓN donde reinaba la paz, el tiempo transcurría sin sobresaltos y donde las reivindicaciones eran tan escasas que parecía reinar la desidia.

Este hecho muestra su reverso: el olvido de las necesarias atenciones, tanto culturales como de todo tipo, por parte no sólo de la Administración Central española sino también de la canaria, ocupada básicamente en el cuidado de las llamadas “islas mayores”. Aunque los recursos existentes eran mínimos, las necesidades parecían serlo también y la mayoría de los conejeros, perfectamente adaptados, aparentaban gozar de una EXCELENTE SALUD MENTAL.

Durante este período, la IDENTIDAD CONEJERA SE ESTABILIZA Y MADURA, manifestándose en hechos culturales, costumbristas y folclóricos traídos y llevados de boca en boca y de generación

La sociedad lanzaroteña aparece en la actualidad como el paradigma de una población en crisis

*Como el
adolescente en
su crisis,
Lanzarote, en la
suya, casi no se
reconoce a sí
misma*

en generación, casi sin cambios, por transmisión oral. Las influencias españolas (“malagueñas...”), europeas (“polcas” y “saltanas”...), y americanas (“décimas” y “puntitos”, por poner un mínimo ejemplo) son evidentes en el folclore de las islas, en unas más que en otras, y sumadas siempre a tradiciones cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos (juego del palo, Diabletes de La Villa...)

Así, de repente, en los últimos años setenta y primeros de la década de los ochenta, el fenómeno inmigratorio se transforma en catarata, ocurriendo un auténtico choque entre lo existente y lo que llega de fuera. El grupo isleño se siente desbordado por la afuencia masiva de personas, dialectos, idiomas, costumbres, ritos y “ritmos de vida” completamente distintos a los que se habían conocido hasta el momento. Se produce, pues, un choque entre los tres grupos poblacionales más significativos: conejeros “de siempre”, peninsulares y extranjeros (casi todos europeos).

En las dos últimas décadas, se producen más cambios en nuestra Isla que los que se produjeron hace cinco siglos cuando pasó de ser Titerroygatra a ser Lanzarote.

La aparición, en los últimos tres años, de otros dos grupos poblacionales inmigrantes con actitudes y culturas muy distintas dificultan, todavía más, la ya atormentada convivencia en el suelo conejero: los inmigrantes llamados “ilegales” (sobre todo africanos), y grupos “marginales” caracterizados por su mínima o nula intención de “adaptarse” en una convivencia respetuosa con los “anfitriones”.

Como en todos los períodos de crisis, hay vivencias de intensa angustia, dificultad para reconocerse a sí mismo, resistencias por parte de unos y otros a “ser cambiados” y culpabilizaciones recíprocas entre los distintos grupos de población (los que ya estaban y los que vinieron después). Viven, todos, intensas emociones y, como en el niño en crisis, “...las perturbaciones de la identificación pueden generar la aparición de trastornos caracteriales...”

¿Hacia dónde vamos?

Como el adolescente en su CRISIS, cuando está sometido a tantos estímulos y tantos cambios que no le da tiempo a ASIMILARLOS, Lanzarote, en la suya, casi no se reconoce a sí misma.

El “aumento del nivel de vida” (¿?) y la aparición de dinero, “riqueza”, y las nuevas formas de trabajo vienen acompañados de la aparición de fenómenos desconocidos hasta entonces: la compe-

tencia despiadada, la especulación, la prisa..., y con todo ello los niveles de desconfianza, temor, alarma, crispación, agresividad, tanto ofensiva como defensiva; la reivindicación constante y el intercambio de culpabilizaciones se disparan. Aparece así un empeoramiento progresivo y peligroso de la CALIDAD DE VIDA y de la SALUD MENTAL entendida ésta como paz y equilibrio.

Es de suponer que la CRISIS a que nos referimos concluya algún día y que la población de Lanzarote se conceda tiempo para ASIMILAR los cambios y llegar así a una nueva fase de ESTABILIZACIÓN. Entonces, surgirá un nuevo período de serenidad, menos convulso que el actual, en el que la crispación disminuirá y la IDENTIDAD CONEJERA se tornará NUEVA IDENTIDAD. ¿Mejor?, ¿peor? ¿Es mejor para el adolescente seguir creciendo, o sería preferible continuar instalado en la adolescencia para siempre? ¿Sería preferible volver atrás y regresar a la candidez y la inocencia de la infancia? En realidad, ¿tiene sentido preguntárselo siquiera? ¿Acaso puede detenerse el desarrollo de los individuos? ¿O de los pueblos?

En todo caso, sí que conviene canalizar la educación del niño, sobre todo en la adolescencia, en plena CRISIS, intentando orientarlo hacia una madurez fructífera, serena y tolerante.

Del mismo modo, podemos y debemos intentar reconducir nuestra isla, en su fase de CRISIS actual, intentando disminuir la crispación, favoreciendo de modo generoso la integración de unos y otros y avanzando hacia una IDENTIDAD CONEJERA que acrisole, también, las influencias a las que se está viendo sometida actualmente.

Es de suponer que la crisis concluya algún día y la población de Lanzarote se conceda tiempo para asimilar los cambios y llegar a una nueva fase de estabilización

CITA

La razón nos dice que tenemos que aprovechar sin demora las posibilidades comprobadas que ofrece la energía solar para la humanización de la revolución industrial. La situación ecológica, social y económica mundial no permite ningún ulterior aplazamiento de una estrategia solar. El objetivo de crear un abastecimiento energético exclusivamente solar debe tener una prioridad absoluta si queremos conseguir que la política dé respuesta a los problemas fundamentales no sólo del sector concreto de la política energética y ambiental, sino de la política general; no sólo en el sector de la economía energética, sino en la economía general; no sólo en la ciencia y la técnica energética, sino en la ciencia y la técnica en su conjunto.

Para conseguirlo se necesitan instrumentos que provoquen una ruptura radical: programas de "choque" y nuevos protagonistas políticos y económicos. La estrategia solar requiere una planificación a largo plazo, lo que no significa en absoluto que a corto plazo pueda aceptarse la pasividad. Pero, sobre todo, la prioridad de la estrategia solar exige el abandono de las antiguas prioridades. Sólo así dispondremos de la libertad de movimientos necesaria y de la libertad de elección.

Existen múltiples ejemplos, que llegan hasta el pasado más reciente, de experiencias políticas de definición de nuevas tareas fundamentales y realización de éstas en un período de tiempo que previamente se había considerado falto de realismo. El Proyecto Manhattan para el rápido desarrollo de un arma nuclear en la Segunda Guerra Mundial es uno de ellos, así como el Programa Apolo para el aterrizaje norteamericano en la Luna, y también el masivo programa atómico civil y militar francés. Todos estos proyectos técnicos han marcado profundamente las estructuras políticas y económicas y han influido de forma permanente en el sistema de valores de las sociedades que los desarrollaron. No es casual que se trate de programas de tipo militar o de competencia por el poder mundial, y no son un modelo para la estrategia solar, pero ilustran de todos modos la posibilidad de organizar rupturas políticas. Sí podría considerarse un modelo el esfuerzo masivo realizado en la segunda mitad del siglo XIX para la construcción y puesta en funcionamiento del ferrocarril, que durante años supuso en Alemania una inversión de más del 10% del producto nacional.

Hermann Scheer



El supermercado de la identidad

Jorge Marsá

Vivimos en la sociedad de la apoteosis del individualismo; sin embargo, la crisis del individuo aparenta generalizarse. Nos movemos en un momento en el que la dedicación a los problemas del ámbito interior de la personalidad supera con creces a la de cualquier otra época; a pesar de lo cual, la crisis psicológica se presenta reiteradamente, con urgencia. Estamos inmersos en una organización social en la que los derechos humanos se encuentran siempre en primer plano; no obstante, las personas nunca se sintieron tan gobernadas por el impersonal cálculo económico y tecno-científico que rige los destinos de nuestro presente, y por un poder tan diluido y etéreo como inabordable en todo aquello que no sea lo formal.

En la época del Yo, los divanes de los psicoanalistas se encuentran repletos, y en las nutridas colas de espera el consumo de drogas para la ansiedad del espíritu —tranquilizantes, calmantes, relajantes, estimulantes, etc.— supera con creces al de cualquier otro tipo de fármacos. La demanda de manuales y cursos de autoayuda, de autoestima, de autoperfeccionamiento y demás “autos” alcanza cotas sorprendentes, sin necesidad de publicidad alguna. Simplemente, van expandiéndose de angustia en angustia, cual mancha de aceite. En una civilización que proclama la racionalidad como bandera, se extiende soterradamente, sin pausa, la vieja irracionalidad, como arma exclusiva de los desamparados, de los marginados por la dictadura de una forma exclusiva y excluyente de

*En una
civilización que
proclama la
racionalidad
como bandera,
se extiende
soterradamente
la vieja
irracionalidad*

racionalidad: el cálculo económico.

La extensión de ese cálculo económico a todos los ámbitos de la actividad humana y su relación con el entorno natural muestra a las claras, por contra, la imposibilidad de su falsa racionalidad. La desigualdad creciente y las crisis ecológica y psicológica delatan el fracaso último de esta dictadura pretendidamente racionalista. Ahora bien, por el momento, su expansión continúa: el mercado y sus mercancías fijan las pautas de un número cada vez mayor de conductas en el devenir social y personal. La angustia de los hombres, su dificultad para adaptarse a un cambio que, a menudo, les supera, se convierte también en un nuevo producto para el mercado: remedios espirituales para la insatisfacción personal y crisis de la identidad para la confusión política. ¿Tendrá algo que ver todo esto con la crisis de la modernidad? ¿Asistiremos, como algunos defienden, a una crisis civilizatoria producida por la globalización económica y cultural que destruye la diversidad social y cultural?

*La exhaustiva
aplicación de la
lógica
cuantitativa del
mercado
transforma
profundamente
la identificación
personal*

Individualismo y modernidad

Siempre se alude a la modernidad por lo que se considera su componente fundacional: la liberación del individuo de los vínculos jerárquicos de dependencia, que marcan el fin de las relaciones feudales de subordinación de unas personas a otras. Pero esta liberación se produce en el terreno jurídico, en el que se contempla la igualdad como un componente abstracto, ya que el derecho necesita basarse en generalizaciones abstractas. Por lo tanto, el sujeto jurídico contemplado poco tiene que ver con el individuo real. Sólo así pueden considerarse como iguales los individuos empíricos sustancialmente desiguales.

El otro pilar constitutivo de la modernidad viene representado por la autonomía de lo económico respecto al resto de los componentes que conforman el cuerpo social. Por primera vez en la historia se produce una separación entre la persona y la forma en que logra la satisfacción de sus necesidades. Los vínculos personales del Antiguo Régimen son sustituidos por un sistema de mediación basado en la propiedad, que se separa del individuo e incluso gobierna su conducta, según las leyes del cálculo económico. Sólo la coacción económica puede coexistir con la nueva libertad jurídica, con la separación del individuo real del sujeto abstracto del derecho. Únicamente así puede solventarse el que una persona jurídicamente igual por sus derechos se vea obligada a vender su fuerza de trabajo a otra, y que el derecho pueda obviar esta desigualdad sustancial sin alterar sus principios de igualdad.

La historia del principio de igualdad es la historia de un colosal desarraigo, de una dramática secuencia de decisiones que han sustraído al individuo (económico) de la trama de las relaciones sociales precedentes. Cuando el cordón que le une a la comunidad “natural” se rompe, entra en funcionamiento el máximo artificio que la historia haya conocido: la transformación en mercancía del trabajo y de la tierra (por tanto, de la vida misma y de la naturaleza). A partir de entonces, la ficción de la mercancía proporciona el principio de organización para toda la sociedad.

Estas paradojas explican que, en ocasiones, se pueda entender el desarrollo de la modernidad como un proceso de debilitación del Yo. El sujeto inicialmente propietario deviene en sujeto consumidor, debido a que el sistema funciona como productor, reproductor y destructor de objetos destinados a la apropiación, finalizando el ciclo en un sujeto en relación con el objeto consumible. La exhaustiva aplicación de la lógica cuantitativa del mercado transforma profundamente la identificación personal, devolviéndonos un sujeto que en adelante será mensurable sólo en el terreno cuantitativo.

La identidad conformada por la pertenencia a la comunidad había sido un principio central de la organización social. De hecho, precisamente la identidad, entendida como estatus, mediaba la relación con la naturaleza y las relaciones de poder sobre el territorio perteneciente a la comunidad. Por supuesto, esa identidad fuerte y jerárquica, premoderna, asustaría a muchos de los que hoy reclaman su vuelta, a los que buscan la raíz, el origen. Sin embargo, la organización que se configura mediante la preeminencia de lo económico necesita prescindir del mecanismo identitario para trasladar a la mercancía y su reproducción el poder de organizar las relaciones entre las personas. Libera al individuo tanto de la dependencia jerárquica como de buena parte de sus lazos comunitarios: le abandona a la soledad y a la volátil innovación del mercado.

Existe una continuidad sustancial entre el individualismo originario del derecho moderno y el actual individualismo de masas del consumidor, orientado hacia una infinita gratificación de los propios deseos. La libertad individual pasa a definirse en términos de libertad de elección entre más objetos a consumir. La lógica de la cantidad y la desenfadada carrera por su consecución constituye el fundamento de la sociedad del consumo de masas. En cualquier caso, las cantidades no identifican; cuando las relaciones humanas se transforman en relaciones basadas en el dinero y el intercambio de mercancías, no extraña encontrar un individuo débil por la pér-

En la generalización de la simpleza, y en la irracionalidad que suele acompañarla, encontramos uno de los aspectos básicos de la cultura de masas

dida de la identidad que la comunidad proporciona. La relativa libertad de la sociedad moderna estimulará tanto la creatividad ante el conflicto como la angustia que éste conlleva. Las certezas que la estrecha comunidad premoderna garantizaba, la identidad aparentemente estable, son condenadas a su desaparición en el individualismo propietario, primero, y en el individualismo de masas posterior.

Individualismo y cultura de masas

El individualismo de masas del consumidor, que caracteriza la sociedad contemporánea, encuentra su máxima expresión en el centro desde el que irradian hoy casi todas las directrices: Estados Unidos. Como en cualquier época, el país que puede imponer las pautas de comportamiento económico, social y cultural es, asimismo, pionero en la conformación de esos comportamientos. En este caso, además, puede afirmarse que los EE UU, son, quizá, el país en cuya tradición social el individualismo se encuentra más arraigado. Y es allí donde las paradojas que reseñábamos en la introducción de este texto alcanzan su máxima expresión, la sociedad en la que los fenómenos que han puesto en crisis la identidad se manifiestan con rotunda crudeza.

El individualismo estadounidense no sólo debilita la identidad, sino que alcanza unas cotas en las que la soledad se convierte en una característica fundamental de aquella sociedad. Se ha podido demostrar que durante la ola de calor que sufrió Chicago hace dos años, varias personas murieron en sus casas porque el pánico a la calle les impidió salir en busca de ayuda durante los días en los que los sistemas de comunicación no funcionaron. Pues bien, la soledad y el miedo al entorno no harán más que agravarse con la tan cacareada sociedad de la información que está arribando. Son ya diez millones de estadounidenses los que trabajan, por medio del ordenador, en su propio domicilio. Añadamos a esto las cuatro horas diarias que pasan frente al televisor, la posibilidad de realizar el conjunto de sus compras por vía telemática, junto a un nivel cultural medio que ha convertido aquel país en el paraíso de los malos estudiantes españoles, y podremos hacernos una idea aproximada del maravilloso futuro que los exégetas del modelo nos auguran.

Este nivel cultural al que nos referimos no surge de la nada. De la misma forma que el consumo de masas se basa en la producción de objetos para la más amplia mayoría, la cultura de masas que genera requiere la mayor cantidad de público posible para obtener el éxito que se persigue. Del éxito, entendido en este sentido, de la cultura de masas norteamericana podemos dar fe. Tan sólo hace falta

*La crisis de la
identidad se
nutre de la
puesta en
cuestión de las
formas
comunitarias
tradicionales*

encender el televisor o entrar en el cine para comprobarlo, pues para dirigirse a la inmensa mayoría es imprescindible rebajar los contenidos, ponerlos al alcance de cualquiera, simplificar los valores y los mensajes transmitidos. Y en esta simplificación, en la generalización de la simpleza, y en la irracionalidad que suele acompañarla, encontramos uno de los aspectos básicos de la cultura de masas con la que este país surge al conjunto del planeta.

Como es lógico, esta cultura entretiene la manera de entender y realizar la actividad política de aquella sociedad. La cultura del espectáculo dio lugar a la política del espectáculo. Vuelven a repetirse aquí las ideas simples, machaconamente repetidas, y la adecuación a lo que la mayoría de los ciudadanos-clientes quieren escuchar. Contra lo que se piensa, el nacimiento de la propaganda como actividad “científica” no surgió en la Alemania nazi con Goebbels, sino en la democracia norteamericana. Fueron conscientes, y lo explicitaron, de que en una democracia la manipulación de las conciencias era mucho más importante que en las dictaduras. Las expectativas de las masas debían ser encauzadas, no fuera a ser que, en su ignorancia, acabaran reclamando soluciones poco convenientes. Por tanto, el mismo empobrecimiento de los contenidos se traslada igualmente a la política en su versión USA; una forma de entender la política que se extiende por doquier.

Identidad personal versus identidad social

Si el individualismo consumista estadounidense y su cultura de masas provocan una crisis en cualquier forma de identidad personal o social, también desde allí puede llegar el remedio. Resulta evidente que la crisis de la identidad se nutre, fundamentalmente, de la puesta en cuestión de las formas comunitarias tradicionales: la familia, la comunidad local, las asociaciones políticas o sindicales, la crisis del trabajo, etc. Por lo que parecería obligado que cualquier vía de actuación pasara, en este asunto, por la creación de nuevos vínculos comunitarios, libres y no cosificados, que permitieran a la gente recomponer las relaciones sociales que alimentan la identidad. Sin embargo, paradójicamente, la solución publicitada desde el *Imperio* muestra un camino completamente opuesto, un empeño en resolver el problema desde el mismo individualismo que contribuye a crearlo.

Esta contradicción trata de resolverse oponiendo los componentes personales y sociales de la identidad. Oposición que solamente puede entenderse en clave ideológica, ya que desde la más mínima racionalidad científica se demuestra insostenible. La identidad úni-

No es posible separar lo que somos de la cultura que nos conforma, aunque sólo sea porque para intentarlo tenemos que utilizar la herramienta cultural clave: el lenguaje

*A la invasión de
manuales de
autoayuda, en
versión
ejecutivo
triunfador,
sucede ahora la
de esta
espiritualidad
simple e
individualista*

camente puede encontrar expresión en la existencia del otro o de los otros; sin esta contraposición, referirse a la identidad no tiene ningún sentido. Desde la primera infancia la identidad se construye mediante un doble proceso complementario de diferenciación individual y pertenencia social. En este caso son los padres, en el ámbito individual, los que juegan el papel del otro, y en tanto que unidad social, en tanto que familia, crean los vínculos sociales que acabarán conformando la personalidad. Por consiguiente, la identidad siempre tiene un componente social, inseparable del personal.

Otro de los aspectos de esta errónea dicotomía lo constituye la contraposición entre lo que realmente somos y lo que la cultura o la civilización ha producido en nosotros. Y aquí, la falta de racionalidad vuelve a manifestarse. Pues no es posible separar lo que somos de la cultura que nos conforma, aunque tan sólo sea porque para intentarlo tenemos que utilizar la herramienta cultural básica: el lenguaje. Tratar de pensar, o de sentir, como dicen algunos, sin recurrir al lenguaje, se demuestra inútil. La oposición entre “nuestra” cultura y la “autenticidad” de cada uno resume un camino tan irreal como inexistente. Creer que uno es una entidad pura a la que se añaden aditivos contaminantes, que con esfuerzo pueden ser eliminados a voluntad, sólo refleja un arcaico sentido mágico de la espiritualidad o una nueva manera de recuperar los peores componentes del individualismo a ultranza.

De Hollywood a Lanzarote

Debe tener relación el hecho de que EE UU, además de la patria por excelencia del individualismo, también sea el paraíso de las sectas, que se cuentan allí por miles. Por ello, a la invasión de manuales de autoayuda en versión ejecutivo triunfador, sucede ahora la de esta espiritualidad simple e individualista que arrasa en el mercado global de la ansiedad y, salvo pequeñas excepciones, el conjunto de publicaciones que en este terreno nos invaden llevan impreso el *made in Hollywood*. El fenómeno se extiende más de lo que algunos creen: libros que llevan años en el mercado aparecen entre los más vendidos en nuestra Isla: sintomático. La americanización comienza a anegar nuestras conciencias.

Se observa que muchos conejeros encuentran consuelo para la crisis de la identidad leyendo la policiaca espiritualidad de *Las Nueve revelaciones* (enigma sin resolver porque ya ha aparecido la décima); las inauditas ensoñaciones de una norteamericana con los aborígenes australianos en *Las Voces del Desierto*; la simplicidad de los ejercicios espirituales de *El Caballero de la Armadura*

Oxidada; los *best-sellers* de Paulo Coelho, como *El Alquimista*. O bien, descubren que el amor más sublime es aquel que no necesita del otro, sino que anida en ti, a través de los *Aforismos* de Anthony de Melo y de un largo etcétera del cual, quien escribe estas líneas, no tiene noticias ciertas. ¿Quién hubiera podido prever que en un país que ha producido tan altas cotas de literatura mística —cuya cumbre bien podría ser el *Canto Espiritual* de Juan de la Cruz— se iba a acabar consumiendo la espiritualidad en píldoras de literatura mediocre para todos los públicos importadas desde Hollywood?

No obstante, esta versión de la espiritualidad busca legitimidad en las religiones tradicionales, especialmente en las orientales. Tampoco aquí la literatura es la original; asistimos al juego de la impostura en que nos sumerge el marketing de la industria editorial estadounidense. Podría ser que la “realidad virtual” impida ya distinguir entre lo real y lo reflejado en el espejo de la ideología consumista. El precursor de esta espiritualidad oriental a la americana fue Krishnamurti, que supo conciliar las versiones *light* de lo oriental con las necesidades de las masas occidentales. No en vano, fue uno de los precursores de la comunicación de masas, o de la manipulación de las conciencias, en los EE UU, donde enseñaba, allá por los años veinte, los rudimentos de la espiritualidad oriental en estadios deportivos a los que podían asistir treinta y tantos mil enfervorizados seguidores. Al amparo de la espiritualidad arriban, también, otras costumbres “orientales”: la salud, la alimentación, la sexualidad, etc., de nuevo provenientes de USA. Un ejemplo ilustrativo es el éxito de ventas de *El Libro del Tao*, escrito, claro está, por un norteamericano; mientras de *El Tao* original —recientemente reeditado por dos editoriales nacionales— resulta difícil vender algún ejemplar: no es tan simple como su reconversión americana, no proporciona recetas mágicas sino pensamiento; requiere algo más de esfuerzo personal.

La presencia de sectas y grupos mesiánicos menos estrictos en la Isla es muy importante, tanto los formados por gente llegada del exterior como aquellos en los que la participación de los conejeros es determinante. Desde sectas con gurú oriental incluido a gente que se relaciona con formas de vida extraterrestres; desde los cursos de autoestima a exageraciones sin límite de la medicina natural o la dieta. Lanzarote, cuya transición desde una sociedad casi feudal a una de servicios se produjo tan reciente como vertiginosamente, y donde la avalancha turística y de emigración han convertido en minoría a la población local, aparece como un escenario perfecto para la crisis de la identidad. Por ello no puede sorprender

Se acaba consumiendo la espiritualidad en píldoras de literatura mediocre importada desde Hollywood

en exceso esta significativa presencia de las alternativas irracionales en nuestro entorno.

En este campo, el fenómeno insular de mayor éxito lo constituyen las denominadas “Escuelas de Padres”, más una comunidad de feligreses de la nueva espiritualidad individualista que una secta propiamente dicha. En estas “Escuelas” convergen una mezcla diversa de gentes en busca de la identidad perdida, al encuentro de recetas espirituales aderezadas, también en este caso, con la repetición continua de un pequeño ramillete de ideas muy sencillas: desde el conócete a tí mismo hasta la usual sobrevaloración del esfuerzo personal como única vía para la solución de todo tipo de problemas; desde la glorificación de la autoestima a la calificación de los apegos y compromisos personales como un pesado lastre del que conviene desprenderse. En estas ideas, y otras cuantas más, vuelve a magnificarse la solución individualista y a ponerse en cuestión la posibilidad misma de la identidad social, plasmada en la comunidad. ¿Cómo es posible la existencia comunitaria, las relaciones sociales o personales, sin los apegos y compromisos entre las personas, aunque puedan dar lugar, incluso, a la dependencia? Donde más parece añorarse la identidad es donde se ponen las bases para su imposibilidad.

Se unen dos formas de encarar la vida que se cuentan como contradictorias: la nueva espiritualidad irracionalista y la ideología del ejecutivo agresivo

La espiritualidad yuppie

El esfuerzo personal es algo siempre encomiable. El conflicto surge cuando se minimizan hasta tal punto los componentes sociales, las relaciones y la interacción con los demás —la vida comunitaria, en suma— y ese esfuerzo personal se transforma en el único camino real de actuación. Pues bien, esa confianza ciega en que sólo la superación personal permite alcanzar cualesquiera objetivos deseables o virtuosos que merezcan la pena une, curiosamente, dos formas de encarar la vida que se cuentan como contradictorias: la nueva espiritualidad irracionalista y la ideología del ejecutivo agresivo y triunfador.

Ambas ponen el acento en ese esfuerzo personal para conseguir una diferenciación excluyente con respecto a la colectividad; las dos desprecian, por motivos aparentemente distintos, los componentes sociales y sus desigualdades, en la creencia de que todo está en tus manos, todo es alcanzable a partir de tu esfuerzo. Quienes no triunfen en el trabajo o en el perfeccionamiento personal tendrán que achacarlo a su propia incapacidad y no podrán buscar la explicación en el diferente punto de partida que la desigualdad económica, social y cultural pueda establecer. Por ello se compren-

de, en ambos casos, esa renuencia a los apegos, a los compromisos personales: en un caso, porque los lazos que crean esos compromisos entorpecen las elecciones más convenientes en la carrera por el éxito económico; en el segundo, porque los apegos provocan una dependencia del otro que aleja y dificulta el encuentro con uno mismo, la otra versión del éxito.

Lo que se persigue, realmente, es liberarse de la “contaminación” de los condicionantes sociales. El *yuppie* aspira a ser libre de las limitaciones económicas, creyendo que su dinero podrá satisfacer todas las necesidades planteables. Muestra así su desconfianza en la sociedad, en sus congéneres: víctima del miedo que le produce la interdependencia del ser humano con su entorno y la desconfianza en la solidaridad de sus semejantes. La vulnerabilidad de los más espirituales se enmarca en el ámbito de los sentimientos. Aspiran, igualmente, a escapar del sufrimiento que les provoca la interdependencia afectiva —a veces mediante la impostura de su sublimación—, y por eso su búsqueda se dirige hacia la autonomía personal (como el *yuppie* en la construcción de una situación económica de privilegio, con el mismo ahínco y dedicación), rehuendo los apegos afectivos, pues la dependencia emocional les hace sentirse vulnerables. Participan de la desconfianza en el otro y cifran su libertad en la ausencia de compromisos. Su desaparego es la garantía de su libertad, en tanto que mantienen intacta la potencialidad de poder elegir, en cualquier momento, entre un número ilimitado de posibilidades. Pero esta libertad, sin embargo, nunca se puede actualizar, ya que la elección misma supone un compromiso, una limitación de esa libertad, que sólo en potencia puede existir. En la misma medida, el ejecutivo triunfador cifra su libertad en la posibilidad de elegir cómo satisfacer sus necesidades en todo momento, siendo el abanico de éstas inconmensurable.

Además, el afán de superación en términos individuales se convierte en una carrera sin fin. Se engrandecen artificialmente los fines anhelados, de tal manera que sólo son alcanzables por muy poca gente, con lo que prevalecen entornos de relación personal reducidos e incondicionales. Resulta casi imposible interactuar con personas de otro nivel económico, en un caso, o con gente que no ha accedido al “conocimiento” y que, por tanto, no puede comprendernos, en el otro. Los ejecutivos y los místicos tienden, al final, a relacionarse tan sólo con sus iguales; la diferencia de criterios se difumina y los objetivos del grupo se tornan cada vez más “importantes”, provocando a la larga un aumento del ensimismamiento personal o la reclusión en pequeños grupos tribales afines, único

Este refuerzo de la desvinculación social explica que el trabajo o la secta puedan captar la entera voluntad de la persona

lugar donde los individuos se sienten “acompañados” (desaparece el desvalimiento) y logran comunicarse (desaparece la lacerante soledad) en el inacabable proceso de búsqueda y perfección — económica o personal— que se presenta sin culminación posible.

Este refuerzo de la desvinculación social explica que el trabajo o la secta puedan captar la entera voluntad de la persona. La huida generalizada del sufrimiento que pudiera generar la privación, bien de un objeto, bien de una persona, delata una limitada capacidad para resistir la frustración, lo que a su vez aumenta la inseguridad, que obliga a añadir nuevas dosis al esfuerzo: más trabajo, mayor perfección interior; en resumen, cuanto más difícil de alcanzar, más deslumbrante resulta el objetivo y más justificada y necesaria parece la dedicación.

Triste destino de los que tras un esfuerzo por encontrarse a sí mismos se ven inmersos en la "autopista" global del espíritu

Por todo lo dicho, no causa extrañeza que esta nueva espiritualidad, como los *yuppies*, provenga del Imperio. Además, la glorificación de la solución individual a cualquier tipo de problemas coadyuva a la reproducción del sistema dominante, que consigue encastrar el malestar social en el inócuo terreno de lo personal. Desde uno mismo difícilmente se cuestionan los cimientos del poder; para eso siempre ha hecho falta compañía.

Conviene señalar que, aún con su confusión, las propuestas espirituales descritas responden al genuino malestar que el consumismo individualista y la irracionalidad real de lo económico provocan en la sociedad en que vivimos. El abandono de la espiritualidad bien entendida y su transmutación en el materialismo ramplón que inunda el conjunto de las relaciones sociales, provoca la necesidad de encontrar, desgraciadamente a cualquier precio, una explicación al sentido de la identidad perdida, de la propia vida. No obstante, triste destino el de los que, realizando un notable esfuerzo por encontrarse a sí mismos, por hallar un camino individual en el que la identidad personal pueda cargarse de sentido, se ven inmersos, sin embargo, en la “autopista” global del espíritu, en un mercado perfectamente estructurado y dirigido, y a cuyos pingües beneficios contribuyen con su inocente granito de arena.

Como siempre, una nueva identidad

Este tipo de alternativas impregnan también algunas zonas de la actividad política, donde la búsqueda de la identidad se ha convertido en una mercancía electoral. Hasta el punto de rastrearla en lejanos orígenes primigenios no contaminados, tampoco, por la cultura y la civilización de los cinco siglos posteriores. Pero, por mucho que duela, “somos” mucho más por esos cinco siglos que

por las remotas huellas previas. En este terreno, el juego es aún más peligroso e igualmente irracional, ya que la visión primaria de una identidad “auténtica” y cosificada se construye en lo político —contraviniendo las reglas jurídicas de igualdad en que se asienta nuestra convivencia social— y contra los otros, en términos completamente excluyentes. Si una visión tal acabara por imponerse, Canarias, Lanzarote, quedará condenada al empobrecimiento social y cultural de su comunidad.

De lo que debería tratarse, en realidad, es de cómo construir nuevos vínculos comunitarios en un territorio sometido a un tremendo cambio económico y, por tanto, social y cultural. Indagar sobre los componentes de una identidad basada en modos de producción agrícolas y pesqueros supone un trabajo histórico encomiable, un esfuerzo ineludible para comprender nuestro pasado. Pero tratar de reconstruir esa identidad en la sociedad actual se demuestra tan inútil como ingenuo; inútil porque la identidad es una construcción conceptual ligada a formas de vivir determinadas y en estrecha relación con las actividades de producción preeminentes en una sociedad en un momento histórico concreto. Ingenuo porque sólo estamos interesados en recuperar la identidad perdida sin querer esas formas de vida a las que se asocia. A no ser que el objetivo perseguido consista en la manipulación y control político del territorio y su población, en cuyo caso nos situamos ante un cinismo nada ingenuo.

De la misma forma, resulta socialmente contraproducente la obsesión individualista e irracional de la búsqueda de uno mismo como estadio previo necesario para el cambio social. La identidad personal aislada no existe; es en la interrelación social donde se conforma la identidad, donde surgen los conflictos y la riqueza y creatividad que nos ayudan a resolverlos. Frente a la manipuladora tentación individualista, que empobrece nuestra comunidad, tenemos que pensar que solamente la actividad ciudadana y la participación pública en la gestión de las dificultades nos hará encontrar soluciones que respondan a los intereses de la mayor parte de la sociedad.

Dediquémonos al análisis serio del proceso histórico y de la realidad actual, y no a la búsqueda de antiguos mitos; analicemos los cambios ocurridos en nuestra manera de vivir, producir y consumir y encontraremos las claves para la actuación que el futuro demanda. Que Lanzarote se haya convertido, económicamente, en un monocultivo turístico y que, por lo tanto, todos dependamos de esta industria para la supervivencia aparece como uno de los com-

Es en la interrelación social donde se conforma la identidad, donde surgen los conflictos y la creatividad que nos ayuda a resolverlos

ponentes fundamentales de esa nueva realidad. El hecho de que todas las necesidades de la población y el territorio sean puestas al servicio de nuestros visitantes, muestra con mayor claridad la fuente de nuestros conflictos que bucólicas inmersiones arqueológicas.

No obstante, recordemos, aunque existan responsabilidades diversas, cuál ha sido la contribución de esta comunidad al estado de la situación; aunque “los de fuera” no sean inocentes, poco ganaremos tratando de despejar todas las culpas al exterior. Reconozcamos que, a pesar de los inconvenientes y de lo que ha sufrido nuestra identidad, no son pocas las ventajas buscadas y encontradas. No era fácil, desde luego, renunciar a la riqueza: el automóvil, los electrodomésticos, la universidad de nuestros hijos y el agua y la luz, entre otras cosas, conforman hoy una manera de vivir que forma parte de nuestra identidad, tanto como la herencia recibida. ¿Quién sería partidario de la vuelta a la vieja identidad con la pobreza que llevaba aparejada?

El problema se encuentra, como siempre, en la construcción de la nueva identidad y en el tiempo y el ritmo que para ello necesitamos

Lanzarote ha cambiado con excesiva rapidez. Las dificultades para adaptarse a la nueva situación resultan más que comprensibles. Entonces, el problema no es la identidad originaria, sino las dificultades que genera la construcción de una nueva comunidad, de unas nuevas relaciones sociales, los cambios económicos y su endiablado ritmo, la cultura que nos llega y la que tenemos que forjar —mucho más rica, pese a quien pese—. En resumen, el problema se encuentra, como siempre, en la construcción de la nueva identidad y en el tiempo y el ritmo que para ello necesitamos; y en este cometido el auténtico lastre es la irracionalidad y el miedo ante el nuevo reto, y que las opciones planteadas puedan enmarcarse en los estrechos márgenes del folklore identitario o del individualismo consumista.

Por ello, bien podemos terminar diciendo que el problema más urgente de la identidad en Lanzarote puede concretarse en la siguiente frase: “Ni una cama más”. Detener la locura y darnos tiempo para asumir los cambios y alumbrar la comunidad en la que queremos vivir, la que nos proveerá de una nueva identidad, que será, como todas, provisional. Si la identidad pudiera establecerse de forma clara y para siempre indicaría que esta sociedad habría pasado de la realidad al museo etnográfico.



Otra forma de ver la identidad

Elsa de la Hoz González

Me imagino la identidad en forma de círculos concéntricos. Las formas culturales que se derivan del modelo de sociedad capitalista es el gran marco que conforma nuestra identidad, sobre todo, la de la cultura occidental, donde el rasgo más característico es la uniformidad en todos los aspectos. Este marco configuraría el círculo exterior que engloba a los restantes.

Dentro de este marco general, se diluye todo el conjunto de características culturales que nos definen como personas de un determinado continente, país, comunidad autónoma, isla, pueblo... y hasta los propios en cuanto individuos diferentes. Deseo recalcar que se diluyen, pero no por ello dejan de existir los rasgos que diferencian unas comunidades de las restantes. También los canarios poseemos rasgos distintivos en el ámbito de nuestra identidad.

Es la tolerancia lo que permite que los elementos diferenciadores, al nivel que sea (continente, país...), pervivan y formen parte de nuestra realidad de forma natural. El creer que mis rasgos diferenciadores, mis costumbres, mis ideas..., que provienen de mi entorno cultural más inmediato, son más ciertas que las tuyas, son más verdad, es decir, la intolerancia, pone en crisis la identidad, tanto como concepto, algo de lo que realmente tiene sentido hablar, cuanto realidad, algo que vemos, tocamos... algo que existe.

Se establecen entonces relaciones de poder donde siempre alguien gana y otro pierde o cede. En quien pierde o cede se provoca nor-

Es la tolerancia lo que permite que los elementos diferenciadores pervivan y formen parte de nuestra realidad de forma natural

La necesidad de confirmación que tiene cada individuo de reconocerse en lo que él siente que es

malmente una rebeldía, que refleja externamente, y responde a la necesidad de confirmación que tiene cada individuo de reconocerse en lo que él siente que es, al no tener una respuesta a esta necesidad vital. Esta rebeldía, sana en principio, da lugar a actitudes y/o argumentos que conforman determinadas ideologías, que pueden llegar a extremar sus mecanismos de defensa ante la no aceptación, transformándose a veces en posturas agresivas que conducen a la xenofobia.

Creo que ésta es la historia de gran parte de la humanidad, si no de toda, por lo menos de la llamada sociedad occidental, es decir, la historia de la intolerancia, de la actitud colonizadora y no la del intercambio. Mientras no entremos en un proceso de comprensión histórica y personal, no podremos iniciar el camino de la liberación, de transigencia y de respeto y valoración de la diversidad. En la diversidad sabemos que habita la riqueza.

Desde mi punto de vista, pueden resultar artificiales y, por lo tanto, improductivas las acciones, campañas, programas, discursos teóricos... que se realicen con el objetivo de cambiar ideas o actitudes ante determinadas realidades, aún en favor de la conservación de señas que nos identifiquen como miembros de una comunidad y en supuesto beneficio propio. Son discursos que pretenden motivar la necesidad de conservar modos de producción, modos de relación, gastronomía, usos del lenguaje, determinadas artesanías, formas musicales, etc., pero esos discursos son baldíos si, a la vez, no existe un interés personal a tal fin, que surja de la necesidad de cada individuo, en su contacto con la realidad que vive, en un proceso de observación de dicha realidad y de comprensión de la misma. Por supuesto, hay personas que viven los aspectos antes señalados como parte de su identidad, de sí mismos.

Creo que en este proceso está implícita la observación, comprensión y, por lo tanto, el conocimiento del propio individuo, la relación que establece consigo mismo, con los demás, con su entorno. A partir de ahí, puede aparecer la necesidad de ser fiel a lo que descubre y siente que lo caracteriza, de establecer una relación con los nuevos valores que ha incorporado y de respeto a los que le son ajenos. Sin haber tomado consciencia totalmente de este propósito, me acerqué hace años a un fenómeno sociológico denominado popularmente “Boni”, que se ha desarrollado a través de lo que inicialmente se denominó “Escuela de padres” y que hoy se llama “Escuela para aprender a vivir”.

Es difícil ofrecer una explicación de este hecho sin utilizar el len-

guaje que ya nos es familiar a las personas que formamos parte de este proyecto y con facilidad, entiendo, llama al prejuicio. Para mí ha significado la posibilidad de reconocermme en otros, en las mismas preguntas que seguramente años antes ya comenzaba a plantearme. Las preguntas que, tarde o temprano, todos nos hemos hecho ante la vida: las relaciones con los demás y la muerte que vivimos en diferentes momentos del transcurrir de la vida, como la pérdida de un ser querido, o diversos cambios en nuestra forma de pensar, ideas que se nos rompen queramos o no (que es otra forma de ponerse en contacto con la muerte) y hasta el temor a la muerte física.

Ante esas preguntas, podemos hacer dos cosas. Una sería ir a las respuestas que ya nuestra cultura nos ofrece, respuestas que la mayoría de las veces son muy racionalistas pero que, sobre todo, son las respuestas de otros. Otra opción es buscar las propias respuestas, lo que puede hacerse contrastando las ya aprendidas con lo que uno, desde su interior, realmente siente. Una manera de abordarlo es lo que aporta Bonifacio Cabrera. Es un método basado, fundamentalmente, en los principios de la psicología humanista, centrada en la persona tal como ella se siente, se experimenta, se vive. Para ello utiliza una técnica denominada “escucha activa”, que se basa en la no intervención y en facilitar, a través de reflejos, que la otra persona descubra por sí mismo lo que le ocurre, confíe en sus capacidades y se recupere a sí misma. La técnica es aparentemente sencilla, pero difícil de llevar a cabo porque hay que estar muy convencido. Supone, más que nada, adoptar una actitud de total respeto y consideración hacia el otro. Difícil, sobre todo, porque en nuestros hábitos de relación tenemos más incorporadas culturalmente las actitudes de otras psicologías donde se buscan prototipos y se trata de encajar a las personas en ellos. Por eso, somos tan dados al consejo fácil sobre ideas aprendidas, a la reprobación, a creernos que sabemos más de la otra persona que ella misma... porque la interpretamos más que la escuchamos.

Existe una gran desconfianza ante el otro y ante uno mismo y esto es lo que, de una manera u otra, directa o sutilmente, nos transmitimos en nuestro relacionarnos, pretendiendo modificar la conducta de la otra persona para que se adapte a la que nosotros creemos mejor desde nuestra visión y “conocimiento”, eso sí, con sincero ánimo de ayudarla.

El método de Boni es muy particular. Se sustenta en la escucha activa y en su peculiar forma de comunicar su propia experiencia,

Las respuestas que nuestra cultura nos ofrece son la mayoría de las veces muy racionalistas pero, sobre todo, son las respuestas de otros

El método de Boni es muy particular. Se sustenta en la escucha activa y en su peculiar forma de comunicar con su propia experiencia

la del conocimiento de sí mismo, la experiencia adquirida tras escuchar decenas de miles de horas a otros seres humanos y la de sus investigaciones científicas en el contexto de la realidad canaria.

Enlazando con la identidad, me parece que es habitual situarnos en la actitud colonizadora que en todos está en mayor o menor medida. Se da cuando creemos que nuestras acciones, nuestra forma de búsqueda... es más importante que la de otros, tratando en ocasiones de imponer nuestros puntos de vista. Creemos que la actitud colonizadora está en los demás y sólo tiene que ver con la ocupación de territorios y sobre modos de producción precapitalistas, pero no vemos esa actitud en nosotros mismos, lo que se manifiesta en forma de intolerancia y en la incapacidad para reconocer y aceptar la diversidad.

Considero que estamos aún lejos de conseguir ese respeto a la libertad del individuo, incluso lejos de llegar a ser libres. Estamos lejos aún del “hombre nuevo” del socialismo revolucionario. Ellos lo intuyeron, lo racionalizaron y trataron de transmitírnoslo a través del pensamiento intelectual. Faltó hacerlo real mediante el conocimiento de los hombres y mujeres que realmente eran, quizá para algún día llegar a serlo. Posiblemente no lo viviremos pero siento que estamos mucho más cerca aunque parezca lo contrario.



Mi identidad

Mario Alberto Perdomo

Jamás me había detenido seriamente a reflexionar sobre la identidad. Cuando lo he hecho he descubierto varias cosas. Primero: nunca hasta ahora me había parado a pensar sobre el asunto con un mínimo rigor. Segundo: mi posición sobre el tema ha estado cogida con alfileres. Tercero: mi noción acerca de la identidad ha estado basada en tres o cuatro tópicos, en un puñado de ideas mal asimiladas que me he creído a pies juntillas. Cuarto: al menos yo, soy incapaz de desentrañar qué es la identidad colectiva, ya sea la conejera, la canaria, la europea... Quinto: me da igual 'la' identidad o 'mi' identidad. Sexto: en relación con la identidad, a lo más lejos que puedo llegar es a entender qué rayos es 'mi' identidad. Séptimo: no me creo nada que acontezca fuera, en los alrededores, que no tenga que ver con lo que me sucede dentro, es decir, 'paso' de ver el mundo de una manera y verme yo de otra; me prefiero más ¿unificado?

Hechas estas aclaraciones previas debo apuntar que toda aproximación que he podido realizar acerca de 'la' identidad, mejor dicho 'mi' identidad, ha estado estrechamente unida a la reflexión en torno a quién soy. No 'qué' soy, ni 'cómo' soy... sino quién soy. Este itinerario conscientemente emprendido me ha llevado a replantearme casi todo en torno al sentido de la vida.

Lo primero que he descubierto es que no puedo partir de la aceptación del sistema de ideas dominante y ampliamente extendido en la

*'Mi' identidad
ha estado
estrchamente
unida a la refle-
xión en torno a
quién soy.
No 'que' soy, ni
'como' soy...
sino quién soy*

cultura contemporánea. Cuando lo hago, me doy cuenta de que lo único que consigo es incrementar mi confusión y mi división interna. Es decir, no me aclaro y, además, no me reconozco en las conclusiones finales que pudiera alcanzar. Así que procedo de otra manera. Digamos que no me creo, en general, lo que la cultura, la civilización, dice que soy y me encamino por otra senda, que no es otra que tratar de averiguarme desde mi propia experiencia, partiendo de que no sé nada. Trato de colgar todas mis ideas acerca del mundo y la vida en el perchero más cercano y observo mi propio ritmo vital. Cuando lo he hecho me he acercado a mi propia realidad, que no es poco, por cierto.

Esto de la identidad planteada desde el mundo de las ideologías es una reflexión que no conduce a ningún sitio; es un debate estéril y falso. Planteada desde mi experiencia, en cambio, me permite resituarme ante mí mismo y ante los demás en un entorno determinado, aquí, en esta Isla, de lo que resulta una triple dimensión de lo más sugerente: yo, el otro y el entorno. Partir de uno para conectar con los demás y con el espacio físico sobre el que la vida acontece.

Existe la creencia de que se es, individual o colectivamente, fruto sólo de un cúmulo de factores externos. En nuestro caso, el haber nacido en Lanzarote, en una época determinada, en un ambiente familiar dado, en un modo de producción con tales manifestaciones sociales y culturales... y, a partir de ahí, cabe la posibilidad de irse construyendo echando mano de herramientas como el humanismo que equilibren los efectos nocivos de la cultura de masas. Uno sería algo así como la resultante de los grandes valores de la humanidad —el equilibrio con la naturaleza, la justicia, la solidaridad, la equidad...—, de lo que la tele-basura hace con cada uno de nosotros, de la forma como la cultura local ha encarado la vida, de lo que creemos que hemos aprendido a través de la educación... y, añadido, del proceso propio de búsqueda interior.

*En uno mismo
no hay una
identidad, sino
múltiples y
cambiantes
identidades que
se encuentran
en movimiento
permanente*

Desde esa perspectiva más integral, rápidamente se llega a la conclusión de que en uno mismo no hay una identidad, sino múltiples y cambiantes identidades que, además, se encuentran en movimiento permanente. Y lo mismo acontece en el plano de la identidad colectiva: no hay una identidad conejera, sino identidades conejeras. En mí hay algo de lo que era Lanzarote hace treinta años y que viví, poco, tanto en el plano económico, cuanto en el lúdico y sentimental, las manifestaciones festivas, las representaciones culturales, la niñez en la bajamar, lo simbólico, la percepción del paisaje... y, cómo no, los cambios radicales habidos en la economía

isleña en las tres últimas décadas. También el hecho insular, este hecho insular, ha sido interiorizado a través del mar como frontera, el habla, la falta de agua, el valor de todo lo escaso o la manera de encarar la producción de la tierra. Sin olvidar que la dictadura y sus valores nocivos influyeron, pues Franco vivía cuando toqué la adolescencia, con toda la carga represiva que ello comporta. Luego salí fuera y aprendí cosas, leí, estudié, fui al cine, conocí personas, hablé, conecté con la ecología y todo eso. Vale, pero ¿quién soy?

Todo lo antedicho, y más, ayuda a conformar una respuesta en torno a quién soy. Ayuda, pero no la ofrece del todo. Eso es qué o cómo soy. La respuesta al quién la atisbo mejor en el añadido antes citado acerca del proceso de búsqueda interior, en el ámbito de la naturaleza íntima, en los adentros inexplorados, en indagar más allá de la creencia de que somos un conjunto de ideas en torno a nosotros mismos y a nuestro mundo interno. Porque, con independencia de todo lo señalado, al menos a mí me pasan cosas por dentro, cosas que nadie jamás me ha enseñado qué hacer con ellas, cosas como el miedo en sus diferentes variantes, las inseguridades, los celos, el amor y el desamor, la envidia, el dolor, el apego y el desapego, los afectos y los desafectos, la posesión, convertir mi vida en un proyecto de futuro, los prejuicios, la incapacidad para ver al otro —no digo mirarlo—... Un montón de cosas que me han acompañado siempre, que me han causado enorme confusión y con las cuales nunca he sabido qué hacer ni cómo manejarlas con ellas.

Lo que siempre he hecho con esas cosas es considerarlas desviaciones de mi única y cierta realidad que, es creencia generalizada, habita en el mundo de la razón, del intelecto. Todo lo que no se rigiera por el pensamiento lógico deductivo era una desviación. Así que traté de echarle más pensamiento al asunto. Pero no funcionaba. Seguía roto por dentro, seguía sin entender. Una vez decidí invertir los términos: ¿Y si me detengo en eso que me pasa por dentro, en lo que se tacha de irracional? Vislumbré entonces un atisbo de luz. Ya se lo decía Pepito Grillo a Pinocho cuando el muñeco de madera cobra vida: “La consciencia es esa vocecita interior que todos llevamos dentro y a la que no le hacemos caso”, o algo así, o el inicio de un tránsito que nos acerca al sentido de la vida y ayuda a despejar el interrogante acerca de quién soy.

También soy eso que anida en los adentros, que no ‘se enseña’ en el seno de la familia, ni ‘lo enseñan’ las religiones, ni el sistema educativo, ni las democracias, ni el capitalismo, ni las dictaduras, ni lo enseñaron lo griegos, ni los romanos, ni los soviéticos, ni los

No hay otro proceso tan transformador que, partiendo de la propia realidad, pueda transformar la esfera colectiva

*A los demás te
los encuentras,
por primera vez,
en el camino
cuando uno
está consigo
mismo*

chinos... y que, cuando lo han intentado o lo intentan, lo hacen fatal. Eso que he negado, he ocultado o he pospuesto. Aceptando esos hechos mi mirada varió radicalmente. Aflojé la actividad mental a través de la cual se manifiestan los conflictos. Ya no soy una imagen rígida de mí mismo, sino un ser complejo e inmerso en un proceso de transformación permanente; soy de múltiples maneras según cada instante que vivo. El pasado es sólo pasado, ayuda a entender, y el futuro simplemente no existe. Nos pasamos la vida, cada momento del presente, tratando en el mejor de los casos de entender el pasado e imaginando el mañana proyectando deseos, y dejamos de lado lo único que nos pertenece, el único instante en el que de verdad 'somos': el presente. Mira que he pensado, leído y debatido sobre estos temas, pero nada. Creo que no hay otro proceso tan transformador que, partiendo de la propia realidad, pueda transformar la esfera colectiva y en el que la vigencia de lo transformado pierda tanta fuerza y presencia como el que, tradicionalmente, se otorga a la identidad, entendida equivocadamente como algo estático, como una foto fija de un instante, en general, del pasado. Parece más fructífero no dar nada por sabido y tratar de comprender. Sí, pero qué, dónde, cómo, con quién... Eso es asunto de cada cual.

¿Y con los demás qué? A los demás te los encuentras, por vez primera, en el camino cuando uno está consigo mismo. Da igual su raza, su lugar de origen, su cultura... Da igual. Entonces la identidad, tal y como se suele entender, da igual, cuando uno se reconoce en el otro, en la comunicación interna y en la relación, tal que dos gotas de agua: ¿A qué detenerse, entonces, a debatir algo completamente superfluo? Es válido y rico en cuanto permite desmontar falsos axiomas, pero, para mí, identidad, como vida, no es otra cosa que escuchar atentamente el latido interno propio y del otro. Es decir, acompañar(se) en el sentimiento. En serio.



**Los "sin coche".
Repercusiones ambientales
y sociales del automóvil**

Alfonso Sanz

En un siglo de existencia el automóvil se ha enquistado en la vida de todos los humanos, tanto en la de aquellos que lo utilizan en los países industrializados, como en la de aquellos que lo desean en los países más pobres. Al convertirse en una necesidad y en una aspiración insaciables, el automóvil no sólo se muestra como un artefacto devorador de recursos limitados y productor de residuos nocivos, sino como un verdadero cáncer, que hace presa en el tejido social, en el modo de vida de todo el planeta.

La vinculación entre conflictos ambientales y conflictos sociales

No hay conflicto ambiental que no lleve aparejado un problema social; no hay consumo de recursos o bienes naturales que no esté asociado a formas sociales y culturales particulares. Por ello, cuando se establece un análisis meramente ecológico de la realidad, teniendo en cuenta sólo las variables ambientales o físicas de la misma, es cierto que se desvelan multitud de facetas hoy ocultas por la aplastante presencia de las visiones económicas y políticas al uso, pero también lo es que otras muchas siguen siendo invisibles a ojos de este instrumental. La pretensión de extender el análisis ecológico como visión integral de las relaciones Humanidad-Naturaleza conduce muchas veces al callejón sin salida de las soluciones parciales, inviables, autoritarias o contraproducentes.

El automóvil no sólo se muestra como un artefacto devorador de recursos limitados y productor de residuos, sino como un verdadero cáncer

Artículo publicado en el número 102 de la revista *Documentación Social*, Madrid, 1996.

Precisamente, uno de los lugares comunes del enfoque ecológico de los problemas planetarios ha sido la crítica al pretendido carácter totalizante de la visión económica convencional. Según dicho enfoque, la economía clásica deviene en un instrumento cada vez más corto para la comprensión de los fenómenos que afectan a los recursos escasos del planeta. De la misma manera, la tentación de hacer también un análisis omnicomprendivo de los conflictos ambientales y sociales a partir de lo ecológico tiene el peligro de deslizarse hacia una visión sesgada y parcelaria de la realidad.

Esta preocupación por la capacidad mixtificadora de lo ecológico está reforzada por la experiencia cotidiana del tratamiento que ofrecen los medios de comunicación en relación a multitud de conflictos que, presentados como eminentemente ambientales, encubren poderosas causas e interrelaciones sociales.

*El automóvil
tiene gran
responsabilidad
en buen número
de los conflictos
ambientales,
tanto a escala
global como en
los ámbitos
locales*

El ejemplo del automóvil sirve para ilustrar precisamente que el conflicto ambiental que este medio de locomoción arrastra está estrechamente vinculado a problemas sociales de enorme envergadura y que, por consiguiente, no existen alternativas rigurosas ajenas a los aspectos sociales de su utilización. Y que, sin embargo, las instituciones, las organizaciones sociales y la opinión pública en general promueven o están reclamando casi exclusivamente soluciones a las consecuencias ambientales más llamativas, mientras que los aspectos socioculturales del automóvil son soslayados.

Es indudable que el automóvil tiene una gran responsabilidad en la gravedad de buen número de los conflictos ambientales, tanto en la escala global (cambio climático, consumo de recursos no renovables) como en los ámbitos locales (contaminación atmosférica, ruido, ocupación de suelo fértil, parcelación del territorio), pero también ha de considerarse como elemento clave de múltiples distorsiones sociales y culturales: el peligro y el riesgo de las calles y vías, la ruptura de la multifuncionalidad del espacio público, la reducción de la comunicación social o la pérdida de autonomía de los grupos de población más vulnerables.

***El automóvil como factor de dualización social:
de los “sin techo” a los “sin coche”***

Para comprender la profundidad de todas esas vinculaciones ocultas entre el automóvil y el malestar social hay que empezar por deshacer un lugar común del discurso que predomina en la opinión pública e incluso entre los técnicos en la materia: se suele afirmar que “el automóvil es un medio de transporte universal”, o, dicho en lenguaje coloquial, “hoy todo el mundo tiene automóvil”.

Se trata de un discurso repetido durante las últimas décadas, casi desde que se empezaron a vender miles y miles de “seiscientos” a mitad de los años sesenta, cuando el automóvil alcanzaba a una pequeña parte de la población. Es obvio que el comentario hace referencia exclusivamente a la sociedad española y no resiste ninguna intención de generalización a escala planetaria: los 450 millones de automóviles que se pueden estimar como parque mundial en 1996 tendrían que ser multiplicados por cuatro para que todo el planeta dispusiera de la misma proporción de coches que los españoles, o por siete si la motorización deseable fuera la de los estadounidenses.

A nadie se le escapa que esas cifras de automóviles, en el caso hipotético de poder fabricarse, acabarían velozmente con los recursos energéticos disponibles y pondrían en cuestión los mecanismos del clima, la biodiversidad, la disponibilidad de suelo fértil y sin contaminar, etc.

Pero, incluso cerrando los ojos a los problemas planetarios, la pretensión de universalidad está muy lejos de ser cierta en sociedades industrializadas como la nuestra. El automóvil no es un medio de transporte accesible a la mayoría de la población, como después se mostrará. Antes conviene recalcar que el propio malentendido sobre la universalidad del automóvil es fuente de dualización social, es decir, de quiebra entre dos grandes sectores de la sociedad, ya que induce a tratar los problemas de accesibilidad y movilidad como problemas ligados al automóvil y no al conjunto de modos de transporte; esto es, como problemas propios de los que disponen y utilizan el automóvil y no del conjunto de la población.

Si “todo el mundo va en coche” es más fácil hacer creer que las necesidades de desplazamiento sólo pueden satisfacerse allanando el camino del vehículo privado y permitiéndole que campe por sus respetos. Si “todo el mundo va en automóvil” es también más lógico que los que no lo hagan se sientan disminuidos, acobardados y pertenecientes a un colectivo en extinción que no merece mayores desvelos de las autoridades.

La propia conformación del poder y de la opinión es proclive a alimentar ese lugar común. El grueso de la congestión del tráfico en las ciudades españolas —conflicto número uno en la percepción de los conductores de automóviles— está causado por la coincidencia en el tiempo y en el espacio de los desplazamientos domicilio-emprego, realizados mayoritariamente por personas de un perfil social típico —varones de mediana edad— que coincide con el de

Los 450 millones de automóviles tendrían que multiplicarse por cuatro para que todo el planeta dispusiera de la proporción de coches que los españoles

los que conforman la opinión pública a través de su presencia y dominio de los medios de comunicación.

Atrapadas en el atasco, es fácil que estas personas tengan sesgada su capacidad de percibir la globalidad del conflicto de la movilidad y la accesibilidad. Es dudoso que puedan separarse de las molestias que sufren y ponerse en el lugar de la mayoría silenciosa de la población que vive el conflicto en sus inconvenientes externos: en la contaminación, el ruido, la peligrosidad, la expulsión del espacio público, etc.

Hace falta entonces revisar la consistencia de ese mensaje acerca de la universalidad del auto, mostrando la identidad de las verdaderas mayorías. Efectivamente, a pesar del fortísimo salto en la motorización experimentado en los últimos años, se puede estimar que una tercera parte de los hogares españoles no disponen de automóvil propio. Además, la autonomía frente a los automóviles existentes es minoritaria en el conjunto de la población. De los 39 millones de españoles únicamente cuentan con carné de conducir turismo unos 16 millones.

Después de treinta o cuarenta años de abrir paso al automóvil en contra de los intereses de la mayoría social, a través de todo tipo de mecanismos económicos, legales, urbanísticos y literalmente físicos, se puede estimar que el automóvil no está hoy al alcance de dos de cada tres españoles, ya sea por no contar con carné de conducir, ya sea por no disponer del vehículo.

De los 39 millones de españoles únicamente cuentan con carné de conducir unos 16 millones

Se podría argumentar que a la vuelta del fin de siglo las cifras van a invertirse y el automóvil, si no universal, ya que en cualquier caso siempre va a existir una bolsa de población de alrededor de 20-25 por ciento del total que por edad o condición física no tendrá capacidad para utilizarlo autónomamente, al menos estará al alcance de la mayoría de los españoles y que, por consiguiente, cabe seguir acumulando esfuerzos y privilegios, sacrificando las mayorías actuales en aras de los intereses de la mayoría social del futuro.

Esta manera de entender la evolución social no sólo es cuestionable desde el punto de vista ético, sino que se basa en el supuesto de que los individuos eligen libremente el medio de transporte que utilizan en cada caso. Sin embargo, la compra y uso del automóvil es cada vez más una exigencia, ya no sólo del entorno social-cultural, sino del entorno económico-institucional y del propio entorno físico (urbanístico-territorial). El automóvil se ha convertido en una necesidad impuesta para la satisfacción de otras necesidades,

cada vez más personas están obligadas a comprar y utilizar el vehículo privado para poder realizar sus actividades cotidianas.

En definitiva, la sociedad se va haciendo más y más dependiente del automóvil, va restringiendo la gama de alternativas o posibilidades para acceder autónomamente a los bienes, personas y servicios que cada individuo busca satisfacer. Y en este proceso, sin la gravedad que supone el conflicto de los "sin techo" para la equidad, pero con preocupantes consecuencias, emerge una nueva categoría social: los "sin coche".

Los círculos viciosos de la dependencia social respecto al automóvil

En ese camino de la dependencia, las decisiones colectivas e individuales están estrechamente interrelacionadas y contribuyen a realimentar la necesidad del automóvil. En el campo del transporte, al igual que ocurre en otras disciplinas, se observa una serie de fenómenos de realimentación que descriptivamente pueden ser explicados como círculos viciosos o pescadillas que se muerden la cola. Cada acción genera las condiciones de su propia reproducción.

Cuando una persona modifica su comportamiento en relación a los desplazamientos se inicia un proceso de realimentación de manera que más personas tienden a imitar esa actitud. Por ejemplo, si una persona deja de desplazarse a su trabajo andando o en transporte colectivo y utiliza un automóvil, se desencadena una serie de cambios favorables a que más personas utilicen también automóviles en lugar de los medios de transporte alternativos.

Así, en el caso de un antiguo usuario del autobús, la compañía tendrá una reducción de ingresos y, por tanto, tenderá a ofrecer más caros y peores servicios y a perder clientela. Además, el nuevo automóvil en el viario contribuirá a congestionar la marcha de los autobuses, deteriorando la calidad del servicio y favoreciendo que más y más usuarios aborrezcan del transporte colectivo. En el caso de un peatón, el cambio al automóvil se traduce en más ruido, más contaminación y más peligrosidad para los peatones que permanecen, lo que les empuja también a pasarse al automóvil.

A través de ese mecanismo, el espacio público, tradicional lugar de encuentro y socialización, es expropiado para la circulación. Lo que antes acogía múltiples funciones se dedica ahora al mero paso de vehículos. El paseo, el juego, el encuentro, la conversación se van debilitando en esos círculos de incremento del tráfico automovilístico. El espacio doméstico se convierte en isla de confort en medio de calles hostiles en las que hay que pasar el menor tiempo.

El automóvil es cada vez más una exigencia del entorno económico e institucional y del propio entorno físico (urbanístico-territorial)

La dependencia respecto al automóvil se refuerza también a través de otros procesos de realimentación en el campo urbanístico. Huyendo de los efectos del automóvil, más y más personas buscan su residencia lejos de los centros urbanos a costa de contribuir a su degradación al dirigirse a ellos en el único medio de transporte viable en las nuevas áreas residenciales. La ciudad se expande así hasta el infinito, dispersando las actividades, las viviendas, los parques o los comercios.

El espacio público, tradicional lugar de encuentro y socialización, es expropiado para la circulación

Las nuevas infraestructuras que incrementan la velocidad de acceso estimulan el alejamiento de los usos en una especie de homeostasis del tiempo dedicado al transporte. Una nueva autovía de acceso a una ciudad disminuye inicialmente el tiempo que se tarda en realizar los desplazamientos, pero suscita también el cambio de localizaciones, de manera que más actividades o residencias son instaladas a mayor distancia, con el consiguiente incremento de los tiempos de desplazamiento.

Esta explosión de la ciudad supone evidentemente el empleo de mayores cantidades de recursos y la generación de mayores volúmenes de residuos e impactos ambientales diversos, pero además no es neutral en el plano de lo social. De nuevo, los “sin coche” reciben el agravio. Como ya es norma en numerosas regiones de países hipermotorizados como Estados Unidos, la disponibilidad del uso del vehículo privado empieza a ser un requisito para el empleo: quien no tiene automóvil encuentra dificultades para acceder a un creciente número de puestos de trabajo.

De la misma manera, el tráfico es pieza obligada y realimentadora de un modelo de comunicación y consumo en abierta expansión en todos los ámbitos: en la cultura gastronómica, en el ocio, en la relación con la Naturaleza y con los demás, en la sociabilidad y en el acceso a la información.

Como pieza de un rompecabezas, el automóvil es imprescindible en la nueva cadena de la alimentación familiar, que vincula la compra en grandes superficies con la disponibilidad de vehículo; en las nuevas formas de ocio, que exigen la agitación y/o el desplazamiento lejano; o en la preponderancia de las redes de contacto lejanas sobre las redes de contacto cercanas, cara a cara, rotas en parte por la expropiación automovilística del espacio público.

También en círculos viciosos, las grandes superficies comerciales ligadas a autovías ponen en cuestión el comercio local; las nuevas formas de ocio ocultan el disfrute de las oportunidades cercanas, y las redes lejanas de información se comen el tiempo requerido para

las próximas, de manera que la rueda gira y gira cada vez más en torno al auto.

Efectos para todos y efectos para algunos. Los grupos sociales más vulnerables a la expansión del automóvil

Ese conjunto de círculos viciosos tiene repercusiones diferentes en cada grupo social. La dependencia la sufren todos, pero se hace particularmente dramática para aquellos a los que se les niega cualquier medio de desplazamiento autónomo: los niños, los ancianos o los discapacitados.

Diversos estudios han puesto de relieve, por ejemplo, la pérdida de independencia que están sufriendo los niños conforme avanza el dominio del automóvil y de la movilidad motorizada sobre las calles. En los últimos veinte años se han invertido las cifras de los desplazamientos escolares en las ciudades; si en los años sesenta la mayoría de los niños accedían a los colegios solos o acompañados por otros niños, en la actualidad son mayoría los que van acompañados por adultos y acceden en medios motorizados.

El peligro y las incomodidades del tráfico, junto al incremento de las distancias, retraen la permisividad de los padres, creando dobles ataduras. De los niños hacia los progenitores y de éstos, especialmente las madres, hacia los hijos, de quienes se convierten en escoltas o chóferes.

Las repercusiones de estas pérdidas de autonomía son de enorme gravedad en la formación social de la infancia. Desvanecido el espacio callejero, la socialización de los niños se da en ámbitos cerrados, ajenos a la interacción espontánea, al encuentro no programado, al aprendizaje de la excepción y del "otro", a la libertad.

Cuando se analiza el malestar y la violencia urbana suelen olvidarse las simientes esparcidas al construir un modelo de ciudad sin verdadero espacio público, en el que los niños están fácilmente abocados al hiperconsumo de televisión, con evidentes consecuencias para su evolución física —patologías infantiles ligadas al sedentarismo— y psicosocial. Como explican algunos autores, los comportamientos asociales no son tanto el producto de los contenidos de la televisión, sino la propia presencia excesiva ante el televisor, que retrae los contactos cercanos reales en beneficio de los contactos lejanos virtuales.

En el caso de ancianos y discapacitados, con una bajísima proporción de acceso al automóvil, la dependencia de ciudades y pueblos respecto al vehículo privado también les resulta discriminatoria.

El espacio doméstico se convierte en isla de confort en medio de calles hostiles en las que hay que pasar el menor tiempo posible

Por un lado les reduce el atractivo de los desplazamientos autónomos, las calles invadidas por el automóvil son poco proclives al paso pausado de estas personas, más aún si la gestión del viario permite la invasión de aceras y cruces por parte de vehículos aparcados. Y, por otro, les niega el derecho al acceso a ciertos bienes o servicios que han sido dispersados y puestos al alcance exclusivo de quienes disponen de automóvil.

Aislamiento y soledad van parejos al proceso de expropiación del espacio público por parte del automóvil y parejos a la explosión de la ciudad. Los ancianos o los discapacitados pierden independencia al requerir cada vez con mayor frecuencia el concurso de personas que les acompañan o sirven de chóferes. Las repercusiones para su propia salud o para su autoestima no pueden pasar inadvertidas, como tampoco lo puede ser el hecho de que sus capacidades intelectuales y físicas se guardan en soledad en lugar de servir a la colectividad.

No se trata de que cada anciano o discapacitado pueda alcanzar el último rincón del globo, sino de que puedan desenvolverse con máxima autonomía en beneficio propio y de los que les rodean o se encuentran con ellos.

La pérdida de independencia que están sufriendo los niños conforme avanza el dominio del automóvil y de la movilidad motorizada sobre las calles

Destacados los grupos sociales más vulnerables a la dependencia automovilística, no debe cerrarse este apartado sin hacer referencia a otro grupo social que teóricamente podría utilizar el automóvil extensamente: las mujeres adultas. Según los datos de la Dirección General de Tráfico, más del 60 por ciento de las españolas mayores de 18 años no tienen carné de conducir, y si se cruza ese dato con el de la disponibilidad del vehículo se puede estimar que cerca de cuatro quintas partes de las mujeres adultas no tienen acceso independiente al vehículo privado.

Se puede aquí de nuevo argumentar que las tendencias apuntan a una disminución de ese diferencial con respecto a los varones y que, en un par de décadas, las proporciones de carné y disponibilidad de vehículo se habrán prácticamente equiparado para ambos géneros.

Admitiendo que esos hechos se produzcan al calor de la creciente dependencia generalizada de la sociedad hacia el automóvil, y soslayando las repercusiones ambientales y sociales globales que esa generalización significa, lo cierto es que las mujeres sufren un especial calvario en la cristalización de este modelo. El sacrificio hacia la motorización general es más intenso entre ellas.

Dado que no se ha producido un auténtico reparto ni del trabajo

doméstico ni del empleo asalariado, las mujeres hacen un uso peatonal más extenso del espacio público y tienen un fuerte peso en el transporte colectivo, estando por tanto especialmente afectadas por el predominio automovilístico. Por las mismas circunstancias, la disponibilidad del carné de conducir y del automóvil les dirigen a incrementar sus tareas como transportistas de larga distancia de los niños, enfermos, ancianos o discapacitados que estén a su cargo.

Es evidente que todas esas cadenas de dependencias y restricciones que sufren los distintos grupos sociales en relación al automóvil tienen hondas repercusiones en los servicios tradicionalmente vinculados al Estado del Bienestar: la sanidad, la educación, la asistencia en la vejez, etc.

En la medida en que el automóvil afecta a la salud de la población ya no sólo directamente a través de la accidentalidad, del ruido y de la contaminación atmosférica, sino indirectamente a través de sus consecuencias para el sedentarismo, la formación asocial y el aislamiento de la vida colectiva, el automóvil representa una pesada y creciente carga sobre los presupuestos cada vez más rígidos del Estado del Bienestar.

De esa manera, el automóvil, que tradicionalmente ha sido tomado como un indicador de bienestar y que cada vez se interpreta más como indicador de impacto ambiental, empieza también a recibir esta otra lectura de indicador de dependencia y dualización social. La reflexión sobre los "sin coche" forma entonces parte de un necesario repaso a los objetivos de esta sociedad autoinmolada en el altar de un artefacto.

Aislamiento y soledad van parejos al proceso de expropiación del espacio público por parte del automóvil

CITA

La presente revolución técnica conduce a unas economías de trabajo cuya amplitud a menudo es subestimada. En la industria, la productividad aumenta, desde 1978, de un 5 a un 6 por cien al año; en el conjunto de la economía, lo hace de un 3 a un 4 por cien. La producción de bienes y servicios mercantiles crece en un escaso 2 por cien al año. Con otras palabras, sin dejar de crecer ligeramente, la economía disminuye todos los años alrededor de un 2 por cien la cantidad de trabajo que necesita.

Esta economía neta de trabajo promete acelerarse gracias, especialmente, a los previsibles perfeccionamientos en materia de robótica y 'burótica'. Pero incluso sin aceleración, las necesidades de trabajo en la economía habrán disminuido de aquí a diez años al menos en un 22 por cien; de aquí a quince años habrán disminuido alrededor de una tercera parte.

Las perspectivas son, pues, las siguientes: o bien las normas actuales de trabajo a tiempo completo se mantienen y a los parados actuales se añade un 35 por cien más; o bien el tiempo de trabajo con fin económico se reduce en proporción a las economías de trabajo previsibles y trabajaremos de un 30 a un 40 por cien menos de horas -o incluso la mitad menos si todo el mundo debe poder encontrar un trabajo remunerado-. Evidentemente, es posible considerar algunas soluciones intermedias; pero la solución óptima es, desde luego, la que permite a cada uno y a cada una trabajar pero trabajar menos, trabajar mejor y recibir en forma de rentas reales crecientes su parte de la riqueza en aumento producida socialmente. Esto supone que el tiempo de trabajo, que actualmente es de alrededor de 1.600 horas al año, sea rebajado en quince o veinte años, escalonadamente y de forma programada, a más o menos 1.000 horas al año, sin disminución del nivel de vida. Esto requiere un conjunto de políticas específicas y en particular una política social que haga depender el poder adquisitivo no de la cantidad de trabajo realizado sino de la cantidad de riquezas socialmente producidas.

André Gorz

Periodismo de investigación

Ricardo Santana Santana

En la presentación del nº 2 de esta revista, allá por el mes de junio del pasado año, se produjo una cierta controversia con una periodista de la Isla. El motivo del rifirrafe lo constituía la aparición, en un editorial de esta publicación, del siguiente comentario: "...el empobrecedor espectáculo que nos brinda cotidianamente la actividad, tanto de la clase política, como de los medios de comunicación". El enfado de la periodista, resulta obvio, no lo producía la mención a la clase política.

Defendía, quien se había sentido aludida, la independencia y profesionalidad de la mayoría de los periodistas, el notable esfuerzo de los profesionales isleños por investigar en busca de la información y, por tanto, de la verdad. No se puede desacreditar, mantenía, a todo un conjunto de profesionales, que, además, cumplen una tarea fundamental en la sociedad: debía referirse al famoso control que el "cuarto poder" ejerce sobre la actividad política en las democracias.

Efectivamente, no se trata de desacreditar al conjunto de ninguna profesión, sino de analizar la realidad en la que dicha profesión se desenvuelve. Y la realidad global de los medios de comunicación, y de los lanzaroteños en particular, no se ve reflejada por idílicas definiciones teóricas, más bien al contrario, por comportamientos bastante problemáticos. Entonces, la única forma de acercarse a la verdad es contrastar las declaraciones de principios con lo que realmente sucede, con lo que se publicita en los medios y cómo se publicita.

Uno de los grandes mitos de la profesión lo constituye el denominado "periodismo de investigación". En este sentido, quizá el hito más conocido, y al que más se recurre como ejemplo, sea el famoso "Caso *Watergate*": el trabajo de Berstein y Woodward que costó la presidencia a Nixon. Pues bien, de investigación, mitos aparte, poca. Así lo refleja perfectamente la película que sobre el asunto dirigió Alan Pakula, y el mismo libro de los periodistas. El trabajo fue otro: en la disputa por el poder, uno de sus ocupantes, que ha pasado a la posteridad con el sobrenombre de *Garganta Profunda*, citaba a los periodistas en un aparcamiento y les iba diciendo, cada vez, dónde y qué tenían que "investigar", casi lo mismo que indicarles lo que debían publicar.

Si en el más famoso "caso" del periodismo de investigación, ésta consistió en sacar a la luz las miserias del poder por parte de una de sus facciones, y los profesionales fueron meros instrumentos en el conflicto, podemos figurarnos lo que ocurre en la mayoría de las

La realidad de los medios, y de los lanzaroteños en particular, no se ve reflejada por idílicas definiciones teóricas

En el más famoso caso del periodismo de investigación, ésta consistió en sacar a la luz las miserias del poder, y los profesionales fueron meros instrumentos

ocasiones. En verdad, no hace falta imaginarse nada: los recientes y numerosos casos de periodismos y periodistas al servicio de gente del talante de Mario Conde o Javier de la Rosa en nuestro país, vendidos, también, como periodismo de investigación, muestran que las miserias tampoco se encuentran al margen de esta profesión.

¿Cómo funcionan nuestros *Gargantas Profundas*? El martes, 4 de noviembre de 1997, *La Provincia* publicaba una noticia con este titular: "Eduardo Chillida incorpora a Greenpeace al equipo redactor del proyecto de Tindaya". ¡Vaya susto! No había que preocuparse; la información, simplemente, era falsa. Comprobémoslo por el titular del día siguiente en el interior del mismo periódico: "Greenpeace niega que vaya a colaborar con Chillida en su proyecto de Tindaya". Las dos informaciones las firmaba el mismo profesional; pero, tras la metedura de pata, sí nos detallaba ya la fuente: "el Cabildo mayorero". Lo que el primer día parecía fruto de la "investigación" periodística se tornaba, después, en una pifia de la fuente. El periodista ni pedía disculpas ni justificaba explícitamente su error, lo que ya resulta habitual. En realidad, se había limitado a considerar noticia lo que emana de los gabinetes de prensa del poder, algo generalizado ya en todos los medios y con todos los poderes. Una vez Tindaya; otra, la Guerra del Golfo. Sin embargo, la historia no termina así. El mismo día en que se desmentía la noticia en las páginas interiores del periódico, en la portada se contradecía la noticia misma con este titular: "Greenpeace estudiará si participa en el pro-

yecto de Tindaya". No se trataba, por tanto, de una metedura de pata; sino de una manipulación informativa en toda regla. El periódico se colocaba al servicio del poder político, demostrando que la chapuza obedecía a la necesidad de apoyar la actuación de éste en la Montaña de Tindaya. ¿Nos encontramos ante un hecho aislado de dependencia de los medios?

Aquí aparece el otro gran mito: la independencia. Resulta enteneecedor. Los medios de comunicación son empresas mercantiles con sus propios intereses, a los que se añade la presión del poder político y económico sobre un instrumento básico en la *fabricación del consenso* social. Si, como mantienen los periodistas, *una noticia es una noticia*, ¿cómo se explica que la información pueda ser tan contradictoria según el medio que la refleje? Nos hemos acostumbrado al fenómeno de tal manera que ya no nos extraña leer algo en *El País* o escucharlo en la *Cadena Ser* y que parezca otra historia cuando leemos *El Mundo* u oímos la *COPE*. Por no mencionar la independencia exquisita de la que, a buen seguro, presumirán los medios que a partir de ahora controla o controlará la Telefónica.

La contradicción informativa, referida al ámbito nacional, encuentra su reflejo insular. Podemos tomar como ejemplo lo sucedido durante la última crisis de nuestro Cabildo, aunque existen multitud.

Recordemos lo bien que en aquellos momentos se recibían las actuaciones del PNL y el PP por parte de determinados medios: *Lancelot*, *Canal 28*, *Radio Volcán* y *Televolcán*; lo mismo sucedía con respecto al PSOE y el PIL por parte

de *La Voz, Radio Lanzarote y Lanzarote Televisión*. Si los protagonistas y los medios se invertían: bronca segura.

¿Independencia de quién? ¿Del poder político? Sin las subvenciones de las instituciones públicas insulares, mediante la inserción de publicidad institucional, los medios lanzaroteños no durarían ni dos días. Estas "subvenciones" explican, además, la increíble cantidad de medios de comunicación que tenemos en Lanzarote. Cómo explicarse si no las continuadas campañas publicitarias de Inalsa, por ejemplo. No será, desde luego, por la perentoria necesidad de anunciarse de un monopolio que todos tenemos la obligación de utilizar.

Terciaba días después Jorge Coll en la polémica sosteniendo que Lanzarote no era tan especial en este sentido. Completamente de acuerdo. El problema afecta a la industria de la comunicación en su conjunto. En nuestro país, quizá el caso más sangrante tenga lugar en la Galicia de Fraga, donde los ingresos de los medios de comunicación provenientes de la *Xunta* sobrepasan claramente a los que obtienen de sus ventas. No obstante, no creo que las cuentas, si pudiéramos conocerlas, arrojaran resultados muy diferentes en Lanzarote. En cualquier caso, si me equivoco, no hay más que "investigar" cuánto gastan las instituciones y cuánto ingresan los medios por sus ventas y su publicidad privada.

De todas formas, la dependencia no se constata únicamente por lo que se publica; también, por lo que queda sin difundir. Durante la huelga de los vigilantes de Medio Ambiente de Lanzarote asistimos a una de las ocasiones en que se

silencia una noticia por la dependencia de los medios del poder político. Todos los vigilantes se declararon en huelga: todos eran nueve. Nueve vigilantes en una isla periférica. Sin embargo, la flor y nata de las organizaciones ecologistas regionales, nacionales e internacionales se solidarizó con los huelguistas: Greenpeace, la CODA, ADENA, la Federación Ben Magec, etc. La huelga había tenido resonancia en todos los medios regionales y locales; por tanto, el pronunciamiento conjunto de estas organizaciones era noticia en Canarias. Pues bien, fue publicado en periódicos nacionales, pero, salvo en *El Día*, pasó prácticamente desapercibido para toda la prensa del Archipiélago. ¿Quizá quisieran "investigar" el comunicado, no fuera a ocurrirles como al periodista mayorero? Así, si la noticia surge del Cabildo, fuente segura; si la firma la propia Greenpeace y otro montón de colectivos, habrá que confirmarla. Y no publicarla.

Hace ya mucho tiempo que la principal función de los medios no es la información. En un principio ese lugar lo ocupó la propaganda al servicio de las ideas del poder, lo que hoy denominamos "el pensamiento único", cometido que continúa funcionando a la perfección. Propagar actitudes o ideas alternativas sólo es posible en los medios marginales, los que no incomodan a la mayoría. Podemos encontrar controversias en los grandes medios, agrías incluso; sin embargo, prácticamente ninguna que ponga realmente en cuestión el modelo social vigente o descubra verdades molestas para el poder. Entre los ejemplos de este tipo sobresalen la conducta de los medios estadouni-

Sin las subvenciones institucionales, en forma de publicidad, los medios lanzaroteños no durarían ni dos días

denses respecto a la crisis de Nicaragua y el resto de los conflictos en América Central en los años 80 y el comportamiento del conjunto de los grandes medios de información occidentales en la Guerra del Golfo, en los 90. Las verdades molestas se descubren cuando el poder desclasifica sus secretos 25 ó 50 años después, según países. Siempre a destiempo.

Hace un par de meses se presentó en la Isla el Plan de Competitividad y Marketing Turístico patrocinado por el Cabildo y Asolan. El Plan se resumía en un incremento de los ingresos de la industria turística conejera de 80.000 millones de pesetas en cinco años; para ello, proponían arrasar la Isla con un aumento de un millón de nuevos visitantes y construir, para ellos, unas treinta mil nuevas camas. Ésta era la realidad del Plan. Lo que los medios hicieron fue simplemente trasladar la propaganda de sus autores a la sociedad. El Plan se convirtió, por arte de magia, en el colmo de la sostenibilidad y los autores de la chapuza en "prestigiosos y solventes consultores turísticos", salvo para *Isla Informativa*. Esta función propagandística fue asumida por todos los medios de comunicación de la Isla, sin excepción.

Con la llegada de la televisión, a la transformación de buena parte de la información en propaganda sucedió la conversión de esa información en espectáculo. Ya no se trataba de informar sino de entretener. Y en ésas estamos: *misses*, actores, folklóricas, deportistas, princesas, etc., conforman, junto a los políticos, el panorama informativo que los medios nos brindan. Sin desatender, eso sí, catástrofes y

delincuencia, que también se han convertido en un entretenimiento más. Todo ello aderezado con el espacio cada vez mayor que se reserva a los transmisores de la "información": los medios de comunicación se han transformado en noticia en sí mismos.

Sobre *misses*, actores, folklóricas, deportistas y princesas nos abstenemos a la hora de buscar el reflejo lanzaroteño. No vaya a ser que aparezcamos en bañador en alguna portada.

¿Quiere decir todo lo escrito que los medios de comunicación ya no transmiten noticias? No. Sería, evidentemente, una exageración desmesurada. Pero... a buen entendedor, pocas palabras bastan.

¿Resulta lícito desprestigiar a toda una profesión? ¿Son los trabajadores de los medios responsables de la actuación de sus empresas? Tampoco. Pero...

Cuando una profesión tiene el privilegio de participar tan activamente en la formación de la opinión colectiva y la posibilidad de dedicarse a sí misma un notable protagonismo social, no se puede negar a que la sociedad trate de vigilarla con un interés especial. Cuando uno se refiere al papel fundamental que juegan los medios en una sociedad democrática tiene que ser consciente del auténtico calado de la frase. Precisamente por la importancia de ese papel, el control y la vigilancia sobre los propios medios se convierte, también, en crucial para el sistema democrático.

Este culebrón, el de los medios, da para mucho más, pero no conviene alargarse; esperaremos, no obstante, a la próxima carajera para proseguir. Así que... continuará...

Hace ya mucho tiempo que la principal función de los medios no es la información



Imaginemos el Lanzarote que nos gustaría

Natalia Jiménez Marsá

Aprovechando que el Cabildo ha encargado el estudio de “una estrategia hacia un desarrollo sostenible” para la isla de Lanzarote, me pregunto qué puedo hacer yo, individualmente, en la búsqueda de esa sostenibilidad para no dejar pasar esta oportunidad que se nos ofrece. La respuesta es que hay algo que todos podemos hacer, al margen de nuestra edad o género, y es soñar despiertos.

Los científicos, autores del informe “Más allá de los límites del Crecimiento”, aconsejan su práctica llamándola: “desarrollo de visiones”, es decir “imaginar, al principio de forma general y luego con creciente especificidad, lo que realmente se quiere”, en este caso para la isla. Recomienda este mismo informe intentar no dejarse influenciar por lo que se asume como factible. Por eso simplemente practicaré el sano deporte de imaginarme cómo me gustaría que fuera el medio “socio-natural” de la isla en un futuro próximo.

Me gustaría que Lanzarote tuviera muchos menos turistas. Los buscadores de dinero fácil se habrían ido a otra parte. Nuestra economía, apoyada por el Cabildo, estaría diversificada; sólo parte de la población activa se dedicaría al turismo.

Nuestros sectores tradicionales habrían resurgido de sus cenizas, organizados en cooperativas. Tendríamos una próspera agricultura ecológica que enriqueciera nuestro suelo en vez de envenenarlo y abasteciera a la isla casi en su totalidad. La pesca se dedicaría al consumo directo a pequeña escala y no a la producción de harinas para animales. Las capturas nunca superarían el nivel de reproducción de las especies.

Me gustaría que Lanzarote tuviera muchos menos turistas. Los buscadores de dinero fácil se habrían ido a otra parte

Seríamos solidarios con los emigrantes que vinieran a la Isla, buscando mejorar su nivel de vida

Las mujeres habríamos sido parte importante de esta nueva situación y prueba de ello sería descubrirnos ocupando el 50 por cien de todos los puestos, en todos los niveles con las mismas responsabilidades y sueldos que los hombres. La enseñanza prepararía a los jóvenes no para competir, sino para participar y enriquecer el medio "socio-natural" en el que se desenvuelven.

Nuestro paisaje sería diferente. Las zonas turísticas no habrían aumentado, al contrario, algunas se habrían sustituido por plazas y jardines. Los árboles llenarían de manchas verdes todos nuestros municipios. También en Arrecife y Playa Honda habría un gran número de parques y plazas. Tendrían una plaza grande, para los grandes acontecimientos y otras muchas pequeñas, donde poder sentarse tranquilamente a la sombra de un árbol, mirando al mar, o jugar sin humos ni ruidos de coches que nos molestaran.

Un gran paseo arbolado recorrido por peatones, bicis y un tranvía uniría toda la costa sur desde Fariones a Costa Tegui. Pequeñas guaguas eléctricas (o con cualquier combustible ni fósil ni contaminante) unirían los pueblos cada quince minutos. Con ese transporte público, los coches serían muchos menos y utilizarían el mismo combustible no contaminante. No tendríamos más carreteras, pero habría en todas carril bici. Nuestras playas estarían limpias, nuestros jardines crecidos, la agricultura cuidada, el campo salvaje, volverían a crecer las algas y la pesca sería abundante.

Cada pueblo tendría su pequeña central eólica y cada casa sus placas solares. Cuando no fuera sufi-

ciente, Unelco nos daría luz sin envenenar la Tierra, con energías limpias y renovables. Inalsa potabilizaría el agua también con energía eólica y solar. Utilizaríamos los recursos naturales sin sobrepasar sus límites de recuperación: cogéramos el agua de la lluvia y volveríamos a usar maretas. El agua del grifo se podría beber sin problemas y no necesitaríamos garrafas.

Los residuos se reciclarían y no produciríamos ninguno tóxico. Nuestra basura orgánica serviría para abonar nuestros campos. Se habría borrado de nuestro vocabulario la expresión: "usar y tirar". Apenas utilizaríamos el plástico. Las botellas serían de cristal retornable y las bolsas estarían hechas con productos de nuestros propios cultivos.

Nuestras jornadas de trabajo serían cortas y tendríamos tiempo para hacer otras cosas. Dedicaríamos tiempo a nuestra curiosidad por los demás y a nuestras ganas de aprender y, sobre todo, a pensar y resolver entre todos nuestros problemas. Nuestras instituciones estarían a nuestro servicio y Lanzarote sería un asunto de todos. Seríamos la vanguardia de las Reservas de la Biosfera y de todas partes del mundo vendrían a estudiar nuestras experiencias, en nuestra escuela de ecología. Estaríamos orgullosos de nuestro modo de vida "sostenible" y enseñaríamos a cada visitante cómo cuidarlo y mantenerlo.

Seríamos solidarios con los emigrantes que vinieran a la isla, buscando mejorar su nivel de vida, acordándonos que también nosotros fuimos emigrantes en otras tierras. Practicaríamos el "Comercio justo". Las drogas no darían de comer a los traficantes porque

estarían legalizadas. No seríamos ricos, pero tampoco pobres, nuestra riqueza no se mediría en dinero, sino por nuestros logros en la construcción de una sociedad con una alta calidad de vida, solidaria con sus gentes y respetuosa con su entorno.

Esta visión rápida e inacabada es sólo un ejemplo, pero se podría hacer más en serio. Desde aquí invito a la población a practicar este saludable y divertido ejercicio. Se podría convocar un concurso en colegios y asociaciones con un buen premio que incite a la participación, quizás el Cabildo quiera recoger la propuesta. Estas prácticas utópicas serían una primera medida para saber qué Lanzarote queremos. Es una de las maneras que tenemos de intervenir en este proceso para no desaprovechar esta ocasión de incidir en nuestro futuro.

El informe "Más allá de los límites del crecimiento", anteriormente citado, dice que, después de la revolución agrícola en el neolítico y la revolución industrial de los dos últimos siglos, la próxima revolución debería ser la sostenibilidad. Las revoluciones anteriores "fueron graduales, espontáneas, y en buena medida inconscientes. Ésta deberá ser una operación totalmente consciente, guiada por las mejores previsiones que la ciencia pueda brindar... Si logramos hacerla, la empresa será verdaderamente única en toda la estancia de la humanidad sobre la tierra."

También argumenta que: "la visión sin la acción es inservible. Pero la acción sin la visión no sabe a dónde ir o por qué ir hacia ahí. La visión es absolutamente necesaria para guiar y motivar la acción. Más

que eso, la visión, cuando es ampliamente compartida y se la mantiene firmemente a la vista, permite materializar nuevos sistemas".

No seríamos ricos, pero tampoco pobres, nuestra riqueza no se mediría en dinero

Lanzarote no debería perder su identidad en favor de un supuesto beneficio, que a largo plazo pueda deteriorar muchas de esas 'atracciones turísticas'

Como visitante asidua a Lanzarote y claramente seducida por los encantos de esta isla he decidido escribir unas líneas de apoyo a El Guincho y a su labor contra el crecimiento turístico desmesurado y su irremediable impacto ambiental.

Estaremos todos de acuerdo en que la palabra "cantidad" en raras ocasiones va ligada a la de calidad y creo que ése es el primer punto aunque no el fundamental en este tema. Sería casi impensable que el crecimiento no fuera a variar en gran medida la infraestructura de la isla, ya en gran parte mediatizada por los intereses turísticos y escasamente por los ciudadanos, que diariamente se enfrentan con las incomodidades de un gran sistema. Lanzarote no debería perder, en ningún caso, su identidad en favor de un supuesto beneficio, que, a largo plazo, pueda deteriorar o poner punto final a muchas de esas "atracciones turísticas" que el viajero va buscando en esta isla y siendo una de las principales la aún controlada masificación, que en muchos casos encontramos en otros puntos de veraneo.

Es difícil no dejarse llevar por un pensamiento claramente lucrativo, mayor número de turistas - mayor número de dividendos. Y yo me pregunto, ¿cuándo será el momento de detenerse? ¿No es ya suficiente la cantidad de visitantes, apartamentos, hoteles, restaurantes, tiendas, coches,...? ¿Es cierto que si aumenta repercutirá en una mejora de instalaciones, actos culturales, mejoras en su abandonada capital, de sus problemas con el agua, de recogida de basuras, servicios de mayor calidad...?

Las ciudades, los espacios, los paisajes, los recursos, deben ser clara-

mente defendidos por un desarrollo más controlado, más sensato, más justo para todos, aunque esto suponga un beneficio sólo a más largo plazo.

Espero que la razón impida seguir adelante con un proyecto que a mi parecer, y desde luego desde un punto de vista claramente egoísta, sólo llevaría a un crecimiento desmesurado encaminado hacia un despilfarro de los recursos que acabaría convirtiendo la isla en un macrocomplejo turístico.

Os mando todo mi apoyo y os deseo suerte en vuestras luchas. Hasta pronto.

Madrid, 7 de noviembre de 1997.

Arantxa Azcárraga

En paz con el planeta

Barry Commoner

Editorial Crítica,
Barcelona, 1992

Pocas personas habrán influido tanto en los movimientos medioambientalistas de las dos últimas décadas como el biólogo y ecologista norteamericano Barry Commoner. Su evolución desde la protesta contra los experimentos nucleares con fines militares a la crítica del uso de la energía nuclear para la producción de electricidad, sintetiza muy bien lo que ha sido igualmente en Europa el paso del antimilitarismo de izquierdas de los años cincuenta al ecologismo social de los setenta.

Ya en la primera de sus publicaciones más influyentes, Commoner denunciaba el carácter infundado del optimismo tecnológico de los nuevos aprendices de brujo (científicos, técnicos, estadistas). Y lo hacía mostrando cómo la reducción al mínimo del tiempo necesario para pasar de la investigación pura a las aplicaciones tecnológicas hace aumentar considerablemente el riesgo de éstas para las poblaciones.

En la parte positiva de su argumentación, Commoner ha defendido la necesidad de interesar a los ciudadanos en el proceso de discusión y aprobación de las políticas

científicas; afirma, en suma, la importancia que tiene democratizar la toma de decisiones acerca de unas políticas de investigación y desarrollo que, una vez aprobadas, difícilmente pueden ser revisadas, debido al enorme coste de la inversión que ha sido puesta en juego.

Durante años Commoner tuvo un papel decisivo en la conformación de la conciencia popular sobre la crisis ambiental. Este influyente papel se ha debido a una particularidad tan rara como universalmente apreciada: la combinación en una misma persona del espíritu científico y de las convicciones del activista social. Durante treinta años ha realizado estudios especializados acerca del impacto medioambiental de los distintos tipos de producción industrial, a la vez que ha asesorado desde su centro de investigación a los movimientos vecinales que luchan en favor de soluciones alternativas en este campo.

Además, Commoner se revela como un insuperable divulgador de problemas científicos, o tecnocientíficos, nada fáciles de explicar al gran público. Así pues, para muchos de nosotros ha sido en estos años un ejemplo vivo de científico representativo de una nueva manera de pensar: un profesional con conciencia de especie, atento al valor de la participación ciudadana en la planificación científico-técnica y con responsabilidad social.

En paz con el planeta, el último libro de Commoner publicado en España, es, en primer lugar, un agudo balance crítico de las ocasiones perdidas, durante los últimos veinte años, para hacer frente a la crisis medioambiental. Pero es también, sobre todo, un llamamiento esperanzado a la comuni-

Commoner tuvo un papel decisivo en la conformación de la conciencia popular sobre la crisis ambiental

Esta crítica ha sido extractada de la que publicó Francisco Fernández Buey en el nº 50 de la revista *Mientras tanto*.

dad internacional, a los gobiernos y a las gentes, particularmente a las gentes, en favor de iniciar un cambio de rumbo hacia una economía de paz, ecológicamente fundamentada, ahora que el costoso enfrentamiento de las últimas décadas entre los USA y la antigua Unión Soviética ha concluido.

El libro está lleno de agudas sugerencias y de notables propuestas de actuación. Una de estas sugerencias es la caracterización de la crisis medioambiental como resultado (imprevisto) de un acoplamiento innatural, de un desencuentro o encontronazo, entre tecnosfera y ecosfera: los procesos cíclicos, conservadores, homeostáticos y coherentes, propios de la ecosfera, chocan con los procesos lineales, innovadores pero ecológicamente desarmonizadores de la tecnosfera creada por los humanos. Hay en esta caracterización una pretensión equilibradora de otros puntos de vista ecologistas que acentúan de manera unilateral el papel *sólo negativo* de toda tecnología o que reducen la crisis ecológica a un problema de sobrecarga, por la explosión demográfica, en la base natural de mantenimiento de la vida sobre el planeta.

El análisis de Commoner se diferencia también de la queja ambientalista, tantas veces interesada, que culpabiliza de los desequilibrios en el medio ambiente al conjunto de la especie humana, a todos y cada uno de los individuos miembros de la misma. *En paz con el planeta* delimita culpabilidades y sabe a quién dirigirse a la hora de exigir responsabilidades. Precisamente por ello se pone mucho énfasis en aclarar la relación existente entre la crisis medioambiental y el dominio

casi absoluto de la lógica del beneficio inmediato en las economías de mercado.

En lo que hace a la orientación de la protesta ecologista actual, Barry Commoner piensa que hay que pasar del ambientalismo "blando", que se limita a poner el acento en el control de las energías y tecnologías contaminantes, a un ecologismo "duro", más atento a lo social y a las políticas en curso. La tarea, pues, de los movimientos ecologistas no sería simplemente controlar, sino *prevenir* para evitar que una mejora cualitativa se pierda por el empeoramiento cuantitativo.

Barry Commoner afirma con contundencia que ya existen tecnologías (aunque poco usadas hasta ahora) compatibles con la tutela de la ecosfera y con la posibilidad de alimentar al total de la población mundial. A partir de estas tecnologías alternativas, y con los fondos que antes se gastaban en una demencial carrera armamentística, debería ser posible crear un sistema productivo que pueda crecer y desarrollarse en armonía con el ambiente; un sistema, en suma, que produzca alimentos lo suficientemente abundantes como para cubrir las necesidades de unos ocho mil millones de seres humanos, con máquinas eficientes, transportes rápidos, casas decorosas y energías limpias.

Aunque tampoco ignora Commoner cuántos obstáculos político-sociales y cuántos prejuicios culturales habrá que superar para lograr hacer realidad un sistema como el propuesto.

Nos encontramos ante un libro contundente, clarificador y de amena lectura de un "clásico" del movimiento ecologista.

Ya existen tecnologías compatibles con la tutela de la ecosfera y con la posibilidad de alimentar al total de la población mundial

BODEGAS MOZAGA PATROCINADORES
SALA DE ARTE PUNTO DE ENCUENTRO
MEGACENTRO
SOCIEDAD DEMOCRACIA
QUESERÍA "EL FARO"
HARINERA LANZAROTEÑA
MUSEO DEL VINO "EL GRIFO"
JUAN BETANCORT LÓPEZ, S.L.
AYUNTAMIENTO DE TÍAS

PORTOBENGUELA COLABORADORES
FARMACIA Ldo. RAFAEL CORREA RIJO
PAISAJES Y PLANTAS
GROUCHO PUB
Librería EL PUENTE
LÍNEA
Librería DIAMA

Cronología: 10 años de EL GUINCHO

Desde 1987, labor de concienciación mediante los medios de comunicación e impartiendo charlas en pueblos y barrios, sobre la necesidad de un Plan Insular de Ordenación del Territorio, haciendo un seguimiento a su proceso de aprobación y presentando alegaciones en los periodos de información pública.

Agosto de 1988: celebración de las jornadas "Conejeros por Lanzarote", con numerosas actividades lúdicas, deportivas y culturales, con asistencia de varios miles de personas.

Agosto de 1988: concentración-manifestación en la playa de Los Pocillos, bajo el lema "La playa es nuestra", contra la construcción de una urbanización en la playa, con asistencia de varios miles de personas.

Agosto de 1988: paralización de las obras de construcción de la urbanización en la playa de Los Pocillos, poniéndose varios centenares de personas ante las máquinas.

Septiembre de 1988: manifestación en Arrecife en defensa de la playa de Los Pocillos y del uso público del Islote del Francés, bajo el lema "Lanzarote se muere, defiéndete", con asistencia de varios miles de personas.

Febrero de 1989: EL GUINCHO organiza el "1º Encuentro del Movimiento Ecologista de Canarias", en Haría, que dará lugar a otros posteriores que culminan en 1992, en todos los cuales participa activamente, con la creación de la Federación Ecologista Canaria

Ben Magec, de cuyos órganos de gobierno forma parte.

Mayo de 1990: aparece el nº 1 de la publicación cultural y ecologista EL GUINCHO.

Junio de 1991: EL GUINCHO se integra en la Coordinadora de Asociaciones de Defensa Ambiental, CODA.

Agosto de 1991: celebración, junto con la Asociación Imidauen de Gran Canaria, del 1º Campo de Trabajo Medio Ambiental "Chinijo", en Alegranza.

Noviembre de 1991: César Manrique es designado Presidente Honorífico por la asamblea general de socios de EL GUINCHO.

Marzo de 1992: Ingreso en el Patronato del Parque Nacional de Timanfaya, en representación de las asociaciones españolas de defensa de la naturaleza.

Noviembre de 1992: EL GUINCHO forma parte de la Comisión creada en el Cabildo Insular para el seguimiento de la declaración de Lanzarote como Reserva de la Biosfera.

Julio de 1993: es adjudicada a EL GUINCHO la redacción del Plan Rector de Uso y Gestión del paraje natural de Los Ajaches.

Abril de 1994: inicio de los itinerarios ecológicos de EL GUINCHO.

Agosto de 1994: organización y desarrollo de la Campaña "Revivir el mar".

Septiembre de 1995: EL GUINCHO forma parte del Consejo Insular de la Reserva de la Biosfera.

Marzo de 1996: participación en el movimiento de oposición a las obras militares en el Risco.

EL GUINCHO

es una asociación Cultural y Ecologista regida por una Junta Directiva que es elegida por la asamblea general, órgano soberano, de todos los socios. Y sus fines son:

Promover y fomentar el estudio y la protección de la Naturaleza y el medio ambiente de Lanzarote.

Defender el patrimonio histórico, artístico y etnográfico de la Isla y difundir su conocimiento.

Proteger los valores de la cultura y las tradiciones populares que eviten la pérdida de la identidad lanzaroteña.

Cuadernos 1 del Guincho

EDITORIALES

**Nueva revista para Lanzarote
En defensa del Risco
Sí al puerto deportivo... en
Naos**

IGNACIO RAMONET
Informarse cuesta

CIUDADANOS POR ARRECIFE
El Arrecife que queremos

J.A. MARTÍNEZ VILLAR
La militarización del Risco

ANTONIO BARRERO
**Fórmulas añejas en los nuevos
productos turísticos**

CHRISTEL BURGHOFF
El lado negro del dinero

Carpeta:Tindaya

LUIS DÍAZ FERIA
**TALDAHI. El territorio, un bien
intergeneracional**

MARÍA ANTONIA PERERA
BETANCORT
**Tindaya: reflexiones sobre una
montaña agredida**

CARLOS NOVALES
Tindaya, territorio de sueños

RICARDO SANTANA SANTANA
**Crisis de la política y circo
conejero**

JUAN RAMÓN CAPELLA
**La problemática
medioambiental: notas para
una cultura ecosocialista**

HERMINIA FAJARDO FEO
**Sáhara Occidental:
futuro incierto**

**Ken Saro-Wiwa y el ecologismo
de los pobres de la Tierra**

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ
El cine que nos invade

LIBROS
Estrategia Solar

Cuadernos 2 del Guincho

EDITORIALES

**Segunda entrega
El Guincho, 10 años
El PEPA: la Marina en
entredicho
A vueltas con El Risco**

CARLOS NOVALES
Tindaya: el arte como pretexto

JORDI PALOU
**Industria turística en el Tercer
Mundo**

JORGE MARSÁ
El amargo sabor del éxito

Carpeta: Arrecife

JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA
Arrecife en *Tipos de mi tierra*

M^a DEL ROSARIO HERNÁNDEZ
Arrecife: aprender a caminar

COLECTIVO FAYNA-ZONZAMAS
Arrecife, 200 años

ENRIC TELLO
Ciudades sostenibles

CIUDADANOS POR ARRECIFE
**Una visión alternativa de la
Marina**

MANUEL LÓPEZ GONZÁLEZ
**Evaluación económica del
Puerto deportivo**

RICARDO SANTANA SANTANA
**Arrecife: entre la huida y la
desesperanza**

CODA
Patentar seres vivos

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ
Nuestro ocio

GRUPO AGRICULTORES ECOLÓGICOS
La agricultura ecológica

GRUPO DE RESIDUOS Y RECICLAJE
Boicot al PVC

LIBROS
**La economía verde
La cultura de la satisfacción**

Cuadernos 3 del Guincho

EDITORIALES

**Cuatro años sin Reserva
Cabildo, una estrategia para la
esperanza
El legado de César Manrique
El hombre que hizo visible el
mundo submarino**

RICARDO SANTANA SANTANA
**Campistas, consumidores y
conejeros**

CIUDADANOS POR ARRECIFE
Arrecife, el reto de una ciudad

FERNANDO CEMBRANOS DÍAZ
**Bienestar, ecología y
participación social**

Carpeta: Reserva y desarrollo sostenible

COLECTIVO GIMARAL
**Lanzarote, Reserva de la Bios-
fera. ¿Oportunidad o camelo?**

ANA CARRASCO
**Lanzarote como Reserva de
Biosfera.**

JOSÉ MANUEL NAREDO
**Sobre el origen, uso y conte-
nido del término "sostenible"**

JORGE MARSÁ
**20 mandamientos para un
crecimiento insostenible**

LUIS DÍAZ FERIA
**El coqueto aerodinámico rocan-
rol de color caramelo de ron**

MIGUEL ÁNGEL MARTÍN ROSA
Gente, ¿cuánta gente?

REINHARD KÜHNL
Sociedad en transformación

ARANTXA RODRÍGUEZ
Mujeres y el medio ambiente

**Veredicto del Tribunal Interna-
cional por los crímenes en Irak**

EL EXTREMISTA INDISCRETO
**El lagarto verde y la profecía
de la homologación**

LIBROS
Vivir mejor con menos